MASTER
NEGATIVE
NO. 92-80490-3

AUTHOR:

QUESADA, ERNESTO

TITLE:

HERBERT SPENCER Y SUS DOCTRINAS...

PLACE:

BUENOS AIRES

DATE:

1907

Master Negative #

92-80490-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

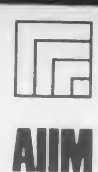
192Sp3
FQ Quesada, Ernesto -1934
Herbert Spencer y sus doctrinas sociologicas
Buenos Aires 1907 Q 87 p
From Revista de la Universidad de Buenos Aires, v 7

17143

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

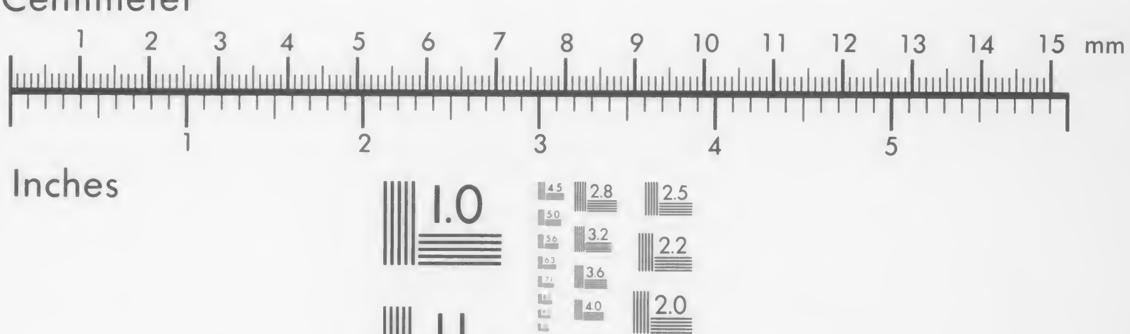
FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 3-4-92 INITIALS M.D.C.
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

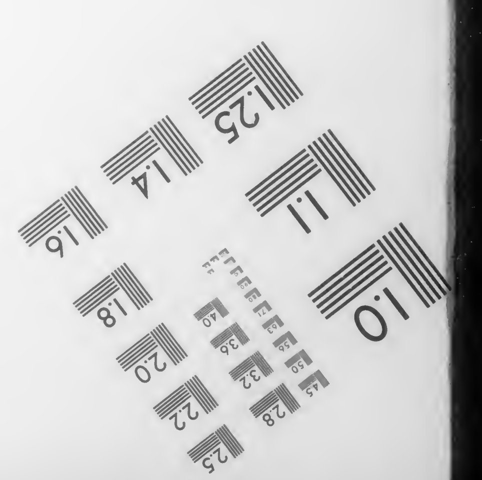


AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202





MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

ERNESTO QUESADA

PROFESOR TITULAR DE SOCIOLOGÍA EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

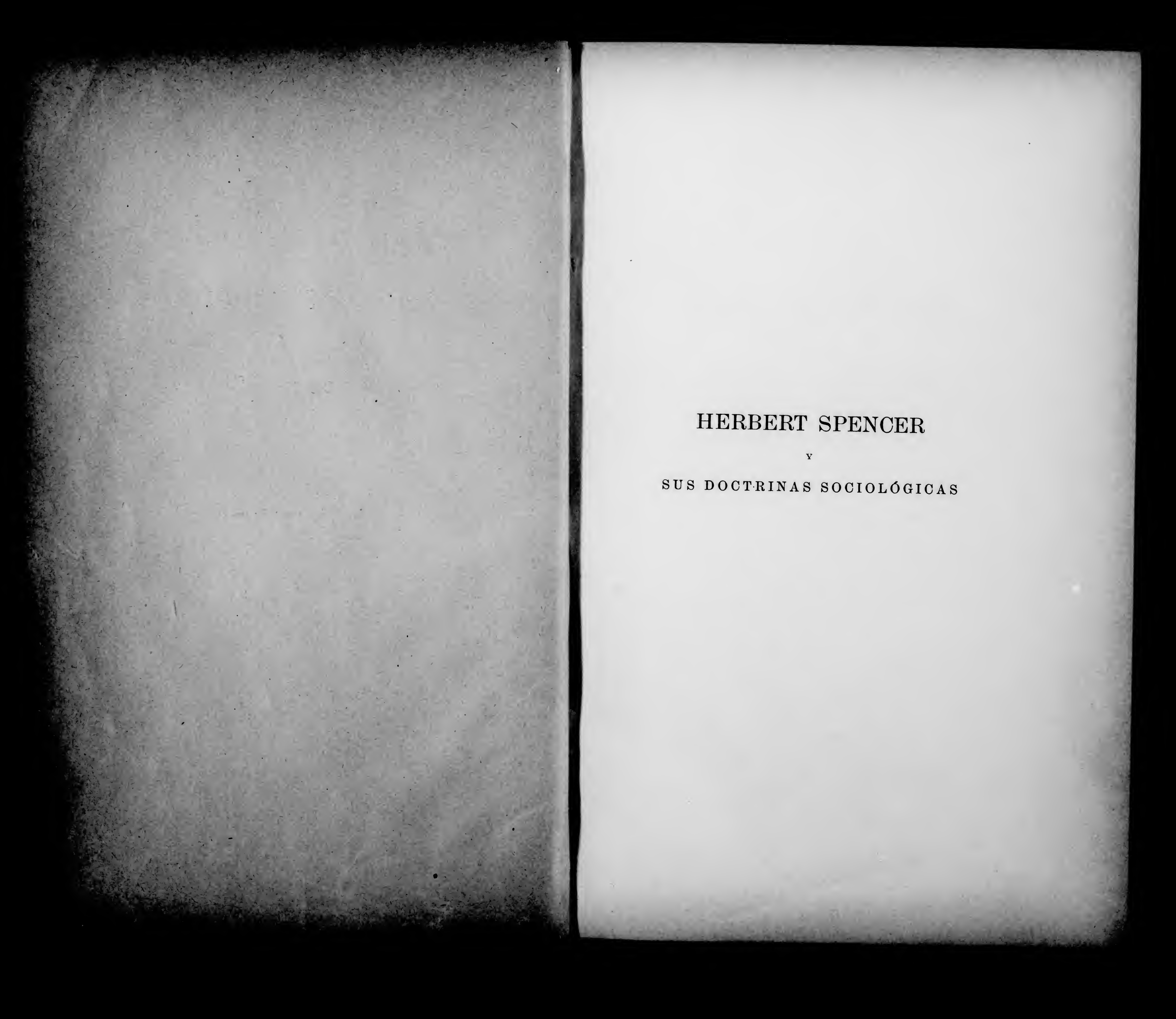
HERBERT SPENCER

Y

SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS

De la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, *tomo VII*

BUENOS AIRES
LIBRERÍA DE J. MENÉNDEZ, CUYO 825
1907



HERBERT SPENCER

Y

SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS

ERNESTO QUESADA

PROFESOR TITULAR DE SOCIOLOGÍA EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

HERBERT SPENCER

Y

SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, *tomo VII*

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL
1907

HERBERT SPENCER Y SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS [1]

SUMARIO.—1. Influencia de la doctrina de la evolución: Darwin y Spencer.—2. La obra spenceriana: ambiente intelectual de la época.—3. Vida y trabajos de Spencer.—4. Su sistema filosófico.—5. Su obra sociológica.—6. Crítica de su doctrina.

I.

Es realmente curiosa la coincidencia de que, casi al mismo tiempo, apareciesen en Inglaterra, las cuatro obras fundamentales que más han influido en el desarrollo intelectual en aquel país durante la segunda midad del pasado siglo: la de Buckle, la de Maine, la de Spencer *(Principles of psychology)* y la de Darwin *(Origin of species)*. Las tres últimas han formado escuela y representan tendencias en pleno florecimiento: solo la primera ha sufrido un eclipse evidente, á pesar de su mérito singular. Al dividirse por mitad el siglo XIX pareció como si se realizara un esfuerzo extraordinario en todos los órdenes de conocimientos: junto con Buckle, quien, en su concepción sociológica de la historia, representaba el punto de vista de la comunidad, florece Carlyle, la personificación más extremada del criterio opuesto y quien, desenvolviendo el idealismo de Fichte, luchó infatigable — bastará recordar su libro clásico: *Heroes and heroworship* — por el reconocimiento de la influencia decisiva de los grandes hombres en la marcha de los acontecimientos.

(1) Conferencias dadas por el profesor titular de sociología, doctor Ernesto Quesada, en el aula de la materia, de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Estas conferencias, en realidad, son los borradores de clase, pero se publican sin las copiosas notas y referencias que les sirven de fundamento simplemente para mostrar cual es la orientación dada á esa enseñanza. Conf. ademas, el informe del mismo profesor sobre los trabajos prácticos de su curso, que se publica en este mismo número.

Conf. E. QUESADA. *La sociologia: carácter cientifico de su enseñanza*, B. A. *1905; Las doctrinas presociológicas*, B. A. 1905. Además, las conferencias publicadas en esta REVISTA DE LA UNIVERSIDAD, á saber: *La influencia sociológica de las doctrinas de Comte* (t. IV). *Las doctrinas sociológicas de Stuart Mill* (t. IV) *Las doctrinas sociológicas de Buckle* (ibid).

Sin duda Carlyle resulta un pobre sociólogo, en cuanto su crónica dispepsia y su temperamento despótico y arrogante lo llevaban constantemente á la exageración, casi siempre infundada, y al menosprecio de la prueba que procede de largo y paciente estudio: dogmático, infatuado con una superioridad sin límites, barajaba sociedades y sucesos, hombres y cosas, como si de él solo dependiera poner las cosas en su lugar á su solo antojo y voluntad; su feroz combatividad lo ha llevado á falsear la historia y la filosofía, cuando le parecía asi convenir mejor á las tendencias de su tesis del momento. La economía política era, para él, una ciencia hueca; el utilitarismo, una «filosofía de cerdos»; solo aplaudía el gobierno de una mano fuerte, tal como lo concebía en las edades primitivas, sosteniendo que si la naturaleza humana siempre es la misma, y la misma se ha de conservar siempre, solo de aquella manera despótica debe ser manejada. No cuida, pues, de exponer los fundamentos de sus convicciones ni deducir éstas de aquellos: las fulmina en estilo apocalíptico, lleno de pasión enardecida y sembrado de epítetos altisonantes. Como sociólogo, pues, viene á ser el polo opuesto de Spencer.

Muy diverso es el caso de la obra sociológica de Buckle, la cual nació precisamente en medio de una honda perturbación de los espíritus, causada por un libro — anónimo en su época y cuyo autor, Chambers, solo ha sido conocido mucho después — ruidosísimo que, en medio del *cant* religioso que caracterizaba entonces á la mentalidad inglesa, había removido violentamente todas las ideas y todos los prejuicios: me refiero al *Vestiges of the natural history of creation* (1844). Este libro, en el corto espacio que medió entre su publicación y la del de Buckle, tuvo 9 ediciones copiosas y ocasionó una excitación extraordinaria en todas las clases intelectuales, con su explicación de la existencia y desenvolvimiento del universo como progresión continua de las formas inferiores á las más elevadas de la vida. El escándalo — porque así se le denominó — fué enorme, tanto más cuanto que, durante la primera mitad del siglo, las ciencias naturales habían prescindido en absoluto de tales explicaciones sistemáticas, y se había considerado que lo científico era exclusivamente lo referente al estudio de las cosas y que debía dejarse para la religión, ó para la especulación del porvenir, la indagación de las causas primeras: toda esa primera mitad del siglo fué empleada en recorrer los países nuevos — principalmente Sud América y Australia — y estudiarlos en su gea, flora y fauna. En Inglaterra, por otra parte, Lyell — en sus *Principles of geology* (1831) — había solemnemente condenado todas las hipótesis, más ó menos audaces, formuladas para explicar en forma científica el problema del universo y de la vida; y, en el continente, Humboldt — en su *Kosmos* (1845) — también condenaba tales hipótesis y se contentaba con la descripción del mundo: de esa manera el espíritu inglés obviaba toda dificultad, aceptando ese canon de la ciencia y buscando conciliarlo con los textos bíblicos, que sus sectas religiosas consideraban como la verdad misma, por medio de una literatura especialísima, de la cual son prototipo los *Bridgewater treatises*, y en la cual todos los sabios insulares de la época participaban. El libro de Chambers cayó como un aerolito en medio semejante.

Es necesario detenerse en este incidente, pues representa una piedra miliaria en el camino del progreso, y permite comprender la profunda revolución intelectual próxima á verificarse y que ha influído — y aun continúa influyendo — en las doctrinas sociológicas, tanto que nos encontramos todavía sacudidos por la vibración de la onda puesta entonces en movimiento... Comte, mal grado toda su filosofía positivista, había evitado pronunciarse sobre el problema del origen del mundo y de la vida: en esa cuestión, la humanidad estaba en pleno estadío teológico, pues la única explicación aceptada era la transcendente, es decir, la de la divinidad, que, en los países cristianos, se condensaba en la Biblia y la creación del génesis. El mismo Lineo — en su *Systema naturæ* (1735), — al clasificar el mundo vegetal, con un acierto que aun hay perdura, se contenta con estas solución, digna de Moisés: *Species tot sunt diversæ, quot diversas formas ab initio creavit infinitum ens.* Cuvier, la primera autoridad científica de su tiempo, sostiene lo mismo.

Y, sin embargo, no puede decirse que tal doctrina — que hermanaba cómodamente la investigación científica con la tradición bíblica, escamoteando la dilucidación filosófica del grave problema — no hubiera levantado protestas, si bien eran aisladas. Sin ir á rastrear en los escritos aristotélicos (donde no pocos filósofos han acostumbrado encontrar todo los que han necesitado buscar), bastará recordar que el gran Leibniz — en sus *Protogaæa* (1749) — había insinuado que todo era obra de transformaciones sucesivas y que los cambios de la tierra eran debidos á la acción del fuego y del agua, que, paulatinamente, habían modificado las condiciones de vida de los organismos: lo que sirvió de punto de partida para la serie de investigaciones científicas del globo terráqueo, que han permitido más tarde á la geología contribuir efica-

císimamente á la solución del problema. Pero fué Kant, el filósofo genial, quien encontró en la arquitectura del universo una plausible teoría de su génesis: en su memoria, presentada á la academia de Berlín (1754), parte del estudio del sistema solar, explica la formación de los planetas y mundos siderales, y reconoce la influencia preponderante de la ley de la gravitación. Con todo, la obra verdaderamente científica que dió formas á la teoría genésica evolutiva fué la de Lamarck — su *Philosophie zoologique* (1809) — quien, como botánico distinguidísimo y como profesor de zoología en el *Museum d'histoire naturelle* de París, estaba habilitado para abarcar, con estricto método científico, los conocimientos de su época: estudia la vida orgánica desde las plantas, la sigue en los diversos seres, y comprueba que las condiciones que rodean á los organismos, y las influencias que experimentan, los modifican gradual y lentamente, trasmitiendo á los descendientes las ventajas adquiridas y perfeccionando así las especies, las que desarrollan órganos especializados y actividades más complejas: «he podido observar — dice — el hilo que liga entre ellas á las numerosas causas de los fenómenos que presenta la organización animal en sus desarrollos y diversidades, y pronto me apercibí de la importancia de este medio de la naturaleza, que consiste en conservar en los nuevos seres, reproducidos, todo lo que el transcurso de la vida y de las circunstancias ambientes había hecho adquirir á la organización de aquellos que les transmitieron la existencia». Era, pues, la doctrina de la mutabilidad y variación de las especies, de la influencia del medio ambiente sobre las costumbres, y, por su intermedio y el de la herencia, sobre las formas de los seres existentes: era, en una palabra, la primera vez que se formulaba, en forma estrictamente científica, la doctrina opuesta al credo bíblico — que no es más que el de todos los mitos conocidos — de la fijeza de las especies y de la inmutabilidad de los tipos... Casi conjuntamente, Laplace — en su *Mécanique celeste* (1804) — busca la explicación del problema del universo en su celebrada hipótesis nebular, que era una simple teoría mecánica del origen del sistema planetario: doctrina que, aun cuando no comprobada hoy por los datos de las ciencias, todavía impera en no pocos espíritus como cosmogonía explicativa. Lamarck era un sabio, y, en botánica y zoología, pocos coetáneos lo igualaban. En presencia de tales novedades, el mundo científico francés se inflamó en pro y en contra de ambas teorías: por fin, la legendaria controversia entre Cuvier y Geoffroy Saint Hilaire terminó con el triunfo completo del primero; y de nuevo reinó, incontestada, en el mundo de la ciencia, la doctrina de la inmutabilidad de las especies, y las gentes pudieron de nuevo conciliar la ciencia y la creación bíblica... Todavía Goethe — quien, desde su *Metamorphose der Pflanzen* (1790), había tratado de probar la evolución sucesiva de las especies vegetales, — en presencia de aquella discusión, sostiene que la tesis lamarckiana era la verdadera; otro sabio alemán, Treviranus, lo acompaña; un filósofo, Schelling, transporta á la metafísica la idea transformista y deduce de ella consecuencias inesperadas; lo sigue Oken, en la misma vía: todo en vano, pues los sabios más eminentes ridiculizan á Lamarck y consideran sus ideas como especulaciones poco científicas, y la inmensa autoridad de von Baer, Lyell, Agassiz y Milne Edwards, barre con toda duda, concluyendo Humboldt por darle forma definitiva en su soberbio *Kosmos*.

Fué, pues, en medio de esa profunda estabilidad científica que Chambers lanzó el bólido de sus *Vestiges*. Los sabios ingleses, indignados, se arrojaron sobre él: y Sedgwick, en la *Edimburgh review*, Brewster, en la *North British review*, hasta el mismo sir John Hershell, declararon que aquel heterodoxo debía ser científicamente excomulgado... Pero todos leyeron el libro, que pasaba en revista los sistemas solares y estelares, adoptaba la hipótesis nebular y describía la historia geológica de la tierra como una evolución progresiva de todos los organismos; ese desarrollo constante lo consideraba como un impulso á las formas de la vida, avanzándolas en líneas definidas por generaciones; y, como tal teoría, explicaba más lógicamente la distribucióa geográfica de las especies. Sin duda ese libro, audacísimo para esa época, hoy asombra por su timidez y por las precauciones que adoptaba para combinar su hipótesis con la tradición ortodoxa reinante, pero esto no impidió la sonora condenación de Hershell—en una asamblea de sabios—de lo que llamó «la gran herejía científica de la teoría del desarrollo evolutivo», fulminando el libro como opuesto á la ciencia y á la religión. En Buckle, con todo, produjo impresión honda y lo llevó á exagerar los factores físicos—clima, suelo, ambiente geográfico y alimentación—omitiendo otros importantes, sin percatarse de que las circunstancias exteriores no explican solas los diversos tipos humanos ni porque una raza superior pueda suplantar una inferior, cambiando el aspecto y destino de un país; faltaba la explicación de esos factores poco visibles y que, gradualmente, producen la adaptación á las exigencias del ambiente, variando los tipos, y de la cual resulta la evolución. Más aun: Buckle, desarrollando la teoría filosófica de Herder, de

que nuestro planeta es un gran laboratorío para la organización de muy diversos seres, pero que el clima solo inclina y es modificado por las fuerzas vivas, no desconoce que el factor humano y su teleología desempeñan función preponderante; la fuerza genésica—de acuerdo con las ideas de Chambers—le da la explicación de todos los organismos terrestres, modificados por el clima; siendo esa la razón por la cual sostiene que, avanzando la civilización, más dominada se encuentra la naturaleza, de manera que, en definitiva, el factor intelectual se torna preponderante. Y, casi al mismo tiempo que el sociólogo ingles, el norte americano Draper sostiene lo mismo, afirmando que las mismas condiciones físicas que, en presencia de una civilización inferior, han podido ser perniciosas ó desfavorables, puedan ser todo lo contrario en contacto con una civilización superior.

Estas conclusiones demuestran que la revolución producida por el libro de Chambers era honda; aquellos sociólogos, en presencia de un problema tan complejo como el de la historia de la civilización, buscan formular sus leyes sin tener la base científica sólida pero presintiendo su exactitud: Buckle, con la lucidez de su espíritu crítico, entrevé la falacia de ciertas consecuencias, como la relativa á la transmisión de las cualidades intelectuales. La base científica, sin embargo, ya se presentía; Herbert Spencer, en 1852, la llegó casi á formular, sometiendo á un meticuloso análisis lógico á todas las doctrinas reinantes sobre desenvolvimiento y creación, pero sin acertar á encontrar el *cómo* se verificaba el sonado cambio de las especies. Los espíritus, ávidos de curiosidad científica, trabajaban en buscar la solución; el naturalista Wallace, en una monografía publicada en 1855, habíase aproximado considerablemente á la meta, pero sin alcanzarla, cuando, de repente, de dos extremos del mundo brota al mismo tiempo aquella solución y, por fenómeno curiosísimo, provocada en ambos autores por la influencia del mismo libro, por una misma doctrina sociológica, Wallace, desde las islas Moluccas, y Darwin, desde su gabinete, encuentran ambos la misma explicación: la de las elección natural; aquél la cumunica à éste, sin imaginarse la coincidencia, y éste, con lealtad extrema, somete conjuntamente ambos trabajos á la «Linnean Society» (julio de 1858); uno y otro han reconocido en sus obras que fué la lectura de Malthus, y la meditación sobre el famoso principio malthusiano, lo que los puso en el buen camino: el aumento geométrico de los seres con relación al aritmético de los alimentos traía la consecuencia de una lucha entre el exceso de aquéllos, á fin de no verse privados

de éstos, y extendiendo ese principio á todas las especies organicas, animales y vegetales, llegaron ambos naturalistas á la conclusión de que tal lucha por la existencia sólo dejaba sobrevivir á los más fuertes, de modo que las especies tenían que vigorizarse por ese medio, que promovía su desarrollo y modificación. La selección natural era la consecuencia lógica de la lucha por la existencia, dada la natural desigualdad que existe entre los organismos; los mejor conformados debían resultar vencedores, por más que tal conformación, al trasmitirse á la descendencia, no obraba de igual manera en todos los descendientes. Cuanto más seleccionadas fueran las especies, más fácil y rápidameute fueron dominando á la naturaleza, aprovechándola mejor, adaptándose mejor á ella y perfeccionándose así sucesivamente, de generación en generación; porque lo que la variación, la lucha y la selección dejaban como residuo, la herencia lo preservaba, trasmitiendo las cualidades triunfadoras.... La base malthusiana de la nueva doctrina era visible; la selección natural era simple consecuencia de la lucha por la existencia, provocada por la disparidad entre el aumento de la población y el de los alimentos.

Saltan á la vista los puntos de contacto y las divergencias entre la doctrina de Buckle y la de Darwin; pero éste no es un sociólogo ni quiso jamás serlo, sino un naturalista que huía de las disquisiciones filosóficas con horror, por más que la ley por él descubierta haya cambiado la orientación de la sociología y haya transformado á la filosofía. Por de contado, la comunicación de las monografías de Wallace y Darwin á la sociedad lineana no llamó mayormente la atención; fueron al principio consideradas como una nueva forma de las hipótesis aventuradas de Chambers, y no se las apreció debidamente. Solo cuando, al año siguiente, Darwin publicó su grande obra *Origin of species* (1859), el mundo científico se dió cuenta de la trascendencia del descubrimiento, que aparecía fundado en la base de una concienzuda interpretación de innumerables hechos; en la coordinación lógica de multitud de fenómenos, en series sucesivas; en la demostración de hipótesis, por verificaciones posteriores de hechos; en haber practicado pruebas únicas, por medio de hipótesis razonables; y en dar nacimiento á una ciencia nueva: la biología evolutiva. El hecho mismo de concretarse Darwin al estudio del mundo orgánico, buscando explicar las diversas especies en las plantas y animales, contribuyó al más rápido triunfo de su doctrina, porque se trataba de un especialista que no pretendía ocuparse del origen del universo ni de la

vida, ni construír sistema filosófico ó cosmogonía alguna, sino sencillamente establecer una nueva hipótesis.

La sorpresa ocasionada en el mundo científico fué considerable; ni los que se inclinaban á la vieja teoría de la transmutación progresiva ó doctrina del desarrollo, ni los que á ella se oponían, sospechaban siquiera que la tendencia de los seres á la variación, por todos reconocida como un hecho; ni la influencia de las condiciones ambientes en la selección, tampoco negada; ni la comprobación de grandes cambios geológicos, que todos admitían; pudiera todo ello servir de único postulado para formular una teoría de la evolución de plantas y animales, que, aun cuando no explicara instantánea y satisfatoriamente todos las hechos biológicos conocidos, no resultaba en pugna con ninguno. Era la primera vez que el grave problema descendía de las alturas de las explicaciones sistemáticas á la simple observación y á la experimientación, preconizadas por los métodos científicos reinantes. Porque Darwin, con su conciencia de sabio, evitó cuidadosamente invadir el cercado ajeno: se confinó en la biología y dejó la parte cósmica de su doctrina para que otros la desenvolvieran; lo único que le interesaba era el hecho de las formas sucesivas de la vida en la tierra, y no tenía para qué pronunciarse sobre el origen del universo, sobre la creación, ó sobre los problemas más arduos de las primeras causas.

El razonamiento de Darwin no podía ser más sencillo. Es un hecho, por todos comprobable, que si los organismos pudieran desenvolverse sin tropiezo en la naturaleza se aumentarían en proporciones fabulosas; las diversas especies, si no se multiplican así, es porque deben luchar para vivir: luchar con el ambiente físico, luchar con sus congéneres, luchar con otras especies; los que sobreviven son, por lo tanto, los que mejor han podido luchar, los que han desplegado cualidades superiores á los obstáculos vencidos: á este hecho sencillísimo llamó Darwin selección natural, supervivencia de los más apropiados. Es también un hecho, igualmente por todos comprobable, que no todos los descendientes de un mismo tronco son iguales ni tienen idénticas condiciones: precisamente son esas variaciones en los productos lo que permite elegir los que salen buenos y destruir ó descuidar los menos buenos, lo que hacemos constantemente con las plantas de nuestros jardines y los animales domésticos de nuestros campos; esa selección, practicada por nosotros en los casos indicados, la practica la naturaleza en el caso de todas las especies salvajes: de manera que

sobreviven sólo los mejores ejemplares, los que resultan más apropiados para el medio en el cual se desarrollan. Es, por último, también un hecho fácilmente comprobable, que el mundo en que vivimos cambia imperceptible pero continuamente: los mares y las montañas se modifican á nuestra vista, aquellos suelen retirarse de su antiguo lecho, éstas á veces se hunden con estrépito; los mismos climas varían no poco en el simple transcurso de la limitada vida humana, produciendo así migraciones visibles de plantas y animales, que buscan el ambiente físico necesario para su vida, teniendo que sufrir cambios sensibles al adaptarse á la nuevas condiciones, de modo que sobreviven sólo los ejemplares mejor dotados, variando insensiblemente la especie, porque cada año desaparecen los ejemplares más debiles, ó más inferiores, quedando los más fuertes ó superiores y, con el transcurso del tiempo, esas cualidades de superioridad se desarrollan, dan á los seres una personalidad nueva y vienen á constituir, á la larga, una especie distinta de la originaria: de ahí las especies extinguidas, que se exhiben en nuestros museos, y que no han sido sino esas originarias, que, por el cambio del medio ambiente y las migraciones consiguientes, han debido adaptarse á las nuevas condiciones hasta transformarse en las especies actuales, totalmente distintas de aquellas que fueron su origen y tronco. La ley de selección natural, pues, resultaba la simple expresión de hechos sencillos y de fácil comprobación: la rápida multiplicación de los individos en cada especie, la lucha por la existencia, las variaciones continuas y universales, y el cambio constante de las condiciones ambientes; siendo la combinación de estos diversos hechos lo que producía los incesantes y armónicos cambios en forma, estructura, color y hábitos, de animales y plantas. Los hombres de ciencia no podían negar la importancia decisiva de la adaptación del organismo al medio en que actúa, en presencia de comprobaciones diarias: así, la extirpación de un riñón, en un enfermo, hace que el otro riñón poco á poco se desarrolle, duplique su volumen y desdoble su funciones; así á un animal que nace sin ojos ó sin orejas, ó al cual ambos órganos se le extirpan por cualquier razón, se le desarrolla el olfato con una acuidad tan maravillosa que los bulbos olfatorios adquieren extraordinario volumen: así, los pececillos dorados que se desarrollan enanos en las redomas de los salones, adquieren propociones muy superiores en cualquier *aquarium*.... Tampoco podían negar, esos mismos hombres de ciencia, la selección natural, cuando á cada instante podían comprobarla: en la misma Inglaterra es un hecho reconocido

que el ratón indígena era negro y que desapareció en la lucha con el ratón gris hanoveriano, venido en los barcos de Guillermo el conquistador; así como en California fué el ratón negro, importado, el que extinguió á la rata blanca indígena: así también en E. U. hay ciertas clases de pájaros que han desalojado por completo á otras; así, por lo demás, en nuestras estancias cualquier paisano criollo, por ignorante que sea, selecciona, sea vendiendo los productos malos, sea castrándolos para impedir la procreación; así también, en los jardines de nuestras quintas, cualquier jardinero poco instruído corta la planta inferior y deja la mejor, que solo sirve de esa manera para reproducirse.

Pero, aun reconociendo que la ley de Malthus no es tan absoluta porque, á medida que es más densa la población es menos elevado su aumento, y porque, á medida que los alimentos escasean en un lugar, el vacío se llena con los de otros lugares, no es menos exacto que, por lento que sea el aumento de la densidad de la población, siempre es más rápido que el de la alimentación ó las comodidades, de modo que la lucha por la existencia—y selección natural, que es su consecuencia—es un hecho que se produce, se ha producido y seguirá produciéndose; pero esa selección natural es lenta, por su índole, y no sería casi perceptible sino fuera por la segunda ley de Darwin, que no es sino la extensión de la primera: la selección sexual, porque la lucha por la existencia no se verifica sólo para alimentarse y para vivir, sino para triunfar y dominar, para conquistar los machos las mejores hembras. Esta selección sexual se verifica sea por el combate de los machos entre sí, sea por el despliegue de sus medios de seducción, quedando, en ambos casos, dueño de la hembra codiciada. La sola enunciación de este principio demuestra que no es universal, pues no cabe aplicarlo á las especies inferiores, desde que hasta exige en las superiores cierto grado de cualidades de instinto ó de inteligencia, casi de sentido estético: por lo menos en la segunda forma relativa al despliegue de medios de seducción, como ser el plumaje brillante de los pájaros, que Darwin demuestra como hipnotizando á las hembras, las que se entregan, dominadas, al macho que así las seduce y embriaga.... Pero en esto diverge Wallace de aquél, demostrando, á su vez, que si bien es cierto el hecho, no lo es menos que los machos, así vencidos, encuentran también, á la larga, hembras que de ellos se apiadan y pueden entonces reproducirse: á lo que cabe observar que siempre será una hembra inferior la que así se conduela del macho inferior, de modo que el acoplamiento

de los seres superiores producirá siempre una descendencia muy superior á la de aquellos otros, y así la selección sexual siempre obrará de modo eficaz desde que, paulatinamente, serán más y más acentuadas las cualidades superiores de los unos, y más y más débiles las inferiores de los otros.

Por otra parte, la herencia perpetúa el uso de ciertas condiciones adquiridas en la lucha por la existencia ó por la adaptación: y si bien la teoría lamarkiana de la girafa que transmite su largo pescuezo porque, en una gran escasez accidental, tuvo que estirarlo más que los otros para nutrirse de los frutos de los árboles y así salvarse, es de una ingenuidad abrumadora, no es menos cierto que Darwin se abstuvo de formular ley alguna de tales variaciones, por no tener suficientes elementos de juicio: reconocía que la naturaleza verificaba, con su acostumbrada lentitud, esas variaciones, pero—en su *Variation of plants and animals under domestication*—se abstiene de incurrir en generalizaciones prematuras, contentándose con establecer que el hecho de la variación contribuye á acelerar la evolución de la especie, completando la obra de la selección sexual dentro de la selección natural.

No es de este lugar analizar más menudamente el darwinismo, ni mostrar las transformaciones que ha experimentado al pasar por las teorías de Haeckel, recibiendo sus leyes biogenéticas, su filogenia, su ontogenia, su genealogía..; del punto de vista sociológico todo ello nos interesará en el momento oportuno, como muy pronto sucederá con la primera transformación fundamental de la doctrina de Darwin, en el evolucionismo de Spencer, por éste aplicado á modificar profundamente la sociología. Pero, sí, nos interesa ahora establecer que la doctrina de Darwin tuvo un éxito tan rápido como inesperado, conquistando al mundo científico de una manera asombrosa. Y lo que, sobre todo, nos interesa acentuar es la conexión de aquella doctrina con la sociología y su influencia sobre ésta, desde que, en este curso, estudiamos el movimiento intelectual exclusivamente del punto de vista de la historia de las doctrinas sociológicas. Por eso me concreto aquí á recalcar el hecho de que la teoría darwiniana conquistó al mundo científico de su época y ha orientado por completo al pensamiento y á la ciencia, desde entonces, siendo su influencia actual decisiva todavía.

Para la sociología es de capital importancia el hecho de haber partido Darwin de la base sociológica de la doctrina de Malthus: así como Adam Smith fué el último de los moralistas y el primero de los economistas, puesto que sus teorías económicas no son sino enseñanzas morales transformadas,

mientras que sus estudios inductivos son el comienzo de investigaciones nuevas; así Darwin, á su vez, finaliza un período y abre otro, siendo el último de los economistas aprioristicos y el primero de la nueva escuela de biólogos: como economista es deductivo, como biólogo, inductivo. Su base malthusiana es clarísima: la economía de los alimentos y sus efectos en el organismo son fenómenos económicos estrictos, de modo que la ley de ahí deducida—la selección natural—viene á ser parte de la teoría económica. Darwin la basaba en la limitación de los alimentos, el rápido aumento de cada especie, la variabilidad de los descendientes y la evolución ocasionada por la presión del número: las dos primeras causas son la simple expresión de la ley de Malthus, la tercera es también un hecho económico evidente, que la práctica diaria, en agricultura y ganadería, demostraba; la cuarta era, si bien indirectamente, también una consecuencia de aquella ley económica, porque—si bien la vieja psicología enseñaba que todo el saber proviene de la asociación de las ideas, independizándolo así de la herencia; y la vieja historia mostraba la decadencia de las naciones antiguas, de modo que la civilización aparecía como una degeneración—la lucha por la alimentación, en cambio, era la causa de la tendencia al progreso, desde que la competencia de los hombres ocasionaba mejora en el trabajo y en el esfuerzo, perfeccionando las industrias y los conocimientos, fomentando el adelanto material é intelectual, para poder así luchar con mayor ventaja. Darwin estaba empapado en esas ideas y, hasta ahí, era un sociólogo involuntario: pero, naturalista hasta la médula de los huesos, aplica tales ideas exclusivamente á la evolución de las especies y, para llegar al convencimiento de la mutabilidad de éstas y de su transformación de otras originarias, trazando hasta los antecesores comunes, necesitó 20 años de pacientes estudios biólogicos inductivos: la teoría económica, de que partió, le insinuó la solución pero no le podía dar su demostración, porque si resultaba lógico que las especies se modificaran por causa de la lucha por la existencia, el cómo se efectuaba tal modificación quedaba inexplicado: esta parte de la obra de Darwin es precisamente, lo que asombró al mundo científico, conquistándolo, y es la que, hasta hoy, sirve de guía á todos los investigadores, habiendo sido objeto de cambios y perfecionamientos tales, introducidos por los discípulos, que el darwinismo actual no pueda comprenderse sino á través de la obra de éstos, principalmente de Haeckel. En cuanto al mismo Darwin, sus obras demuestran su discreta prudencia: así, su doctrina, con relación al presen-

te cosmos físico, postula la fijeza de las reglas de acción de las causas del movimiento en el universo material; ahora bien, si toda clase de materia es simple modificación de cierta clase y si toda suerte de energía es derivada de una sola energía, la evolución ordenada de la naturaleza, partiendo de esa materia y de esa energía, implica que la manera de obrar de ambas sea siempre definida y determinada, no dejando lugar para la casualidad ó el desorden: pero—y esta duda punzante jamás Darwin pretendió resolverla—¿acaso aquel universo de materia y energía, así simplificadas y que constituye la hipótesis científica en que hoy se basan todos los conocimientos, no podría ser á su vez producto de otro universo, con la misma materia pero con una energía diferente, cuya acción no se efectuara con arreglo á las leyes que hoy establecemos y que pudiera obrar en unos casos de un modo y, en otros, de otro distinto? Este punto interrogante abriría quizá amplio horizonte para encontrar una explicación filosófica, que pudiera no coincidir con las consecuencias, intolerantemente materialistas, de los que, siguiendo á Haeckel, pretenden que todo puede ya explicarse por el monismo darwinista, eminentemente mecanicista......Spencer, al llevar al dominio de su filosofía sintética el evolucionismo, ha rozado el problema candente, pero no ha podido evitar caer en la concepción cíclica que se desprende del criterio mecánico, desde que, dentro de espacio, tiempo y número finitos, la evolución tiene que llegar alguna vez á un punto en el cual se repita su proceso, de modo que resulta lógico que, en ese momento anterior á la existencia de nuestra historia y de nuestro sistema planetario, la materia y la energía estuvieran representados en algún otro universo, en el cual habían debido verificar análoga evolución á la verificada en el nuestro, desde que admitimos la estabilidad de las leyes que los gobiernan; y, cuando nuestro universo llegue á desaparecer, tendrán que formar algun otro en el que repitan la misma evolución, desde que las leyes no varían.... Este concepto cíclico, de la relación de la vida, viene desde los estoicos y Virgilio lo ha inmortalizado en una de sus eglogas (la 4.ª v. 31-36); casi contemporáneamente con Darwin lo explicó de nuevo el sabio alemán Moleschott, en su *Kreislauf des Lebens*, pero hoy es evidente su substitución paulatina por el concepto genético, desde que la esencia de éste es que todo se transforma, perfeccionándose, de modo que tal progreso implica una línea, en general, recta, por más regresiones parciales que puedan ahondar las curvas ascentes ó descendentes, pero sin cambiar la dirección. Pero,—como habrá oportunidad de

manifestarlo, cuando estudiemos el movimiento sociológico en Alemania—en los países germánicos el darwinismo provocó una tendencia mecánica y materialista; mientras que, en Inglaterra, fué exclusivamente biológica, y no poco agnóstica, substituyendo el principio genético del desarrollo al morfológico de la simple clasificación, cuya suprema expresión fué el *Kosmos* de Humbolt. Esta obra cerró el viejo período en la ciencia, y la *Origin of species* de Darwin abrió el nuevo, sacando á la ciencia de la atmósfera exclusiva de los laboratorios y transportándola en plena naturaleza para ensanchar sus horizontes.

Pero ¿cuál fué la influencia positiva ejercida por Darwin en el desarrollo de las doctrinas sociológicas? ¿en qué correlación se encuentran sus conclusiones con las de su coetáneo Spencer? Eso es lo que habremos de investigar en la próxima conferencia, antes de abordar el estudio de la sociología spenceriana.

II

Para poder apreciar debidamente el alcance de la sociología spenceriana—que constituye la doctrina cuya influencia, en las ciencias sociales, ha sido más honda hasta el presente—conviene sintetizar el estado del pensamiento filosófico inglés al aparecer Herbert Spencer. Así podremos darnos, á la vez, cuenta exacta de la correlación entre las doctrinas spenceriana y darwiniana, haciendo resaltar la importancia decisiva que ella tiene en la historia del desenvolvimiento del pensamiento humano.

Por lo pronto, eran entonces visibles dos tendencias desiguales: la que, arrancando del enciclopedismo de Bacón y á través de los dos más grandes representantes del espíritu matemático, Hobbes y Newtón,—los cuales habían, como lo expuse en alguna de las anteriores conferencias, dado forma á la concepción mecánica del universo, unificando así los conocimientos de su época,—todo lo subordina á la naturaleza, á los hechos, á los fenómenos materiales, constituyendo así, en definitiva, «la metafísica de la física», para usar una expresión feliz; y la que, reflejando las ideas germánicas de Leibniz y de Kant, caracteriza «la metafísica de la conciencia», representada principalmente por la obra idealista de Berkeley, la cual considera el mundo material como producto de las energías del mundo interno, sistematizado así el vasto dominio de la ética. Ambas tendencias, sin embargo, tenían más de un punto de contacto, porque si la una—la idealista—daba predominio al elemento religioso, moral, y subjetivo; la otra—la naturalista—no excluía de sus disquisiciones el concepto de lo absoluto ó de lo divino, sino que, tratando de conciliar siempre la tradición con la libertad y el libre examen, lo admitía como elemento incognoscible y fuera de la discusión. Tal lo hizo Darwin, como hemos visto; y hasta el propio Bacón, en su *Novum Organon*, se sirve de un símil elocuente para excluir del estudio de la física á las ideas de finalidad, diciendo que son éstas como las vírgenes á Dios consagradas, las cuales viven fuera del mundo y son por ello infecundas....Tranquilizado así el pudoroso *cant* británico, el espíritu analítico anglo-sajón ahonda el estudio de las cosas llevando á todas las disciplinas científicas la aplicación de las leyes de la filosofía natural, de la *pyhsica animæ*, de la observación empírica de los fenómenos físicos: Locke, Hume, Mill—padre é hijo—y Bain, sostienen que el proceso interno de los fenómenos de la conciencia, como los id materiales de los cuerpos, son simples efectos de agregación y desagregación, haciendo depender á las ciencias morales de la gran ciencia de la naturaleza; tendencia que—lo vimos en otra conferecia,—precisamente explica el por qué de la difusión, singularmente rápida, del positivismo comtiano en Inglaterra, pues daba forma á una convicción latente en los espíritus cultos y constituía un núcleo filosófico, en medio de la dispersión intelectual producida por el excesivo análisis, que, como alguien lo expresó, formaba sabios pero no pensadores...

El vacío de una filosofía,—de un concepto de conjunto, de un sistema de unificación, de una doctrina que fuera algo como la espina dorsal del *corpus* de los conocimientos humanos,—no fué llenado por el positivismo de Comte, malgrado la falange de pensadores ingleses que abrazaron su credo: el pecado original del sistema, la incongruencia entre lo positivo del *Cours* y lo dogmático del religiosismo del *Sytème*, fué causa bastante para que lo resistiera la mentalidad, esencialmente lógica, del espíritu británico: ni Mill, ni Lewes, ni Harrison, lograron tapar aquella brecha por la cual escapaban los que, atraídos por la fascinación global de la nueva doctrina, penetraban en sus meandros.,. En pie, pues, quedaba el vacío de una filosofía que se impusiera al público, y que abarcara en una doctrina lógica y estrictamente científica, á la vez, la universalidad de los conocimientos, renovando la tentativa baconiania y haciendo del estudio de la sociedad y de sus diversos fenómenos una de las tantas disciplinas de un solo todo.

Y es este, cabalmente, el altísimo significado de la obra de Spencer: *Novum organnon* del siglo XIX, la filosofía sinté-

tica—como la denominó aquél,—constituye el foco luminoso más potente, en un determinado momento histórico, y cualesquiera que sean las modificaciones ó rectificaciones que el adelanto de las ciencias haya posteriormente provocado, ó en adelante provoque, la influencia de aquella obra ha sido casi inconmensurable. Pero la médula misma de la obra spenceriana es precisamente la doctrina de la evolución, que sirve para explicar todos los fenómenos materiales ó morales, orgánicos ó inorgánicos, y como dicha doctrina en realidad sólo ha tenido existencia científica desde la obra de Darwin, es de esencial importancia darse cuenta de la correlación que existe entre ambos pensadores, y cómo ambos concibieron dicha doctrina y cómo la explicaron. Es este, pues, el eje al derredor del cual gira el desenvolvimiento del pensamiento humano, en la segunda mitad del siglo anterior y cuyas proyecciones orientan aún visiblemente su marcha actual.

De ahí que haya creído deber explicar, en la anterior conferencia, en que ha consistido la doctrina darwiniana, cuál es su característica, por qué su influencia fué más profunda, malgrado la prioridad de Spencer en haber atribuído á la doctrina de la evolución el papel de llave maestra para solucionar los problemas psicológicos y sociológicos.

Para la historia de las doctrinas sociológicas es interesante deslindar la parte que á Darwin y á Spencer respectivamente corresponde en la exposición de la teoría evolutiva. El primero, como hemos visto, sólo se ha ocupado de ella del estricto punto de vista de la ciencia positiva, por él cultivada; el segundo, por el contrario, del amplio punto de vista filosófico, aplicándola como solución general en todas las ciencias. Pero si bien es cierto, que,—como más detenidamente hemos de verlo al estudiar las doctrinas de Spencer—éste expusiera dicha teoría en 1854, al publicar sus *Principles of psychology*, no es menos cierto que lo hizo en forma un tanto nebulosa é incompleta, con la natural inseguridad de quien avanza una tesis arriesgada en contra del concenso general; tampoco tuvo eco verdadero, ni la crítica ha conservado recuerdos de que provocara polémica alguna, en la cual pudiera aquilatarse su bondad. Cierto es que eso no impidió que Spencer, más y más convencido de la verdad de esa teoría, la ahondara constantemente en sus meditaciones y llegara á convertirla en el eje central de un sistema de filosofía sintética, planeado en 1858, antes de la aparición de la obra de Darwin. Mas esto no quita que fué ésta, la que, aun obscureciendo la concidencia de la monografía de Wallace, á que antes se aludió, logró conquistar en el mundo científico carta de ciu-

dadanía á la teoría evolutiva, permitiendo á Spencer confirmar así el resultado de sus propias meditaciones, completándolo y dándole formas definitivas. La doctrina darwiniana de la selección natural vino á quedar como parte integrante de la teoría general de la evolución, en las líneas spencerianas. El mismo Spencer ha explicado lealmente la correlación de ambas doctrinas: desde que la evolución orgánica es una parte de la evolución en general, debe ser interpretada de la misma manera general, es decir, en términos físicos. Pero Spencer había tenido casi exclusivamente en cuenta los cambios producidos por la adaptación funcional, siendo así que ello constituye sólo uno de los factores del problema; Darwin dió toda su importancia á la selección natural: más ambos factores debían resultar, como resultaron, una consecuencia de la redistribución de la materia, observable por doquier. Cierto es que la selección natural, á primera vista, no parece formar parte de esa redistribución universal, pero, en puridad de verdad, tal solución no es sino la supervivencia de los mejor adoptados... Ahora bien: los cambios que constituyen la evolución tienden siempre á un estado de equilibrio, y antes de llegar á éste en absoluto se pasa por otro provisional, en el cual las partes, mutuamente interdependientes, desempeñan acciones que sirven para mantener esa combinación; eso puede observarse en todo organismo viviente, pues la vida no es más que una serie de funciones balanceadas, siendo el desarrollo de tal equilibrio precisamente la muerte; y como algunos individuos están de tal manera construídos que el equilibrio constitucional y diario de sus funciones es menos fácilmente desarrollado que en otros, resultan ser así mejor adaptados que éstos para continuar viviendo, siendo éstos los que preserva la selección natural. Luego, si la continuación de la vida es sencillamente la continuación de equilibrios provisionales, el temprano desarreglo de éstos en algunos individuos les impide reproducirse, mientras que lo hacen los que resultan mejor constituídos ó adaptados, por manera que esta supervivencia y multiplicación de los selectos no es más que una expresión de la ley física general de la redistribución universal de la materia y del movimiento. Y no siendo las sociedades, en el sistema spenceriano, sino organismos análogos á los demás existentes, claro está que la misma ley de evolución se les aplica exactamente y sirve para explicar todas las modalidades de su pasado, de su presente y permite inducir las de su porvenir: de ahí que la confirmación darwiniana tuviera una influencia más honda en sociología, permitiendo á esta ciencia acometer, en el dominio

de los fenómenos sociales, lo que aquél había realizado en el de los fenómenos biológicos, desde que exactamente las mismas leyes deben regir una y otra clase de fenómenos; y los hechos sociales reciben una luz inesperada de los nuevos principios, que explican lógicamente la transformación sucesiva de las formas sociales, de la familia, tribu, etc.

La sociología cambiaba así bruscamente su orientación: de los principios apriorísticos y poco exactos de las leyes comtianas de los 3 estadíos y de la jerarquía de los conocimientos, como de las generalizaciones prematuras de las demostraciones históricas del filósofo francés, se convertía en una disciplina de observación é inducción, con propósito claro y técnico: estudiar los fenómenos sociales, para verificar en ellos la exactitud de las nuevas leyes científicas é inducir las otras leyes secundarias que, en el terreno sociológico, las complementan. Los mismísimos problemas por Darwin estudiados en lo biológico, en las especies, había que estudiar en lo sociológico, en los fenómenos sociales, partiendo en ambos casos de los mismísimos hechos: de la lucha por la existencia y de la selección natural. Se salía así, de repente, de la región nebulosa de los sistemas filosóficos apriorísticos, fueran metafísicos ó positivistas, para encarar la cuestión de un punto de vista estrictamente científico: las mismas causas que obraban sobre las especies, á la vez obraban sobre los fenómenos sociales, que venían á quedar reducidos á su categoría de hechos naturales, sometidos á las leyes de la naturaleza, puesto que el aspecto psíquico del problema sociológico no es más que una faz del problema natural y no tiene dominio aparte, como no lo tiene el aspecto del instinto en las asociaciones animales. En biología y en sociología el problema debía encararse de igual manera: en plena naturaleza y en plena elaboración de la vida; antes de Darwin, las ciencias naturales y las sociales se estudiaban en laboratorios y bibliotecas: después de Darwin, se estudian en la vida misma, introduciendo así la más profunda revolución intelectual que la historia recuerde. La selección natural, la adaptación, la variabilidad, la herencia, constituyen poderosísimos rayos de luz para iluminar hasta los más recónditos rincones de los fenómenos sociales: todo hay que renovar en el estudio de éstos y la sociología, guiada por aquellos principios, se ha lanzado en esa nueva vía. El espíritu y el método darwinianos han soplado intensa vida en los dominios de esta ciencia: discípulos y adversarios se pusieron con ardor á la obra, sea para corroborar ó para combatir aquellas doctrinas, y las consecuencias de éstas—bastará recordar el mimetismo, que

sirve hoy de base á una de las escuelas sociológicas más en boga—son todavía hoy la gran palanca que mueve á nuestra ciencia *in fieri*, apoyadas en procedimientos meticulosos de investigación, en el uso constante de la cooperación de la estadística, y en el constante examen del pro y del contra en cada caso, para no avanzar sino sobre terreno seguro, puesto que deben explicarse hasta los rasgos más insignificantes que aparenten contradecir las conclusiones que se formulen. La revolución intelectual que todo esto implica es colosal: antes primaba el método exacto y matemático de las ciencias abstratas, partiendo de axiomas y deduciendo lógicamente sus consecuencias, de manera que los hechos no eran considerados sino como efectos complejos de fuerzas específicas, de antemano definidas, y que actuaban con sujeción á fórmulas dinámicas rígidas; ahora, si bien se admite que la naturaleza entera, como todos los fenómenos observables, es en realidad el resultado de tales acciones, en cambio aquel método, fecundo en casos aislados, no da la explicación del conjunto de fenómenos ni permite apreciar la totalidad de las cosas que pueblan el universo, pues las reglas matemáticas no tienen la flexibilidad que requiere el estudio de los problemas complejos. Y no pueden serlo sino los hechos naturales y los sociales: para comprenderlos, es menester estudiarlos con el criterio de un juez, que examina sin prejuicios las pruebas en uno y otro sentido, pesa los alegatos de ambas partes, y falla en definitiva con pleno conocimiento de causa, huyendo así de una imposible é infecunda rigidez matemática, para contentarse con la sensata probabilidad del acierto.

Por lo demás, la revolución intelectual iniciada por Darwin es simplemente el principio de una nueva era, en la cual hay no poco por estudiar y por descubrir, faltando aún casi todo el cuerpo de la legislación pertinente. . . . La variabilidad, p. e., tan importante como es, hasta ahora no ha podido ser sometida á una ley que explique su funcionamiento; la herencia misma, aun espera la ley definitiva que enseñe cómo obra su atavismo: pero es Darwin quien ha llamado la atención del mundo sobre esas cuestiones abiertas, que, precisamente para la sociología, representan el verdadero *primum movens*. La naturaleza y la vida se estudian hoy de un punto de vista dinámico, á la par que estático, y con un criterío eminentemente histórico, en la acepción lata del término, introduciendo, en nuestro juicio sobre el conjunto, un sano elemento filosófico de conjeturas y de especulación; para llenar, con la primera, los vacíos que por doquier encontramos

en nuestros conocimientos científicos; y para investigar, con el segundo, los principios generales que explican la diversidad inmensa de los fenómenos estudiados. Las ideas filosóficas de la evolución han cambiado totalmente la faz de los conocimientos, suplantando á las viejas ideas de la filosofía anterior, que es hoy materia sólo de recuerdo histórico: por eso el principio darwiniano de la selección natural ha sido el más fecundo de todos los formulados por la mente humana, sin exceptuar siquiera el de la gravitación, á Newton debido: variará la fórmula de aquella ley, se modificará en la primitiva forma que le dió Darwin, pero el concepto de evolución constituye, desde hoy en adelante, la médula espinal de la ciencia.

Cabalmente ahí reside la parte de mérito de Spencer. La fórmula de Darwin era restringida á un compartimento científico, especial y limitado; y su carácter filosófico, su ampliación generalizadora, su modalidad esencial, la debe á la doctrina de Spencer. Este había entrevisto su eficacia y la había vagamente proclamado, más como inducción que como demostración; aquél, sin preocuparse de su alcance filosófico sino exclusivamente como demostración técnica, expuso su exactitud científica: entonces toma Spencer la fórmula de Darwin, la incorpora á su doctrina, la vivifica y ensancha, y la convierte en el poderoso instrumento filosófico del que se apoderan sucesivamente, una por una, todas las ramas de los conocimientos humanos. Y Spencer, precisamente, comprueba la bondad de la nueva doctrina evolutiva aplicándola al terreno sociológico, y haciendo servir al pasado y presente de los fenómenos sociales, como elementos de experimentación y comprobación. Es, pues, al través de la obra de Spencer que la doctrina de Darwin ha podido triunfar en el mundo filosófico, gracias á su inmediata aplicación á la sociología.

Nacida de una ley sociológica—el principio de Malthus—era muy explicable que la selección natural fuera en el acto aplicada á la sociología: ésta, para usar un símil célebre, asemejaba hasta entonces una estatua de Pigmalión, esperando el soplo vivificante que la animara; la evolución le dió vida propia, explicando los fenómenos sociales de una manera científica. Y eso mismo, recordando que la tesis originaria de Darwin era bien modesta y limitada: el principio de la selección natural no implicaba explicar la evolución natural, sino exclusivamente la separación de las diversas especies, por lo cual el gran naturalista inglés tituló su libro: *Origin of species*; su misma teoría se apoyaba en un conjunto de hipótesis, geniales si se quiere, pero que sólo el transcurso del tiempo y el adelanto de las ciencias podrían confirmar, modificar ó invalidar. Todo ello se encuentra en pleno período comprobatorio, tanto en el terreno científico como en el filosófico; pero la selección darwiniana permitió reconstruir el árbol genealógico de las especies, demostrando la evolución —dando, así, base indestructible á la teoría de Spencer—y poniendo al desnudo la falta de base de las pretendidas generaciones espontáneas y de la creación mítica, que no es sino una generación de aquel carácter, es decir, sin causa física; la vida, en el concepto darwiniano, engendra siempre otra vida, y el único medio de formación de los seres vivos es la reproducción, diferenciándose los últimos descendientes de los primeros ascendientes: por lo menos en todos los seres conocidos, tanto existentes como extinguidos, la cadena evolutiva es demostrable y es, á la vez, explicable por la selección natural y sus teorías complementarias. Hasta ahí la ciencia de Darwin: la aparición primera del primer ascendiente de cada especie, la transmutación de una especie en otra,—la *causa efficiens* del origen del mundo y de la vida,—he ahí otras tantas cuestiones que deliberadamente descartó de sus investigaciones y de sus conclusiones, no con el cómodo *ignorabimus* sino con el discreto *ignoramus*, dejando prudentemente al porvenir el ocuparse de esa faz de la cuestión, respecto de la cual se consideraba sin los suficientes elementos de juicio. La generación coetánea, formada en otro ambiente y con las ideas en Cuvier, Humboldt y Lyell, encarnadas, tenía que ser, en el fondo, resistente á las nuevas concepciones: pero, desaparecida y substituída por una generación ajena á esos prejuicios, la doctrina de la selección ha concluído por predominar en la ciencia como la hipótesis más científica hasta ahora, encontrando su confirmación en diversos órdenes de hechos: 1.º las series de seres fósiles unen entre sí á las series de seres vivientes; dan, hasta en sus menores detalles, la explicación de las formas actuales y permiten reconstruir un árbol genealógico, cuyas ramificaciones parecen convergir hacia un centro común: así, los pájaros resultan ligarse á los reptiles, que pasan á los batrácios, vecinos de los peces; y es así como ciertos paquidermos de cuatro dedos, en el comienzo del período terciario, llegan, merced á la pérdida sucesiva de tres de sus dedos, á constituir al tipo del solípedo; 2.º en cada región del globo, las formas, actualmente vivientes, de animales y plantas, están estrictamente vinculadas á las formas fósiles de los períodos precedentes: así, la Australia, casi exclusivamente poblada por mamíferos marsupiales cuando fué

descubierta, no contiene en sus capas geológicas sino mamíferos igualmente marsupiales; 3.° los géneros, familias, órdenes, clases y aun las ramificaciones de las clasificaciones actuales, no son divisiones separadas, como si las especies fueran independientes unas de otras, sino que, entre aquellas divisiones, es frecuente el paso y la superposición; 4.° el embrión de un animal cualquiera, por poco elevado que se encuentre en la serie zoológica, pasa sucesivamente por formas análogas á las inferiores de esa serie, antes de tomar la forma adulta; 5.° los animales tienen frecuentemente órganos que no usan, dimensiones reducidas, órganos rudimentarios, que parecen despojados de la importancia que antes tuvieran.

Del punto de vista sociológico la doctrina de Darwin, en definitiva,—si bien á través de la obra spenceriana—tiene importancia extraordinaria porque ha cambiado fundamentalmente la orientación filosófica: 1.° al interpretar, de modo admirable y en el sentido del desarrollo colectivo, una serie considerable de fenómenos biológicos, desmoronó la última valla del realismo escolástico y mostró el vasto alcance del principio de la evolución; 2.° al coordinar una masa ingente de hechos científicos en una unidad orgánica, provocó la unión de las tendencias científica y filosófica, hasta entonces separadas, para tender á la unidad del saber; 3.° al establecer los medios de considerar al dominio de los fenómenos materiales como un conjunto perfecto en sí, y en el cual no tienen lugar posible los fenómenos psíquicos, impulsó indirecta, pero metódicamente, en nuevos rumbos á la investigación en el dominio de las ciencias morales, que ha dado por resultado una correspondencia psíco-física, la cual, gracias al principio de la evolución ordenada, ha equiparado los dominios material y moral, demostrando que aquél implica un fenómeno, consciente ó inconsciente, del instinto ó de la psiquis, y éste, un fenómeno físico correlativo: con lo cual las viejas antinomias entre materia y espíritu quedan relegadas al recuerdo de la historia y se compenetran, sin confundirse, ambos órdenes de fenómenos; 4.° la unidad formal de todo orden de conocimientos, la unidad de la ciencia, queda así fuera de cuestión, siendo el criterio monístico—en el momento actual del saber—el más lógico: las disquisiciones del realismo escolástico sobre la substancia, espontáneamente activa é invariable y absolutamente sencilla, desaparecen ante la eliminación de lo espontáneo y el establecimiento de la variabilidad, confirmando indirectamente la doctrina kantiana de la unidad formal, siendo relativo el concepto de unidad, que aparece compuesta por la diversidad, y llegando las investigaciones, en última tesis, hasta

las plastídulas como aparente unidad primaria, sin perjuicio de que, más adelante, todavía pueda descomponerse á esas plastídulas en átomos más elementales, de modo que el principio de la unidad formal lleva de la mano al principio de los elementos variables, después de lo cual no hay, todavía, más que repetir el discretísimo *ignoramus* de Darwin; 5.° el procedimiento de crítica genética, introduciendo en la comprobación de cualquier orden de conocimientos el método de la evolución aplicado á la crítica filosófica, que intepreta así la masa extraordinaria de resultados especiales de cada ciencia, para buscar su coordinación y desprender de ella los necesarios elementos de juicio en busca de la solución final, todavía tan remota, siquiera llegue á admitirse que lo que existe es, en su forma, movimiento, y en su contenido, impresión; 6.° los fenómenos sociales, entonces, vienen á quedar reducidos á uno de tantos órdenes de fenómenos, sometidos á los mismos métodos de estudio é investigación, y cuyos resultados deben coordinarse con los de los demás conocimientos, partiendo de su comprobación empírica experimental, é interpretándolos con un criterio de crítica evolutiva, de modo que no forman reino aparte, ni tienen leyes de excepción, ni son de índole caprichosa ni escapan á las leyes generales de la ciencia.

Los fenómenos sociales, justificando así la genial intuición de Spencer, precisamente, han resultado más asequibles á la comprobación de la ley darwiniana, que los mismos fenómenos biológicos: en estos, hay que emplear sea un análisis infinitesimal, cuando se estudia la selección natural en los componentes de los seres, en las partes de los órganos; sea una inducción lejanísima, cuando se aplica el mismo principio á las especies desaparecidas, ó á los puntos de contacto de las mismas entre sí, en edades geológicas anteriores; mientras que la variación, la adaptación y la herencia, pueden examinarse en los fenómenos sociales, desde que la historia nos da los elementos necesarios, en cuanto al pasado, y la observación del presente es hacedera, sin recurrir á hipótesis alguna, ni partir de átomos que no puedan aislarse: tanto en el pasado como en el presente los diversos acontecimientos: guerra, conquista, esclavatura, etc., como las diferentes modalidades: educación, propaganda, régimen social, etc., pueden estudiarse con materiales copiosos positivos. De manera que el principio científico de la selección natural, nacido de una doctrina sociológica, viene á encontrar su más fecundo campo de acción en el dominio de la sociología, si bien con las modificaciones consiguientes á la

diversa modalidad de ambos órdenes de fenómenos; así, en lo físico, la selección obedece á una lucha por la existencia provocada por la disparidad de la alimentación respecto de la población de seres; mientras que, en lo social, entran otros motivos en acción: el bienestar y la realización de ideales; la historia de la civilización resulta así ser la de la lucha social y la de la selección, que es su resultante, no de la selección exclusivamente brutal del mundo animal, sinó de la social del mundo civilizado, cuyo progreso es precisamente el efecto de tal selección. Entran así, en ésta, todos los factores psíquicos que influyen en los fenómenos sociales, porque ellos contribuyen al triunfo en la lucha social y se seleccionan paulatinamente, trasmitiéndose de generación en generación en forma de conocimientos más y más adelantados: la arqueología, la etnografía, la historia, la estadística, todas las disciplinas morales, se convertían así en fuentes riquísimas de hechos y de datos, para determinar y comprobar el efecto de la ley de selección y sus resultados fecundos.

Tales perspectivas fueron entrevistas por el mismo Darwin: «me interesa singularmente—escribía á Thiele—la aplicación á cuestiones sociales y morales, de una doctrina que he estudiado sólo en relación á las especies»; pero él mismo se abstuvo de invadir esos dominios, ajenos á su actividad científica. No es, pues, de extrañar que Spencer, en el acto, se apropiara ese resultado, fecundando así su propia doctrina; y que á nadie se ocultara la trascendencia de las conclusiones de Darwin para la sociología: cabalmente por eso quedó en el acto obscurecida la obra de Comte, de Buckle y de Mill, porque les faltó á todos ellos ese intenso é indispensable rayo de luz.

En el acto se trató—si bien con explicable precipitación, al principio—de extender á la sociología las conclusiones darwinianas. En moral, se sostuvo que el problema ético implica que las cuestiones de origen social son siempre de origen humano por la evolución, de modo que la moral no arranca de un elemento extrahumano y espiritual, sino de la simpatía y del interés de la especie, bastando para explicarla el instinto social, con el aditamento de la inteligencia, sometido á la transformación de todo lo que existe y se desarrolla: las ideas morales son fuerzas sociales colectivas, que se refinan por la selección de la vida civilizada, que tiende al perfeccionamiento de los individuos, á la solidaridad y al altruismo, como condiciones para su conservación y su triunfo en la constante lucha social. Como en

moral, lo mismo sucedió en economia política y en todos los diversos ramos de los conocimientos humanos, en los cuales quiso renovarse violentamente todo como si el principio darwiniano—tan discreta y reposadamente expuesto por el sabio autor del *Origin of species*—fuera un nuevo «sésamo, ábrete» con el cual cualquier aficionado pudiera penetrar á lo mas hondo de los problemas discutidos. Tales exageraciones no contribuyeron poco á presentar flanco á la crítica reeccionaria para combatir é invalidar á la nueva doctrina, probando cuán aventuradas resultaban sus aplicaciones, siendo así que solo se trataba de extralimitaciones prematuras y que aun era necesario el trabajo paciente de una generación, de investigadores de verdad, para permitir comprobar la bondad ó deficiencias de la doctrina discutida. De ahí que, durante medio siglo, el darwinismo haya sido la cabeza de turco de sabios y aficionados, traído y llevado por entendidos y profanos, mientras que sólo se ha conseguido con tal abuso retardar su estudio y el de su comprobación en las otras disciplinas. Hoy, apaciguada aquella tormenta, unos y otros someten á la doctrina evolucionista al mismo paciente examen que á cualquier otra hipótesis explicativa de lo cognoscible, siendo de observar que, desde que tal procedimiento se ha empleado, la luz se viene haciendo paulatina y seguramente, encontrándose que dicha hipótesis se presenta cada vez más con los caracteres de una de esas leyes fundamentales que explican satisfactoriamente una serie inmensa de fenómenos de los órdenes más diversos.

De ello, en realidad, no se preocupó Darwin ni le correspondía, como á verdadero sabio de verdad, pretender que tales generalizaciones eran inmediata consecuencia de su comprobación y de su fórmula. En las mismas ciencias naturales hubo que proceder con prudencia, sometiendo pacientemente cada una á nuevo examen, para controlar si la nueva ley era ó no aplicable. Todo eso no podia improvisarse, y no hubiera sido serio pretender escamotear tales investigaciones con generalizaciones vacías. El verdadero carácter general de la ley de evolución sólo resaltó cuando el problema sociológico pasó por el tamiz de una mente filosófica de primer orden, para avanzar resueltamente en la faz definitiva de su solución; quien, efectivamente, la ahondó con un análisis poderoso y penetrante, formulando la doctrina de la evolución con un alcance no imaginado por Darwin ni por otro alguno, fué—como lo veremos—Spencer, el más grande filósofo inglés y uno de los pensadores más conspícuos del pasado siglo: Spencer, en su *Synthetic Philosophy*, ha intenta-

do abarcar en un grandioso estudio de conjunto á todos los órdenes de los conocimientos humanos, elaborando un vasto y completo sistema filosófico, y aplicándolo á la sociología que, como su émulo francés Comte, consideraba el coronamiento de la ciencia, y á la cual, gracias á su singular mentalidad, hizo experimentar una transformación profunda.

¿Quién era Spencer y cuál ha sido su obra sociológica? Podemos ya abordar resueltamente su examen y á ello daremos comienzo en la próxima conferencia.

III.

Abordemos, pues, de lleno el estudio de las doctrinas sociológicas de Herbert Spencer: comencemos, para ello, por explicarnos la personalidad de aquel sociólogo y analicemos, en seguida, el contenido y significado de su obra.

Hasta hace poco un nimbo misterioso parecía substraer al público la personalidad del gran filósofo, á quien se caracterizaba como al pensador que, habiendo marcado más profunda huella en el espíritu de su época, era, á la vez, el escritor menos conocido como hombre; pero la reciente (1904) publicación póstuma de su admirable autobiografía ha rasgado el velo de ese misterio y permite desprender de la historia de su vida enseñanzas fecundas, principalmente para la sociología, cuyas doctrinas más lo preocuparon y cuyo estudio más ahondó.

En alguna conferencia anterior explicaba la índole de la personalidad de John Stuart Mill, trazando el cuadro de su educación bajo la rígida vigilancia paterna y desenvuelta en el círculo, más rígido aun, de pensadores benthamistas.... Pues bien: podría sintetizarse la educación de Spencer diciendo que fué exactamente todo lo contrario, por lo menos como régimen de estudio y como medio ambiente.

Descendiente de una estirpe educadora—su abuelo, su padre y sus tios eran maestros de escuela, sin perjuicio de otras ocupaciones—no pasó propiamente por el colegio: su mala salud de niño hizo que su padre no le enseñara á leer hasta los 7 años y que, despues, no lo sometiera á la disciplina escolar sinó que prefiriera que la observación de las cosas, y las pláticas correlativas, fueran dándole las nociones necesarias. Y más tarde, confiado á los cuidados pedagógicos de uno de sus tios, fue rebelde á todo estudio que exigiera contraccion libresca, atrayéndolo solo los problemas matemáticos y geométricos, que buscaba solucionar á su manera: ni lenguas ni historia, ni conocimientos de otro género

adquirió, salvo los que le proporcionara su afán de coleccionar insectos y plantas, en sus largas excursiones por los campos. Quaquero el padre y metodista la madre, acompañaba sucesivamente al uno y al otro á sus capillas respectivas, sacando de ahí esa singular independencia mental en materia religiosa que caracteriza sus obras. Rehaoci á la educación universitaria inglesa—entonces, como ahora, exclusivamente aristocrática, clásica y tradicional, un tanto divorciada del movimiento contemporáneo—la lectura, curiosamente desordenada, de las copiosas revistas recibidas por su padre y su tío, reemplazó el más sólido bagaje intelectual que todo joven debe llevar á la vida madura. Educado, pues,—como la inmensa mayoría de los sabios y pensadores de su país—fuera del ambiente académico, verdadero autodidacta, tuvo de ese punto de vista una instrucción deficientísima, ignorando hasta los rudimentos de las cosas más triviales, salvo en ciertos ramos de matemáticas ó ciencias naturales... La casualidad le llevó á ocuparse en el ramo de ingeniería, como empleado en trabajos de construcción de ferrocarriles, lo que le permitió ampliar sus conocimientos matemáticos y, á la larga, á convertirse en uno de esos ingenieros practicones que—en aquél país—suelen llegar á descollar, malgrado no haber jamas pasado por las escuelas.

Su temperamento reflexivo y serio, ya estimulado por las conversaciones oídas en casa de sus padres y de sus tíos, —donde se discutían las cuestiones del día, con ese tesón é independencia que suelen poner los ingleses en sus preocupaciones relativas á la cosa pública, á la acción de los gobiernos ó de los particulares,—buscaba siempre ir al fondo de las cosas, espoloneado por la correspondencia activísima con su padre, quien constantemente discutía así los problemas apasionantes del momento, como cualquiera otra cuestión, por nimia que aparentara ser, pero que interesaba al jóven aprendiz de ingeniero. De ahí que, si bien se ocupaba con celo de su nueva profesión y que sobre asuntos técnicos haya escrito numerosos artículos en los periódicos de ingeniería de entónces, meditara consecutivamente sobre los problemas político sociales de su tiempo, analizándolos y desmenuzándolos para mejor comprenderlos, sobre ellos discutir y penetrar su esencia: precisamente lo hacía bajo una faz que le permitía prescindir de la hojarasca que, á menudo, suele obscurecer y complicar la solución de aquellos problemas, porque su inteligencia, hondamente moldeada por la disciplina de las matemáticas y de la geometría, aplicaba el razonamiento escueto de las ciencias exactas al estudio de las

cosas sociales. Por otra parte, el ambiente de esa época lo llevaba de la mano á ocuparse de los derechos de los ciudadanos y la esfera de influencia de sus iniciativas, de la acción de los gobiernos y su naturaleza limitada, de la organización social y su anhelado perfeccionamiento; de mil y mil otras cuestiones análogas que, hacia mediados del pasado siglo, constituían el tema obligado de las preocupaciones de todo hombre pensante en la clásica isla.

Por eso es que, habiendo tenido que hacer un paréntisis en su carrera y que pasar una temporada en casa de su familia, la discusión de aquellas cuestiones, objeto entonces de grandes movimientos de opinión y de ardorosos trabajos de propaganda, en los cuales su padre y tíos tomaban muy activa participación, le llevara á escribir una serie de cartas abiertas, sobre la esfera del gobierno, destinadas al periódico *The Nonconformist.* En ellas despliega ese individualismo impenitente que carácteriza su idiosincracia británica y que defenderá hasta el fin de sus días, malgrado que á la larga resulte darse de mojicones con sus conclusiones sociológicas, en las cuales el individuo tiene que ser absorbido por el organismo social; esas fueron sus primeras páginas, y análogas fueron sus últimas: en su postrer libro *(Facts and Coments)* repite, medio siglo después, su misma fe inquebrantable en el poder del individualismo... Interesante es observar, sin embargo, que en dicho primer trabajo—publicado después (1842) en forma de libro—ya se diseña su orientación filosófica y sociológica; considera ser una sola la ley que rige los fenómenos morales como los materiales, aplicable tanto á la vida de sociedad como á la indivdual; admite la idea de la causalidad universal; sostiene que, en el mundo orgánico, todo consiste en un proceso de adaptación mediante el cual las facultades sirven para las funciones encomendadas; establece que existe un determinado equilibrio entre las facultades de los individuos y el medio ambiente en que estos se desenvuelven, siendo evidente la tendencia de la sociedad al equilibrio individual y social; en una palabra, se nota la influencia de la escuela naturalista, de la metafísica de la física, si bien se acentúan los factores de la evolución en general.

En esto último es curiosa la influencia sobre Spencer entonces ejercida por el clásico libro de Lyell: los *Principles of geology* de éste condenaban, á la sazón, la doctrina lamarckiana sobre el origen de las especies, pero lo hacían con tan deficientes argumentos, á la luz de una rigurosa lógica filosófica, que Spencer se convirtió en caluroso partidario de

aquella doctrina, encarrilando sus meditaciones en el sentido de la evolución orgánica. Lyell, años después y en las sucesivas ediciones de su célebre obra, entonó el *mea culpa* y abrazó la doctrina de Darwin, perfeccionamiento de la de Lamarck y parte de la más general por Spencer desde aquel entonces convertida en el eje de sus meditaciones, encontrando sucesivamente que podía explicar todos los fenómenos posibles, con absoluta prescindencia de su naturaleza ó de su esencia. En aquellos días de 1842 nada de eso era concebible, aun en los círculos más inteligentes: y es interesante observar que Spencer aplicó originariamente tal principio á las cuestiones sociales, precisamente porque la agitación chartista era á la sazón vivísima y los problemas de carácter social, absorbentes, habiendo participado activamente en ellos.

Desde ese momento la atención de Spencer se concentró en la honda meditación de asuntos sociológicos; resolviendo, puede decirse, dedicar su vida al estudio de las cuestiones sociales y filosóficas. Se dedicó á profundizar, en sus lectuturas, temas de esa índole; su carrera tomó otra orientacion, destinándose deliberadamente á ser escritor. Comenzó á preocuparse de estudios filosóficos, mientras desempeñaba la dirección accidental de una revista; y—salvo un interesante paréntesis, en el cual creyó asegurar su *modus vivendi* con algunas curiosas invenciones, pasando otra vez á ocuparse de cuestiones ferrocarrileras en la tramitación parlamentaria de ciertas concesiones, lo cual le dejó una provechosa experiencia,—á partir de 1848 normaliza su existencia, convirtiéndose en subeditor de la revista *The Economist.* En 1850 publica su *Social Statics,* en cuya obra había trabajado varios años, siendo su propósito exponer en ella un sistema completo de moralidad social y política, mostrando cómo pueden equilibrarse las relaciones de los hombres en sociedad por la conformidad de la organización social á la ley de la libertad pareja.

La elección del título de esa obra, que resulta un visible é indispensable escalón en su construcción sociológica, sugiere en el acto el pensamiento de que ella implica una evidente influencia positivista, porque fué Comte quien, al determinar la división de la sociología en estática y dinámica, dió al vocablo una acepción definida. La difusión de la doctrina comtiana en Inglaterra, á la sazón, casi no permitiría suponer que ningún pensador ignorara la obra del filósofo francés. Pero Spencer declara que no conocía entonces los libros de Comte, ni siquiera que éste hubiera denominado á una de sus divisiones sociológicas, «estática so-

cial»: más aún, siempre negó rotundamente—hasta después que se hubo posesionado de la doctrina de aquél—que lo influenciara en modo alguno. Es, pues, conveniente examinar este punto, y precisar cuál es la orientación spenceriana, desde sus primeros comienzos.

Recordaréis lo que, en conferencias anteriores, os he dicho acerca del estado de la mentalidad inglesa de la época: en lo científico, especializada y tendente siempre á la faz práctica de las investigacionnes; en lo filosófico, rehacia á toda sistematización y filosofía, á la que consideraba como una divagación perniciosa; en lo económico, individualista hasta la exageración; en lo político, después de la fermentación reaccionaria contra los excesos de la revolución francesa, á su turno radicalmente liberal ante las exageraciones de la Santa Alianza; respetando, á la vez, la ciencia y la religión, que trataba siempre de armonizar con el repudio de toda idea transformista y con la tendencia puramente descriptiva en el estudio de las cosas; experimentando,—en el momento mismo en que Spencer comenzaba á escribir—la influencia de Comte, á través de Mill, fresca aun la de Coleridge y Hamilton, que extendían la tendencia idealista —germánica de Kant, Fichte, Schelling y Hegel—en contraposición al materialismo crudo de los enciclopedistas holbachianos..... Spencer, á pesar de estar imbuído en esas ideas, escribe (1850) sus *Social Statics*, en la cual comienza á manifestar sus divergencias y á orientar su pensamiento en una dirección propia.

Estudia las relaciones del hombre con la sociedad; analiza, de lleno, el problema sociológico, desprendiéndose de la escuela utilitaria de Bentham y de Mill; examina la naturaleza científica del fenómeno social y, en vez de encarar la cuestión del punto de vista político—como lo hacían todos hasta entonces, y como, en aquel momento, el mismo Stuart Mill lo realizaba, en su *Representative government*,—se coloca en el punto de vista biológico: en vez de partir, como los filósofos alemanes, de una concepción ontológica ó de generalizaciones apriorísticas, prescinde de ideas anteriores ó de prejuicio alguno ó de criterio previo, abordando el examen de los hechos para extraer de ellos la anhelada solución del problema que investigaba. Y llega á la conclusión de que la ley de evolución biológica y social es la llave que explica tanto los cambios cósmicos como los civilizados: «la verdad—ha dicho después, en su ruidoso opúsculo: *Reasons for dissenting from Comte*—que las indagaciones embriológicas de Harvey sólo tímidamente entreveían, que los trabajos de Wolff más tarde fortalecieron y que resulta sugestiva de las obras de Bäer; á saber, que todo desarrollo orgánico es un cambio de lo homogéneo á lo heterogéneo, fué la base de mi argumentacion, que, en *Social Statics*, revela inequívocamente mi convicción profunda en la evolución del hombre y de la sociedad, en ambos casos determinada por la incidencia de las condiciones, por el efecto de las circunstancias, reconociendo que tanto la evolución orgánica como la social estaban sometidas á la misma ley». Desarrolla esa doctrina en sus trabajos sucesivos: en su *Philosophy of style* (1852), en su *Manners and fashions* (1854), en sus *Principles of Psychology* (1855), en su *Progress: its laws and causes* (1857), todos—como se ve—anteriores á la grande obra de Darwin (1859). La ley de Bäer, como era de preverse, no resultó suficiente, y tuvo Spencer, á medida que profundizaba sus meditaciones y ensanchaba la esfera de sus investigaciones, que complementarla sucesivamente con el rasgo prominente del aumento de lo definido; la aplicación de las leyes generales de fuerza, de las que resulta necesariamente la transformación universal; con la deducción de la ley de persistencia de la fuerza; complementando la evolución con la disolución; y, finalmente, con la determinación de las condiciones en que ambos procedimientos—evolución y disolución—se verifican. Pero es en *Social Statics* que se encuentra el núcleo de la filosofía evolucionista spenceriana: parte de la ley biológica que los animales inferiores se componen de muchas partes semejantes pero que no dependen entre sí, mientras que los animales superiores se componen, á la inversa, de partes no semejantes pero sí mutuamente dependientes; lo que aplica á las sociedades, que comienzan con muchos elementos sin interdependencia recíproca, y concluyen con otros muchos que son mutuamente dependientes; la comparación de ambas inducciones lo llevó á la conclusión de que ambas clases de argumentaciones—las biológicas y las sociales—están sometidas á la misma ley del desenvolvimiento de lo homogéneo á lo heterogéneo. Fué más tarde, en sus *Principles of Psychology*, que estableció el principio complementario de la ley de evolución: la integración y aumento de lo definido, llegando á la conclusión de que la causa universal de las transformaciones universales era la multiplicación de los efectos. Y fué tan sólo en su *Progress: its laws and causes*, que explicó la instabilidad de lo homogéneo, la dirección del movimiento y el ritmo de éste, que constituyen causas derivativas de la transformación universal, siendo la consecuencia lógica de ésta: lo que lo llevó á la conclusión de que todas

esas leyes citadas implicaban una sola, la transformación universal, por la persistencia de la fuerza... Tal fué el génesis del evolucionismo spenceriano: nacido de una serie de inducciones, termina por una deducción soberbia, que abarca todo lo existente, material y social, físico y moral, no dejando fuera de su dominio región alguna cognoscible.

¿Qué influencia, pues, ejercieron sobre Spencer las doctrinas positivistas de Comte? La cuestión es interesante del punto de vista sociológico, sobre todo, y ha sido debatida —desde que la provocó Laugel en la *Revue des deux mondes* (1864)—por el mismo Spencer en un opúsculo ya recordado y el cual, hasta la última edición de 1901 (en el t. II de los *Essays*), ha sido objeto de modificaciones y correcciones por parte de aquél.

Por de pronto, demos por sentado que, al publicar *Social Statics*, Spencer no conocía directamente la obra de Comte ni siquiera al través de la de Stuart Mill, puesto que así lo afirma; pero no es menos cierto que con ambos coincide en dar al pensamiento y método científicos una forma y organización más definidas, aplicándolos á la interpretación de aquella clase de fenómenos—los sociales—hasta entonces excluídos del examen científico estricto: para él, como para aquéllos, todo saber deriva de la experiencia, agregando que aun las facultades que para adquirir á ésta sirven son simples productos de la experiencia recibida por los antepasados, acumulada y organizada; todo saber, también, es fenomenal ó relativo y lo único absoluto es que todo es relativo; no cabe interpretar los fenómenos buscando sus causas en entidades metafísicas; las leyes naturales son invariables, es decir, hay absoluta uniformidad de relación entre los fenómenos... Tales principios son positivos, Comte los adopta y Mill los sostiene: pero ya Bacón los había, en su máxima parte, entrevisto, y su adopción por Spencer no basta para convertirlo en comtista, si bien es positivista en el sentido técnico de la palabra y no en el del positivismo del filósofo francés.

Por otra parte, el punto de partida de la sociología spenceriana es la biología, basada en los estudios de Oken, en las células animales de Schleiden (1838), en las vegetales de Schwann (1839), en la doctrina embriológica que arranca del óvulo, que estableció cabalmente una vívida unidad é igualdad en todo el mundo orgánico con relación á sus elementos, sentando que la desigualdad provenía de una unión desigual de dichos elementos, lo que condujo á Spencer á sostener que la sociedad era un organismo porque todo

organismo era una sociedad; por eso parte de lo homogéneo á lo heterogéneo, admitiendo la conservación de la fuerza, el mantenimiento de la energía, en cuyos principios armoniza la evolución y sus leyes: la médula de su pensamiento es, pues, biológica, y por eso la orientación de sus doctrinas es eminentemente naturalista. En cambio, el punto de partida de Comte fué el matemático, complementado con el histórico, no entrando el biológico sino en segundo lugar y habiéndolo adoptado propiamente después de tener construída su sociología y al sólo efecto de contribuir á asentar sus cimientos sobre terreno más sólido. El considerar Comte á la sociedad como un organismo, no fué invento suyo, y no sólo lo adoptó Spencer, sino que ha servido de arranque á la escuela organicista en sociología, aun cuando con tendencias que divergen fundamentalmente de las enseñanzas de aquéllos. Pero Spencer repudia la ley de los 3 estadíos, á pesar de aceptarla Mill, siquiera en sus líneas generales; rechaza la limitación del saber y el establecimiento de lo incognoscible, que caracteriza al positivismo comtiano; no admite que sean las ideas las que exclusivamente dominen al mundo, sino los sentimientos, á los cuales aquéllas sirven únicamente de guías, de modo que tampoco acepta la doctrina de Comte de que la crisis política y moral de las sociedades dependa de la anarquía intelectual, sino que sostiene que es el antagonismo moral la causa de tal crisis; menos reconoce la jerarquía de las ciencias ideada por Comte ni que la determine el grado de simplicidad, sino la frecuencia y firmeza cómo las diferentes clases de relaciones se repiten en experimentos conscientes; no admitiendo una rigurosa filiación de las ciencias, las cuales, en sus 3 grandes clases abstractas, abstracto-concretas, y concretas, progresan simultáneamente por una continua acción y reacción recíproca. Además, entre ambos pensadores concurre la diversa mentalidad de raza: Comte repudia el individualismo, que Spencer por sobre todo respeta; aquél sostiene que la sociedad debe ser reorganizada por la filosofía, éste, por el efecto acumulado de la costumbre sobre el carácter; aquél, aumenta el control de la autoridad sobre los individuos, éste, lo disminuye. Todo esto no impide que el mismo Spencer reconozca que «verdadero ó no, el sistema de Comte, en su conjunto, evidentemente ha producido importantes y saludables revoluciones del pensamiento de muchos espíritus y continuará produciéndolas: no pocos de los que difieren en sus opiniones han sido ventajosamente estimulados por su examen y estudio; sobre todo, ha familiarizado á la mente hu-

mana con la idea de la nueva ciencia social, de la sociología, en las demas ciencias basada».

Sin embargo, es curioso que, mal grado la intimidad, anterior y posterior á *Social Statics*, de Spencer con el filósofo Lewes—uno de los comtistas ingleses más fervorosos—no hubiera entonces (1850) debatido con él, en sus conversaciones, las doctrinas del sociólogo francés. Pero hay que respetar su terminante afirmación de que las conoció á través de la *Logic* de Mill, un par de años después de publicar aquel libro y cuando ya tenía formulado el programa completo de su *Synthetic Philosophy*, en cuya grande obra ratifica (salvo detalles) las doctrinas de dicho libro, basadas en el ya recordado principio baeriano, de que el desarrollo de todo organismo—individual ó social, animal ó humano, animado ó inanimado,—es un progreso de lo homogéneo á lo hetereogéneo y que, de los tipos inferiores á tlos superiores, el progreso va de la uniformidad de estruc ura á la proliferación de la misma. Por manera, entónces, que la obra del pensador inglés no es una consecuencia de la del filósofo francés, ni siquiera divergente: reconoce un origen diferente y tiene una orientación diversa. Comte, en efecto, busca ante todo explicar coherentemente el progreso de las concepciones humanas, Spencer, el del mundo externo; aquel interpreta el génesis de nuestro conocimiento de la naturaleza; este, el de los fenómenos que constituyen á tal naturaleza; el propósito del uno es subjetivo, el del otro, objetivo; el sistema del primero es constituir un *Organon* de las ciencias; el del otro, una cosmogonía. Quizá por esto último, autoridad tan insospechable como el sociólogo Carrau pretende que la obra spenceriana es más bien la enciclopedia de Hegel, rehecha del punto de vista del método experimental... Y Spencer se mantuvo siempre distante del criterio de Comte, aun despues de conocer á éste personalmente, cuando (1856) le visitó en París con motivo del éxito de la traducción de miss Martineau, á que en otra oportunidad nos hemos referido: «su aspecto—dice Spencer—no impresionaba ni por su figura ni por su fisonomía; ésta, si bien poco atrayente, tenía rasgos marcados y se destacaba entre las innúmeras que diariamente se observan». Sugerente es que el único consejo de Comte al filósofo inglés fué que se casara... lo que, dada la historia conyugal del primero, tenía hondos ribetes de ironía, si bien entónces se encontraba bajo la influencia sedante de la poética Clotilde, lo que seguramente explica que le dijera, á guisa de argumento decisivo, que «la compañia simpática de una esposa ejerce una marcada influencia curativa», aludiendo á los padecimientos nerviosos de Spencer: ginecopatía singular, con todo, ya que si la esposa no resultaba buena—y Comte algo debía saber de ello—el remedio venía á ser peor que la enfermedad.

Y cabe aquí observar—por la razón inversa de la que motivó el recuerdo de la relación de Mill con Mrs. Taylor—que en Spencer jamás el eterno femenino ha ejercido influencia absoluta: su autobiografía, discretísima al respeto, no permite rastrear influencia alguna de ese género, si bien cultivó relaciones amistosas con algunas mujeres descollantes, como aquella fascinadora Miss Evans que, con el nombre de George Elliot, ha dejado una página luminosa en la historia intelectual inglesa y cuyo recuerdo, si bien con «cierto rasgo de aquella masculinidad que caracterizó su inteligencia»—al decir de Spencer—lo persigue hasta en sus últimos años... Sin duda su temperamento flemático lo ponía á cubierto de tales influencias: rechazó casarse porque sus medios de fortuna no le permitían formar un hogar cómodo, y porque, una vez dedicada su vida á la grande obra de su filosofía sintética, temió que la existencia matrimonial coartara sus libertades y no le permitiera dedicar á la meditación y al trabajo las horas necesarias. Deliberadamente, pues, se condenó á ser solterón, á pesar de que amaba la vida tranquila del hogar y no le sedujo nunca ese *odor di femmina* de la Venus vulgivaga que, en otras existencias—como en las de Musset y Byron—llena por completo una vida, la penetra, la impregna y deja en cada uno de sus actos el rastro imborrable de su paso y el acre perfume de su persona... Tal elemento perturbador fué extraño á la carrera del filósofo inglés, y su obra se resiente quizá de la ausencia del sentimiento femenino, que toda la ciencia y toda la inmensa labor de aquel sabio no logra impedir sea echado de menos. Ni amada, ni mujer alguna, sedujo su corazón: adoró á su madre inválida, es cierto, renovando casi el piadoso cuadro que presenta la vida íntima de Buckle, pero fué eso un incidente relativamente fugaz y que no dejó rastros en su obra; en una palabra: si alguna mujer habló á su inteligencia, lo hizo más bien como camarada que como persona de otro sexo. Y las páginas que, en las postrimerías de su vida—á los 73 años—ha dedicado á ese vacio deliberado de su existencia, conmueven hondamente porque recuerdan aquellas póstumas y vibrantes revelaciones del alma de Sofía Kowalewski, la descollante matemática del pasado siglo, quejándose amargamente de que la ciencia no había bastado á extinguir la llama, siempre latente en el fondo de todo corazón, del amor humano: todos los hombres

—gime aquélla—la veneraban como matemática, olvidándose de que también era mujer; así como todas las mujeres—dice entre dientes el otro—lo admiraban como filósofo, sin parar mientes en que á su vez era hombre!

La vida de Spencer, en realidad, fué la de un benedictino. A su obra por entero dedicado, busca ganar su vida en el periodismo y limita sus ambiciones personales á lo más indispensable, logrando resolver el penoso problema del ganapán cotidiano gracias á una serie de pequeñas herencias que sus tíos y sus padres, sucesivamente, le fueron dejando. A raíz de *Social Statics* fue solicitado por diversas revistas para escribir artículos y, durante varios años, condensó en esa forma el resultado de sus meditaciones. Su intimidad con Lewes le permitió ahondar sus investigaciones de filosofía pura, pero, curioso es observarlo, poca impresión le produjo el trato con Emerson y Carlyle, dos eminencias del pensamiento coetáneo. Sus monografías de la epoca son significativas: la «hipótesis del desenvolvimienio», publicada en la revista *The Leader* (marzo de 1852) da ya forma á su doctrina básica de la evolución; su «teoría de la población», aparecida en la *Westminster rewiew* precisa sus ideas evolutivas, aplicadas á tema sociológico; su «metodo de educación» inserto en la *North British rewiew* (mayo 1854) desenvuelve la aplicación de la doctrina evolutiva en el terreno pedagógico. Por último, su libro *Principles of Psychology*, (1855) le obliga á un trabajo tan asiduo y absorbente que, sin darse á tiempo cuenta de ello, violentó su organismo y dañó para siempre su sistema nervioso, originándose de aquel imprudente exceso intelectual un malestar neurasténico crónico de tal naturaleza que, como bola de presidiario, no debía ya abandonarlo en esta vida, convirtiendo su existencia en un prolongado martirio, con noches crueles de insomnio, con imposibilidad material de prolongar su tarea muchas horas, con todo el cortejo de la vida de un verdadero inválido, por más que su aspecto externo fuera el de un hombre perfectamente sano. No se dió al principio cabal cuenta de la extensión del mal, y creyó que viajando y observando una higiene estricta podría volver á su estado normal.... Vana ilusión! Y es verdaderamente singular que—como lo hemos visto uno por uno—parezca ser el lote desgraciado de todo gran sociólogo el pasar por hondas crisis intelectuales: Comte cae de lleno en el dominio horrible de la locura, si bien sale depurado de la espantosa prueba; Buckle lleva consigo, á enterrarlo en las arenas candentes del Asia Menor, al agotamiento espeluznante de su otrora lozana inteligencia, Mill; pasea por diversos países la anemia cerebral y física que se venga de su increible abuso de trabajo mental; Spencer queda herido para siempre y por más que su voluntad de acero, implacable y tenaz, doblegue á su cuerpo debilitado y apele á todos los recursos para hacer producir á su inteligencia, á duras penas logra trabajar más de 3 horas diarias, á veces únicamente hora y media, alternando el ejercicio con el dictado: su cerebro se resistía á mayor esfuerzo, y le fué menester sacrificar uno á uno todos los placeres de la vida para poderse permitir el lujo de trabajar esa hora y media diaria, con cuya ayuda ha podido, sin embargo, levantar un verdadero monumento!

Más aun: no encontrando editor para sus libros, tuvo que imprimirlos á su costa; los honorarios por sus artículos de revista no le alcanzaban para sufragar los gastos materiales de su vida; había dejado la ocupación remunerada de ser editor de revista, á fin de poder disponer de tiempo para sus estudios y meditaciones; las reducidísimas herencias que sucesivamente recibió, apenas le permitían vivir con estrictez suma. Y bien, en esas condiciones y luchando con su salud valetudinaria, tiene que aceptar auxilios de sus amigos, pero traza su programa, se forja un ideal, y convierte su existencia en la de un benedictino, doblegándola á una voluntad extrañamente persistente........ No vacila ni un instante, ni se desvía siquiera un ápice de su línea de conducta; y cuando al cuarto de siglo de comenzada aquella lucha silenciosamente homérica, empiezan sus libros á venderse, utiliza esos recursos inesperados para compensar secretarios y colaboradores, á fin de que le reunan los materiales que su salud precaria no le permitía coleccionar y seleccionar en persona, pero dirige de cerca esos trabajos, los revisa y los utiliza con el éxito invariable que sus libros revelan; sin olvidar á sus colaboradores, pues publica todavía ese monumento inconcluso de la *Descriptive sociology*, en cuya sola impresión insumió, sin esperanzas de recuperarlos, varios miles de libras esterlinas. Por fin, en 1896 termina el último tomo de su obra soberbia, después de 36 años de trabajo asiduo, no interrumpido; renunciando á todos los halagos de la vida para no distraerse; no aceptando honor alguno de gobiernos, corporaciones ó particulares; viviendo aislado, como erguida palmera, y dominando al mundo desde la elevación singular de su altísimo pensamiento: realiza de esa suerte Spencer un tipo único en la historia, el de filósofo caballero, altivo, desdeñoso de la gloria momentánea, con la mirada fija en la meta soñada, sin claudicar jamás, siempre cultor de la ver-

dad—que no escatimaba ni á sus propios compatriotas, como lo recuerda su famosa carta, cuando la guerra boer—siempre respetuoso del individualismo y del carácter: en una palabra, británico hasta la punta del cabello! Tenía 40 años cuando publicó su prospecto célebre: terminó su obra, cumpliendo su promesa, á los 76 años; no descansó por eso, sino que dedicó sus últimos años á revisar sus libros, publicando sucesivamente nuevas ediciones, y la muerte lo sorprendió á los 84 años en pleno trabajo intelectual.... Su vida (abril 27 de 1820—diciembre 8 de 1903) es un ejemplo extraordinario; su obra, la tentativa más grandiosa quizá de realizar la legendaria *Somma científica* de la edad moderna, como S. Tomás realizó la tradicional *Somma teológica* de la época medioeval: empaparse en sus libros es como lanzarse á una inmensidad y el espíritu se espanta ante un saber tan enorme, ante concepciones tan vastas, ante esa mole gigantesca que otro sociólogo, Tarde, ha clasificado como «catedral de ideas y de hechos». La obra spenceriana es, sin duda, el más grande monumento filosófico de la segunda mitad del siglo XIX: lo que no quiere decir que, á medida que corran los tiempos y los conocimientos científicos adelanten, no se aumenten los reparos que ya hoy suscita; y que, con el transcurso de las edades, esa «catedral de ideas y de hechos» no llegue á presentar, como las mismas catedrales de piedra, señales evidentes de las inclemencias de las estaciones, y concluya, quizá en época no muy lejana, por revestirse con esa poética pátina que sólo los largos años pueden conceder y la cual, al atenuar el color y el brillo del primer instante, cubre piadosamente á esos colosos, que encarnan ideales que pasaron, con una tenue sombra gris que parece substraerles al examen, á veces implacable, de la vida del momento para conservarlos en el recuerdo de lo que eternamente se respetará, siquiera porque fué.... Y bien: el *primun movens* de esa obra grandiosa es la doctrina de la evolución, de la cual Darwin fué el genial obrero pero Spencer, fuera de duda, el verdadero arquitecto, habiéndola entrevisto aún antes que aquél, y habiéndola expuesto también antes que aquél en diversos libros, si bien sin la prueba científica y la fórmula admirable de la selección natural, por Darwin tan magistralmente estabecida: «pero—como discretamente lo dice el mismo Spencer, en el prefacio de 1901 á sus *Principles of ethics*—es una verdad histórica que, en este caso como en muchos otros, el génesis de las ideas no siempre observa el orden de secuencia lógica, y que la doctrina de la evolución orgánica, en sus aplicaciones al carácter y á la inteligencia humana, y

por implicancia, á la sociedad, es de fecha muy anterior á la *Origin of species*».

¿Cuál fué el desarrollo sucesivo de las ideas sociológicas de Spencer, al condensarse en su programa de 1860 y el realizarse en su magna obra? Es esto lo que abordaremos an la próxima conferencia.

IV

La vida de Spencer es—como lo hemos visto en la anterior conferencia—su obra misma. Desde que se trazó el programa de su filosofía sintética y contrajo el público compromiso de ejecutarlo, descartó de su existencia toda preocupación de otro orden. No incurrió, sin embargo, en el error imperdonable de Comte, quien—desde que comenzó la elaboración de su filosofía positiva—renunció sistemáticamente á toda lectura, divorciándose así de su época y de la ciencia misma, cuyos adelantos tuvo que ignorar, debido á tan singular «higiene cerebral»; en cambio Spencer, si bien se privó de leer lo que no se refiriese directa ó indirectamente á sus estudios, siguió de cerca el movimiento intelectual de su tiempo, leyendo todo lo que se publicaba y con sus investigaciones se ligara, y haciendo que sus colaboradores metódicamente extractaran de toda clase de obras y periódicos los datos sociológicos que necesitaba para completar, con estricta lógica, las observaciones que reunía, para sobre ellas meditar, y de ellas inducir, las leyes que rigen su naturaleza y desenvolvimiento. Pero Spencer, como Comte, se mantuvo deliberadamente alejado de la vida pública y aun de la social: ambos se convirtieron en benedictinos de la ciencia, pero proponiéndose ambos la mismísima tarea: reorganizar, en un sólo sistema, todos los conocimientos humanos.

Ahora bien, para apreciar debidamente la sociología spenceriana es menester determinar, antes, la orientación de la filosofía sintética del pensador inglés. En efecto: su *classification of the sciences* (1864) así lo impone, porque divide todos los conocimientos humanos en 3 series: abstracta, concreto-abstracta y concreta, teniendo respectivamente por objeto las leyes de las formas (lógica y matemáticas), las de los factores, y las de los productos; sirviendo las dos primeras de simples auxiliares á la tercera, única que se ocupa de las cosas; por manera que las ciencias concretas se perfeccionan en la historia del desarrollo de las cosas, lo cual se verifica en el preciso orden en que aparecen éstas: desde la concentración de las masas nebulosas siderales, hasta las acciones

corporativas de los hombres; siendo las 5 grandes ciencias concretas: astronomía, geología, biología, psicología y sociología, todas las cuales son gobernadas por la parte común filosófica, que explica las leyes de las modificaciones de las cosas, de su evolución. A este conjunto enciclopédico, une algo como su coronación con la ética, que viene á ser la quinta esencia de la verdad científica, aplicada al gobierno de las acciones individuales, sin que ello modifique la unidad del árbol genealógico del saber... La tentativa es grandiosa: y digo tentativa, porque, encontrándose las ciencias perpetuamente *in fieri*, no es posible determinar rigurosamente sus leyes ó sus «axiomas» en un momento dado, desde que, generalmente, el mañana suele modificar, sino todos, algunos —por lo menos—de los principios del ayer: así hoy mismo, p. e. el descubrimiento del *radium*, y de cuerpos análogos, ha permitido conocer fenómenos nuevos que desmoronan estrepitosamente el castillo de naipes de una gran parte de las teorías en voga, hasta el punto de que ya casi todo se discute nuevamente y no hay principio, ley ó axioma, que no esté otra vez sobre el tapete del debate... ¿Cómo, entonces, elaborar una filosofía sintética, *definitiva*, sobre base tan insegura, si el limitado transcurso de medio siglo ha bastado para convertir en arcilla disgregable lo que parecía solidísimo granito, destinado á resistir el embate de todas las edades? Inclinémonos, pues, ante la tentativa grandiosa de Spencer; pero no olvidemos que es solamente una tentativa, ya hoy desautorizada en mucha parte por la ciencia.

La médula de la filosofía spenceriana es la doctrina de la evolución. Formulada en forma inequívoca y completa en su monografía sobre el progreso (1857), fué magistralmente desenvuelta y aplicada, en sus *First Principles* (1862)—el primero de los libros de su *Synthetic Philosophy*, según el prospecto de 1860; —pero ya la 2ª edición (1867) reveló la transformación importantísima que daba á su doctrina; la 3ª edición (1875) trajo también nuevos cambios fundamentales; la 6ª, por último,—cuyo prefacio (1900) demuestra que quedará como definitiva—trae todavía modificaciones de peso. Luego, pues, la doctrina ha ido desenvolviéndose y transformándose, con lo cual, á la vez, han tenido que modificarse todas sus aplicaciones, entre ellas, las sociológicas. El concepto primario de su doctrina es la diferenciación, pronto complementado por el de la integración: al mismo tiempo que lo homogéneo relativo se torna heterogéneo, se desprenden las partes, constituyendo así la diferenciación del todo, y como, al separarse, se convierten en un todo relativo, vienen así á

efectuar su integración. Poco á poco, esta última se torna predominante, lo que constituye la evolución, que es el desarrollo continuado, transición de un estado indefinido á otro definido, lo que solo es posible por la concentración de la materia, siendo esto, pues, un fenómeno de integración; de modo que esta es la esencia de la evolución, quedando la diferenciación originaria reducida á un proceso secundario no siempre ligado con aquél, si bien presenta modalidades típicas, pues las partes segregadas no sólo se separan de muchas de las otras partes sino que, á la vez, se ligan con algunas de éstas. Para establecer el carácter fundamental de estos procesos,—que representan una evolución en un cierto transcurso de tiempo—ha tenido Spencer forzosamente que investigar los conceptos absolutos apriorísticos: espacio, tiempo, materia, movimiento, fuerza; con sus postulados de ser indestructible la materia, continuado el movimiento, y la fuerza—ó sea, la energía—siempre conservada sin perderse: de ahí se desprende que lo existente está en perpetua transformación, en un proceso necesario. Todavía más: para determinar la ley general que rige todos esos cambios de las cosas, tuvo que plantearse el problema de la esencia de la cosa: ésta, en efecto, ha de ser ó está siendo; lo primero, implica aumento, lo segundo, diminución; aquélla, equivale á menor movimiento, ésta, á mayor; si, por otra parte, el primer concepto equivale á evolución, el segundo se identifica con el de disolución: ambos procesos se realizan simultáneamente en el universo y, en cada momento matemático, uno de los dos predomina, pues la materia se concentra y disminuye el movimiento, ó éste aumenta y aquélla se desagrega. La evolución, sin embargo, no es exclusivamente lo primero sino que actúan en ella otros factores, por secundarios que sean; la progresiva complicación del movimiento, que caracteriza á la función en los organismos, como análoga complicación de la materia, ambas representadas en la estructura orgánica: todas las evoluciones son, en el fondo, partes de una sola inmensa evolución ó metamorfosis del cosmos.

Tal es el razonamiento fundamental de Spencer, al que se llega por una estricta inducción. Lo comprueba, deduciéndolo lógicamente de la conservación de la fuerza, por cuanto, siendo inestable lo honogéneo, todos los efectos de las fuerzas tienden á multiplicarse, y las unidades desiguales que resultan se separan ó segregan en grupos, buscando todos estos procesos su equilibrio, completando así el de disolución. Ocurre observar que, en ésta, no se analiza el paso

de lo especial, distinto y complicado, á lo general, indistinto y simple, como se hace en el proceso de la evolución: de ahí que la crítica haya abierto esta brecha en el muro de la ciudadela filosófica spenceriana, y le reproche haber introducido el concepto de disolución como simple complemento del de evolución y para llenar un vacío en el razonamiento; por eso, en astronomía y geología, el mismo Spencer conviene en que es, aquélla, una simple especulación, siendo en la vida, el alma y la civilización,—vale decir, en biología, psicología y sociología—donde le ha sido más hacedero aplicar esa doctrina complementaria, que convierte al progreso en una línea infinita é indefinida, compuesta de movimientos helicoidales, que constantemente se efectúan en la misma dirección; descartando la hipótesis del paulatino enfriamiento del globo terráqueo y el perfeccionamiento biológico complementario, lo que no es sino una especulación en el aire: por más que se la sienta aletear en las páginas de la obra spenceriana....

No pocas fases de esta doctrina filosófica sintética sería todavía interesante examinar, y para hacer resaltar significativas incongruencias, como la relativa al fenómeno de la muerte, que pone fin á la evolución orgánica, si bien da comienzo á la evolución química, la cual sirve, indirectamente, de base á la siguiente evolución biológica. No pocos puntos obscuros quedan; y muchas son las objeciones de estricto carácter filosófico que correspondería formular; pero ellas están vedadas á la cátedra de sociología, que debe analizar aquella filosofía tan sólo en lo estrictamente indispensable para controlar, como es menester, la nueva orientación por Spencer dada á nuestra ciencia.

Para ello, pues,—resumiendo esta abstrusa explicación—conviene fijar las bases cardinales de su doctrina filosófica, reduciéndolas, como él mismo lo ha hecho, á un cierto número de proposiciones, á saber: 1°. por todo el universo, tanto en general como en detalle, se verifica una incesante redistribución de materia y movimiento; 2°. esta redistribución constituye la evolución, cuando concurre una predominante integración de materia y disipación de movimiento; y constituye la disolución, cuando hay una predominante absorción del movimiento y desintegración de la materia; 3°. la evolución es simple, cuando el proceso de integración, ó la formación de un agregado coherente, se realiza sin complicarse con otros procesos; 4°. la evolución es compuesta, cuando conjuntamente con ese cambio primario, del estado incoherente al coherente, tienen lugar cambios secundarios, debidos á diferencias en las cir-

cunstancias en que se encuentran las diversas partes de los agregados; 5°. esos cambios secundarios constituyen una transformación de lo homogéneo á lo heterogéneo: transformación que, como la primera, se presenta en el universo como un conjunto y en todos (ó casi todos) sus detalles en el agregado de estrellas y nebulosas; en el sistema planetario; en la tierra, como masa inorgánica; en cada organismo, vegetal y animal; en el agregado de organismos, durante la época geológica; en el pensamiento; en la sociedad; en todos los productos de la actividad social; 6°. el proceso de integración actúa local y generalmente, combinándose con el de diferenciación, para hacer que este cambio se verifique no de la homogeneidad á la heterogeneidad, sino de una homogeneidad indefinida á una hetereogeneidad definida: y este rasgo del aumento de lo definido, que acompaña al de heterogeneidad progresiva, es, como ésta, visible en la totalidad de las cosas y en todas sus divisiones y subdivisiones, aun en las más ínfimas; 7°. conjuntamente con esta redistribución de la materia, que compone todo agregado evolutivo, tiene lugar una redistribución del movimiento retenido de sus componentes, en relación recíproca: y esto se vuelve, paso á paso, más definidamente heterogéneo; 8°. en la ausencia de una homogeneidad que sea infinita y absoluta, la redistribución—de la cual la evolución es una simple faz—es inevitable; 9°. las causas, que imponen tal redistribución, radican en la instabilidad de lo homogéneo, que es una consecuencia de las diferentes exposiciones, de las diversas partes de cada agregado limitado, á las fuerzas incidentales; de lo que resultan transformaciones que se complican por la multiplicación de los efectos: cada masa y parte de ella, sobre la cual actúa una fuerza, subdivide y diferencia á esa fuerza, que, por tal razón, procede á efectuar una variedad de cambios, convirtiéndose cada uno de éstos en originador de otros cambios similarmente mal aplicados: la multiplicación de éstos se torna más grande en proporción con el carácter gradualmente más heterogéneo de los agregados; 10. ambas causas de diferenciación en aumento son fomentadas, además, por segregación, que es un proceso que tiende á separar unidades desemejantes y á reunir unidades semejantes, sirviendo así para afinar continuamente, y hacer más definidas, á las diferenciaciones causadas; 11. el equilibro es la resultante final de estas transformaciones, experimentadas por el agregado evolutivo: los cambios continúan hasta que se llega á un equilibrio entre las fuerzas á que están expuestos todos los agregados y las fuerzas que éstos les oponen; siendo de ob-

servar que tal equilibramiento puede pasar por un período de transición de movimientos balanceados—como en el sistema planetario — ó de funciones balanceadas — como en un cuerpo vivo—hasta llegar al equilibrio definitivo: pero el estado de reposo en los cuerpos inorgánicos, ó la muerte en los orgánicos, es el límite necesario de los cambios que constituyen la evolución; 12. la disolución es el contracambio que, tarde ó temprano, experimenta cada agregado que ha evolucionado: desde que queda librado á las fuerzas que lo rodean y las cuales no se hallan equilibradas, cada agregado está siempre expuesto á ser disipado por el aumento, gradual ó súbito, de su movimiento contenido; y su disipación, rápidamente sufrida por los cuerpos recientemente animados y lentamente experimentada por las masas inanimadas, debe todavía realizarse, si bien en un tiempo indefinidamente remoto, por cada masa planetaria y estelar, que, desde un período también indefinidamente distante en el pasado, viene evolucionando lentamente, con lo cual así se completaría el ciclo de sus transformaciones; 13. ese ritmo de evolución y disolución, que se completa á sí mismo en períodos relativamente pequeños, en los agregados también pequeños, y que, en los vastos agregados distribuídos en el espacio, se completa á sí mismo en períodos que son inconmensurables para el pensamiento humano, ese ritmo, pues, es, en cuanto puede preverse, universal y eterno: cada faz del proceso predomina unas veces en una región del espacio y otras, en otra, según lo determinen las condiciones locales; 14. todos estos fenómenos, desde sus rasgos más grandes hasta los detalles más ínfimos, son resultantes necesarios de la persistencia de la fuerza, bajo su forma de materia y movimiento: considerando á éstos como distribuídos en el espacio,—y siendo inmodificables sus condiciones, sea por aumento ó diminución,—resultan inevitablemente las continuas redistribuciones, que se distinguen como evolución y disolución, con las modalidades antes referidas; 15. y, finalmente, lo que persiste sin cambiar en cantidad, si bien perpetuamente cambiando de forma, dentro de las apariencias sensibles que el universo nos presenta, es algo trascendente: escapa, por el momento, al saber y á la concepción del hombre, es un poder todavía desconocido, que estamos obligados á reconocer como sin límites en el espacio y sin comienzo ni fin en la secuela del tiempo...

Tales son los principios fundamentales de la filosofía tspenceriana; tales las doctrinas que informan su sociología; al la nueva orientación por el pensador inglés dada á la

ciencia que estudiamos. Pero Spencer cuida demostrar cómo arranca su estudio de una base que no es idéntica á la por Comte empleada; éste, suprimiendo la psicología, partía de la biología para desenvolver la sociología; aquél, restablece la psicología entre la biología y la sociología, apoyándose en ella para desarrollar la ciencia nueva. Ya en su *Social Statics* (1850), entrelaza virtualmente á la sociología con la psicología, mostrando cómo la evolución social marcha de consuno con la evolución mental individual; en el programa de su *Synthetic Philosophy* (1860) mantiene la misma íntima conexión, indicando que la parte destinada á la psicología debía terminar con un capítulo de corolarios, consistente en una serie de principios derivados que formen una introducción necesaria á la sociología, y, en la parte dedicada á esta última, debía tratarse, entre la diversa serie de factores que influyen en los fenómenos sociales, las ideas y sentimientos humanos, considerando en su orden de evolución necesaria las condiciones naturales del ambiente y todas las otras, sempiternamente complicadas, á que da origen la sociedad. Lo que el programa indicaba ha sido realizado por la obra misma: así, los *Principles of Psychology*, en el aludido capítulo inequívocamente establecen que «debiendo proseguir el estudio de la evolución en las formas elevadas que la sociedad presenta, debe previamente determinarse la psicología social del hombre, considerando á éste como la unidad de cuya reunión se compone la sociedad: es evidente que, como preparación al estudio de la evolución social, se hace necesario examinar las diferentes cuestiones que provocan las facultades humanas y el modo de su desarrollo en la vida social continua;» más aun: en el capítulo dedicado á la sociabilidad y simpatía, añade que, «comenzada la sociabilidad y tendiendo á mantenerla y desarrollarla la supervivencia de los más adecuados, queda fortificada por los efectos heredados de las costumbres: la percepción de los seres relacionados, que perpetuamente se ven y oyen, viene á formar una parte predominante de la conciencia, tan predominante que su falta constituye una causa inevitable de malestar». Y en los *Principles of Sociology* basta recordar los 3 capítulos sugerentes sobre el hombre primitivo, estudiado en su aspecto físico, intelectual y emocional, es decir, de un punto de vista estrictamente psicológico; todavía sigue, en otro capítulo estudiando las ideas primitivas, cuyo génesis menudamente describe; más aun: destina diversos capítulos al análisis del desarrollo del culto ancestral y supersticiones consiguientes, demostrando así que la conducta de los hombres en sociedad no puede comprenderse bien sin

explicar aquellas creencias y emociones primitivas; y su conclusión general es significativa: «mientras la conducta del hombre primitivo—dice—es, en parte, determinada por los sentimientos con que contempla á los demás hombres que lo rodean, es, á la vez, también influenciada por los sentimientos con que recuerda á los hombres que fueron; y de estas dos clases de sentimientos resultan otros tantos factores sociales de capital importancia: mientras el temor á los vivos es la fuente del control político, el temor á los muertos es la raíz del control religioso»; siendo á mérito de esa doctrina, netamente psicológica, que dedica sendos capítulos posteriores á estudiar los factores políticos, legislativos y eclesiásticos. Pues bien: á pesar de todo ello, es curioso el prejuicio reinante que clasifica á Spencer, como sociólogo, sea como mecanicista, según Squillace, quien lo coloca en el grupo de físicos y naturalistas, que sostienen la sociología cósmica y mecánica: sea como biólogo, como lo indica Barth y lo sostiene Ward. Quizá la explicación de esto se encuentre en que su obra sociológica más leída es el resumen por Spencer mismo dado á la *Biblioteca científica internacional*, y en ese libro hay un capítulo titulado «preparación por la biología», en el cual se aplaude la conexión comtiana entre la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, y su doctrina de la dependencia de la sociología respecto de la biología; pero aparte de la especial referencia á la obra de Comte, añade allí también Spencer: «desde que todas las acciones sociales son determinadas por acciones de los individuos, y que todas las de éstos son acciones vitales, que se conforman con las leyes generales de la vida, la interpretación racional de las acciones sociales implica el conocimiento de las leyes biológicas». Pero ¿no significan acaso esas leyes biológicas, con tal amplitud concebidas, leyes referentes á la vida física y mental, á la vez, de los seres? Luego, por más que la psicología sea una ciencia independiente, como disciplina *per se*, ¿no es, sin embargo, estrechamente independiente de la biología? ¿puede separarse, en absoluto, el estudio de la mente humana del del individuo físico? La sociología—en la doctrina de Spencer—debe aplicar las leyes de modificación á las cuales todos los seres, en general, están sometidos; debe reconocer los efectos del uso y desuso, en cuanto originan aumento y aniquilamiento de las facultades corporales y mentales; tiene que recordar, como consecuencia, que la naturaleza humana constantemente se adapta, directa ó indirectamente, á sus condiciones de existencia; necesita no olvidar que cada especie se multiplica hasta que alcanza el límite en el cual su mortalidad, en sus diversas manifestaciones, balancea su fecundidad, de modo que el eliminar ó disminuir una causa de mortalidad, paulatinamente acrecienta las otras causas, debido á la presión del aumento de población. En una palabra: Spencer no concibe la ciencia social sin previa preparación en la ciencia mental, considerando á los factores psíquicos, individuales, de los fenómenos sociales como los predominantes.

No se me oculta que—aparte de la falacia de la analogía como procedimiento lógico, pues nada prueba la similitud aparente,—Spencer la ha llevado á exageraciones insostenibles, y que es la parte de su sociología en que tales analogías biológicas establece lo que ha servido de base á la opinión corriente. Así, el crecimiento social lo convierte en un agregado de grupos, buscando en una falsa analogía con los pólipos; pero, en estos mismos, ese agregado es secundario y relativo, porque es el aumento y desarrollo de las células lo que permite esas divisiones posteriores, mientras en lo social el paso de la horda á la tribu y de esta á la nación, como la reunión de diversas comarcas para constituir un sólo país, no representa únicamente agregación de elementos diversos, como cuando una tribu ó una región extraña se incorporan, voluntaria ó forzosamente, á otra comunidad, lo que es un caso de excepción, siendo la regla general que las tribus ó comarcas del mismo origen sean las que concluyen por reunirse á la comunidad. Así también la estructura social le da margen para ciertas cuasi pedantescas analogías biológicas, que—usando la terminología de Huxley—denomina ectodermio, entodermo y mesodermo, según se trate de la influencia del ambiente, de la asimilación de los elementos adecuados, y de la distribución de ciertos factores sociales vitales; compara á una comunidad pacífica con el nervio simpático, y á la guerrera, con el cerebro espinal. Y así sigue multiplicando innecesariamente otras analogías, no menos superficiales y poco felices, que han contribuído á considerarle como sociólogo organicista y á que la mayor parte de la literatura sociológica,—tanto de los verdaderos pensadores, como la de los escritores de menor cuantía—esté concebida y redactada en un tecnicismo biológico, el cual llega hasta las exageraciones más extrañas, rivalizando con aquel cardenal de Cusa, de que os hablé en alguna conferencia anterior...

Llamo, pues, vuestra atención sobre esto. La clasificación de Spencer como sociólogo, adscribiéndolo á la escuela organicista—y perdóneseme el neologismo, porque resume el concepto de lo que, en sociología, todo lo reduce á la ana-

logía con el organismo biológico,—por más aceptada que se encuentre, no es exacta: no sólo la rechaza con decisión él mismo y afirma que ha empleado tales analogías como simple argumento coadyuvante, sino que tal resulta cuando se estudia cuidadosamente su obra entera, y no partes de la misma ó fragmentos de esas partes, para entresacar citas que no revelan sino una faz de su pensamiento. Y ese estudio de la obra entera lleva, además, á la conclusión de que su doctrina sociológica ha experimentado alguna variación, á medida que desenvolvía su vasto sistema filosófico. Trataré de indicaros siquiera los puntos esenciales de esa evolución doctrinaria: ojalá que, despertada así vuestra curiosidad intelectual, busquéis satisfacerla recorriendo los 18 nutridos vols. de la obra de aquel eximio pensador.

Ante todo, recordad cuan diversa es la base de la sociología de Spencer comparada con la de Comte. Este considera á la sociedad como un conjunto y arranca de la familia, como extremo límite de índole social, es decir, es netamente anti-individualista: aquél, por el contrario, no admite sino al individuo como unidad social y, para él, la sociedad no es sino la reunión de los individuos. Comte procede del conjunto al detalle; Spencer, del detalle al conjunto: aquél, haciendo derivar á la sociología de la biología, aplica el procedimiento de ésta, y del cuerpo social parte á examinar los diversos fenómenos sociales que lo componen; éste, aplicando el procedimiento de las ciencias naturales, que de la naturaleza de la célula hacen derivar las cualidades del organismo, sale del individuo—de su psicología—para llegar á la sociedad, porque el individuo es la célula de este organismo. Son dos criterios diversos, que representan las dos tendencias filosóficas que, á grandes rasgos, os señalé en la conferencia dedicada al estudio de las doctrinas presociológicas. Recordaréis cómo aquellas dos corrientes antagónicas—la mecánica y la orgánica, la del individualismo y la de la solidaridad colectiva, se ligaban históricamente con la marcha de la política y de la cuestión social, antes de la crisis de la revolución francesa: la teoría mecánica tenía marcada tendencia individualista y revolucionaria, la orgánica, era más conservadora y anteponía la comuna y los intereses generales. Pues bien, después de aquella revolución, fueron igualmente las clases conservadoras—la burguesía, en reemplazo de la caduca nobleza—las que abrazaron la doctrina orgánica, convertida en biológica; y fueron, á la vez, las clases revolucionarias—la obrera y sus portavoces—las que aclamaron la doctrina mecánica, que, como en la época anterior, les da la ban-

dera de los derechos naturales y de las libertades inmanentes. Comte, formado al calor de las ideas y de las utopías sansimonianas, adopta el critero orgánico, estableciendo la dependencia mutua de todas las partes componentes y de todas las funciones de la sociedad en tiempo y lugar dados, lo que implica la analogía de esa interdependencia de las partes y las funciones de un organismo vivo: llevándolo, en cuanto á la cuestión social, á preconizar el establecimiento de un régimen conservador. Spencer, partiendo de los fenómenos biológicos, acepta la idea de organismo social, pero lo llama «supra organismo» y lo diferencia del otro en que no le acuerda intervención sobre los componentes, en virtud del «discretismo» ó falta de cohesión entre las partes del tal organismo social, de modo que—á la inversa de Comte—mantiene íntegro su individualismo. Comte, malgrado su tendencia orgánica y la base biológica de su sociolgía, á pesar de haber eliminado á la psicología de su escala de ciencias, argumenta psicológicamente al desenvolver su sociología; Spencer, restableciendo el lugar que corresponde á la psicología, y malgrado su base ampliamente biológica, aplica siempre un criterio psicológico.

La doctrina darwinista, que se interpone entre la obra de ambos sociólogos, fué—como hemos visto—en sus primeras aplicaciones sociológicas manejada superficialmente como argumento coadyuvante conservador; pues, en la lucha por la existencia social, quedaba justificado el predominio de las clases dirigentes por el hecho de resultar triunfantes, lo que equivalía á reconocerlas como más fuertes ó más aptas; mientras que la inferioridad de las clases proletarias resultaba, á su vez, confirmada por el hecho mismo de no triunfar, implicando ello que les faltaban aún las cualidades necesarias: el viejo apólogo de Menenio Agrippa; de modo que esos órganos inferiores no sólo debían funcionar para la vida del organismo social sino que ello les convenía, porque aprovechaban, por natural reacción, de la mayor salud y bienestar de éste.... Y bien: ese apólogo condice perfectamente con la sociología de Comte, más no con la de Spencer.

Porque si Comte fué consecuente con su criterio sociológico, no puede afirmarse que lo fuera Spencer con el suyo, en la forma formulada en su *Social Statics* (1850), lo que no implica un reproche y quizá signifique lo contrario; pues si Comte no varió en su criterio—recordad, os ruego, lo que ya os he dicho acerca de que, en mi opinión, debe circunscribirse la doctrina sociológica comtiana al *Cours de philosophie positive*—fué porque deliberadamente se rehusó á leer una lí-

nea sola de lo que otros publicaron mientras elaboró su sistema, de modo que, nutriéndose de su propio y exclusivo pensamiento, no lo sometió al control del movimiento intelectual y social de su época, lo sustrajo á la influencia, siempre benéfica, del progreso, y lo inmovilizó, lo que dió le triste resultado de que su obra, al publicarse, apareciera ya artasada y en manifiesta contradicción con la ciencia y con los hechos sociales supervivientes, en más de uno de los puntos capitales, invalidando así su doctrina; mientras Spencer procedió á la inversa; constantemente se mantuvo al corriente de la producción intelectual y pudo así seguir ols adelantos de la ciencia, perfeccionando, adaptando y modificando—lo que altamente le honra, porque solo los hombres sin médula no saben aprovechar de los adelantos de su época—sus opiniones y doctrinas. Así, si es verdad que en su *Social Statics* (1850) parte exclusivamente del individuo-célula para deducir las condiciones de la sociedad-organismo, no es menos exacto que, en sus *Principles of Sociology* (1866) ya no sostiene que todas las cualidades de la sociedad arranquen exclusivamente del individuo, sino que aquélla también obra sobre éste y lo modifica, de manera que la unidad social no es una potencia constante sino variable; arranca su doctrina sociológica, entonces, de dos fuentes: la psicológica, como determinación del factor individual; la biológica, como fijación del factor social orgánico. Porque precisamente Wallace—uno de los prohombres de la doctrina de la selección natural, que más resistió las exageraciones de los neófitos poco prudentes ó demasiado impacientes—había establecido el hecho de que, en la lucha por la existencia en sociedad, hay que analizar al hombre no sólo como simple individuo y del punto de vista psicológico, sino que, por pertenecer á una organización social más ó menos perfeccionada, adquiere cualidades que modifican las puramente individuales para el éxito en aquella lucha: la sociabilidad, la cooperación, la división del trabajo, son condiciones de vida que permiten la conservación de los débiles y el desarrollo de los sentimientos altruistas, precisamente en conformidad con aquella doctrina de la supervivencia de los más aptos, puesto que la selección se verifica no sólo en lo físico, sino en lo intelectual y moral; así, en la lucha social, el elemento psíquico adquiría una predominancia visible sobre el físico, y el determinismo ya no condenaba de antemano á la resignación fatalista.

Por el contrario, resultaba que — de acuerdo con esa interpretación de la doctrina darwinista — no siempre todas las modalidades del conjunto se encuentran en germen en la

naturaleza de las partes. Y no se diga que la famosa ley biogenética de Haeckel ha venido á dar una aparente confirmación á la doctrina inversa, al establecer que la ontogénesis — el desarrollo embriológico del ser — no es sino una reproducción en escorzo de la filogénesis — que es el árbol genealógico de la especie —, produciéndose tal reproducción concentrada en razón de las funciones fisiológicas de sucesión y adaptación: pues, aun en este caso, el determinismo no sería absoluto desde que no es el simple y exclusivo atavismo el que determina la ontogénesis, sino á la vez la adaptación á las condiciones de vida y salud, física y moral, del ser donde el óvulo se desenvuelve; fenómeno que, en cuanto al hombre en sociedad, se repite en análogas condiciones: luego, entónces, si bien es exacto que en el óvulo reside todo germen desarrollado después en el organismo completo, no lo es menos que, en este desarrollo, entran en proporción no menos importante el ambiente, ó sea, las condiciones del ser donde aquella ontogénesis se verifica. En sociedad, pues, siempre concurre el factor variable de la adaptación y el hecho innegable de que los fenómenos sociales no pueden exclusivamente determinarse por la suma ó integración de los diversos momentos de su evolución, puesto que la ciencia y la esperiencia demuestran que coinciden dos elementos diversos: el todo social no es la simple adición de las partes, como un producto químico no es la suma de sus componentes: éstos entran, en gran parte, en la determinación del nuevo cuerpo, pero éste, al constituirse, adquiere cualidades distintas que no están contenidas, ni en germen siquiera, en sus elementos componentes. Precisamente es esta una ley científica, hoy clara: el agua tiene condiciones de que carece el oxígeno y el hidrógeno; un organismo, por simple que sea, presenta cualidades que no se hallan en los átomos químicos de la célula. Entonces, pues, es una falacia metodológica deducir, en sociología, la naturaleza del fenómeno social del individuo solo: no es un criterio mecánico el que puede conducir á la solución, adicionando sencillamente las características individuales para deducir la social, ó sea la suma de aquéllas, sino que debe intervenir un criterio á la vez orgánico, para apreciar la índole de los factores que es menester tener en cuenta. Y llegamos así á la ya señalada conclusión singular: Spencer, malgrado haber expuesto aquel criterio mecánico, como la base de sus deducciones sociológicas desde la psicología individual, aplica de hecho también el otro criterio orgánico para suplir la insuficiencia del primero, siendo esta la faz de su obra que ha dado verdadero fundamento á la

llamada sociología biológica. Pero, asimismo, Spencer solo aplica con suma discreción este criterio orgánico: se preocupa constantemente de la evolución y casi nunca de la disolución, como si la muerte de las sociedades, de las civilizaciones, de las instituciones, de los fenómenos sociales, no constituyera un elemento importantísimo, del cual no cabe prescindir siquiera porque es un hecho no ignorable, y porque, precisamente, es del más alto interés sociológico: las luchas y rivalidades de las razas y pueblos, de las naciones y de los estados; la selección natural de los más fuertes ó más hábiles, más endurecidos ó más crueles, ó de los más altruistas, leales, discretos y virtuosos: individuos ó variedades. Buckle intentó determinar esas reglas, pero sin la antorcha de la doctrina de la evolución: Spencer, iluminado por ésta, no se ha animado á ensayarlo, quizá debido al doble criterio aplicado; nada dice de la disolución ó muerte de los grupos humanos, biológicos ó sociales, ni del análogo fenómeno de las diversas civilizaciones sucesivas.

Reemplaza ese vacío visible con su individualismo radicalmente liberal, que lo lleva á una especie de «nihilismo administrativo», para usar la expresión de Huxley; el progreso de la civilización lo hace consistir en la diminución del espíritu guerrero y de toda clase de presión de fuerza de los hombres sobre otros hombres, de modo que considera al gobierno como un mal necesario, reducible á su mínima expresión y cuya misión debe concretarse á garantizar el ejercicio de los derechos naturales; por ello condena toda intromisión del estado en los fenómenos económicos y, por ende, cualquier legislación sobre el socialismo, considerando palanca del progreso el dualismo de capital y trabajo salariado. . . .

Pero aun nos falta por examinar muchos otros aspectos de la sociología spenceriana. El estudio de su obra bastaría para llenar un curso entero, y hay que contentarse con rozar apenas los puntos más salientes de su doctrina. De ello nos seguiremos ocupando en la próxima conferencia.

V

Debemos hoy ocuparnos especialmente de la obra sociológica de Spencer, cuyas doctrinas filosóficas, aplicables á la misma, nos son ya conocidas: su agnosticismo, que se detiene ante el dintel de lo desconocido, concretando la investigación á interpretar los fenómenos, divisibles en las dos categorías fundamentales, impresiones é ideas, lo físico y lo mental; su concepto biológico de la vida como la adaptación progresiva de las relaciones internas á las circunstancias externas, y la sociabilidad, por ende, como la adaptación del hombre al ambiente—tanto físico, como social é intelectual;—su doctrina psicológica de explicar por la herencia las ideas llamadas innatas y apriorísticas, lo que da fundamento á la moral. El evolucionismo, por último, es el principio con que todo lo regula sintéticamente, si bien más de una vez le proporciona soluciones apriorísticas, á las cuales obliga á conformarse; por más que, al establecer el carácter superorgánico de la sociedad, parecería lógico que no fueran siempre aplicables, *porque sí,* las conclusiones biológicas, puesto que éstas se refieren á organismos puros y no á superorganismos. Porque si bien la sociología spenceriana es ya una saludable transformación de la comtiana, en cuanto ésta era la simple exposición de la idea apriorística de lo que debía ser una sociedad ideal—la sociocracia positivista—su obra, á pesar de la doctrina evolucionista, no es realmente un estudio de la evolución social sino una investigación de las raíces del desenvolvimiento social en las sociedades primitivas, descripto admirablemente, rastreando el origen de los fenómenos sociales y la acción y reacción del ambiente sobre los grupos sociales: la explicación de los fenómenos naturales, el animismo, etc. Pero cabalmente ese naturalismo de Spencer ha impedido que, al entrar á los dominios de la vida más y más civilizada, en la cual el factor psíquico—individual y colectivo—predomina cada vez más sobre el físico, su doctrina sociológica resulte amplia y clarovidente: por el contrario, aparece, en esa faz de su obra, inferior á Buckle, cuya adopción de la infuencia del ambiente físico quizá exagera, como cuando estudia las relaciones del clima y del progreso, la heterogeneidad del suelo, la clase de la alimentación, etc. Buckle clasifica los hechos y establece generalizaciones geniales; Spencer también clasifica hechos, pero trata de abstenerse, en cuanto le es posible, de formular generalizaciones á su respecto. Su obra es, por ello, más bien una anatomía comparada de las instituciones, que no una ciencia de los fenómenos sociales, por lo menos en su evolución civilizada. En el estado actual de la evolución sociológica, sus prejuicios británicos—el individualismo y el *laisser faire*—le llevan á no ver los problemas sociales del día; omitiendo conciliar la selección natural y la supervivencia de los más aptos, con el hecho de que el régimen sucesorio selecciona no á los más aptos sino á los más privilegiados, y á veces, ni siquiera en provecho de la especie, sea físico ó moral; y cerrando la puerta á

toda perspectiva general de mejora, desde que la circunscribe á la esfera privada é individual, sobre la base de un régimen capitalista ó de grandes monopolios, puesto que su aversión al estado lo lleva á confiar todos los servicios públicos, no imprescindibles, á compañías anónimas, so color de que éstas corresponden al dominio de la actividad individual Su ética individualista es la de Locke y de Smith, que sostienen la teoría de los derechos naturales y de las libertades innatas; ese liberalismo británico fué su doctrina predilecta, por más que no admitiera armonizarse ni con la ciencia ni con la filosofía, y que semejante rezago del filosofismo liberalesco del siglo XVIII figure extrañamente en una filosofía científica moderna....

Lo que se ha explicado ya en estas conferencias permite establecer en qué consiste la nueva orientación de la sociología, en la obra de Spencer: comparación que, con arreglo al método adoptado, tenemos que limitar á las doctrinas anteriores, dejando para adelante, al estudiar las posteriores, ensanchar estas comparaciones parciales. Por eso he cuidado de mostraros en qué coinciden y en qué se diferencian las doctrinas sociológicas de Comte y de Spencer, sin descuidar á los demás sociólogos intermedios, pero como aquéllos son, á la vez, constructores de dos vastos sistemas filosóficos, cada uno dió á su sociología un carácter definido. Sin duda, nada ni nadie arrebatará al filósofo francés la gloria de haber, el primero, estudiado y organizado la nueva ciencia: como nadie, ni nada quitará al filósofo inglés el mérito de haberla depurado y puesto en consonancia con el movimiento intelectual de la época, dotándola del *alma parens* que le faltaba: la doctrina de la evolución. Por lo demás, tanto en uno como en otro, la sociología es la ciencia que trata de los hechos y leyes de la vida social en todas sus relaciones, debiendo investigarlos con procedimiento análogo al empleado en las ciencias naturales; dividiéndose en estática y dinámica, en el uno; ó en teórica y descriptiva, en el otro; para ambos, es la sociedad un organismo, si bien con diversa proyección el uno lo estudia del conjunto á los detalles, el otro, á la inversa; para ambos hay dos estados sociales fundamentales: el guerrero y el industrial ó pacífico; ambos opinan que puede modificarse el desarrollo social por medio de ciertas medidas, que, para el uno, deben emanar del estado, y, para el otro, del individuo; ambos tienen en vista un ideal social, si bien opuesto, y consideran que la educación—para el uno, más intelectual que moral; para el otro, no sólo intelectual sino moral —es el medio educativo para lograrlo.

De la vasta obra filosófica de Spencer, solo una parte constituye su filosofía sintética: sus *First Principles* (1 v.), sus *Principles of Biology* (2 v,), *Principles of Psychology* (2 v.). *Principles of Sociology* (3 v.) *Principles of Ehics* (2 v.). Además de esa serie, tiene otras obras complementarias: su *Social Staties* (1 v.), su *Man v. the State* (1 v.), *Study oj Sociology* (1 v.) *Education* (1 v.), *Essays* (3 v.) y *Facts and Coments*, como *Various fragments*.

Es un vasto conjunto, en el cual todas las partes estan íntimamente entrelazadas: para nosotros, lo indispensable son los 4 vols. de su sociología, si bien los otros vols. contienen frecuentemente fragmentos sociológicos de importancia extrema

Su *Study of Sociology* es un resumen de su doctrina, conteniendo la parte general de su filosofía aplicable: fué por él redactado para la serie popular de la *Biblioteca científica internacional*, y por eso es el más vulgarizado de sus libros de sociología. En 16 cap. estudia, sucesivamente: la necesidad de esta ciencia, su existencia; su naturaleza; sus dificultades, tanto objetivos como subjetivos, sean éstas intelectuales ó emocionales; los prejuicios educacional, patriótico, de clase, politíco y teológico; la disciplina de su estudio; su preparación biológica y psicológica, las conclusiones generales que de él se desprenden. En cambio, sus *Principles of Sociology* examinan á fondo los siguientes tópicos: el t. I estudia los datos y antecedentes de la sociología, primero; pasa después á examinar las inducciones sociológicas, y llega por último, al análisis de las instituciones domésticas; el t. II sigue examinando las instituciones, tanto ceremoniales como políticas; el t. III, finalmente, termina ese análisis, recorriendo las intituciones eclesiásticas, profesionales é industriales. Dentro de ese marco reune un material enorme de observaciones y de minuciosísimas indagaciones, pero la parte verdaderamente doctrinaria—como carácter general de su sociología—está en el t. I, pues, al ocuparse de los datos sociológicos, comienza estudiando la evolución superorgánica y los factores de los fenómenos sociales, tanto externos como internos; reconstruye en seguida al hombre primitivo, en su aspecto físico, emocional é intelectual; pasa á escudriñar en qué consisten las ideas primitivas, la de lo animado é inaminado, del dormir y de los sueños, de la insensibilidad cataléptica ó de éxtasis ó de otras formas similares, la de muerte y resurrección, la de ánimas ó demonios ó espíritus de ese jaez, la de la otra vida y el otro mundo, la de agentes sobrenaturales y su intervención en accidentes convulsivos ó de demencia ó de enfermedades; entra, después, á investigar lo relativo á la adivinación, inspiración, exor-

ciones y brujerías, como transición para examinar los fenómenos religiosos, á cuyo análisis da principio por el de los lugares sagrados, como templos y altares, de las prácticas de sacrificio, ayuno y propiciación, plegarias, etc.; luego estudia menudamente el culto, primero el ancestral, después el idólatra y fetiquista; pasa entonces al de animales y plantas, para terminar con el de la naturaleza, que lo conduce al concepto de la divinidad; con esto puede ya concretar las teorías primitivas de las cosas y establecer, entonces, cuál es el objetivo de la sociología. Todavía en el mismo t. I. dedica una serie de interesantísimos capítulos á estudiar las inducciones de la sociología, comenzando por sentar lo que es una sociedad, para afirmar su característica de organismo; analizando en seguida el crecimiento social, las estructuras y funciones sociales; los sistemas de órganos de la sociedad, tanto el de sostenimiento como el de distribución y el de regulación; después burila los tipos y constituciones sociales, las metamorfosis de la sociedad, y las calificaciones de la misma. Apoyado en esa amplia base doctrinaria, aborda el estudio de las instituciones, que extiende, una por una, sobre la mesa de disección de su anfiteatro sociológico; y, con su escalpelo afiladísimo y la soberbia seguridad de su mano de cirujano sin rival, practica sin apresuramiento alguno la autopsia de aquellos grandes cuerpos, explicando su anatomía con tal lujo de detalles que parece desafiar á que se le enrrostre la más leve omisión: todo el resto de su obra—1634 págs, mientras que á la parte general destina sólo 590 págs.—está dedicado á esa magistral autopsia. Así, en la última parte del t. I, estudia las instituciones domésticas, demostrando el mantenimiento de las especies, primero; después, sus diversos intereses, sea de los padres ó de los hijos: entonces aborda las relaciones primitivas de los sexos, sea la exogamia ó la endogamia, tanto la promiscuidad como la poliandria, poligamia y monogamia, para llegar á la familia y analizar la condición de la mujer y de los hijos, terminando con una generalización, retrospectiva y prospectiva, del fenómeno familiar. En el t. II, el estudio de las instituciones ceremoniales le permite analizar las ceremonias en general; después, los trofeos, las mutilaciones, regalos, visitas, pleito homenajes, formas de relación, títulos, costumbres, distinciones sociales y de clases, modas; terminando—con arreglo á su método—con una generalización, también tanto retrospectiva como prospectiva, de los fenómenos ceremoniales. Pasa entonces al estudio de las instituciones políticas, analizando la organización política en general; la integración y diferenciación

políticas, las formas y fuerzas de la política; sus cabezas, jefes, reyes, etc., cuerpos consultivos, representativos, ministerios, gobiernos locales, etc.; abordando entonces los sistemas militares, judiciales y ejecutivos, para seguir con las leyes, la propiedad y los recursos fiscales; concluyendo, después de examinar el tipo militar y el industrial de sociedad, con sus generalizaciones sobre el pasado y el futuro del fenómeno político. En el t. III, estudia primero las instituciones eclesiásticas: la idea religiosa, los sacerdotes y los médicos, los deberes sacerdotales de los descendientes, de los cuales los varones son considerados como cuasi sacerdotes, el mandatario como tal sacerdote, el establecimiento de una clase sacerdotal, y el sacerdocio, tanto politeista como monoteista: pasa después á examinar el sistema eclesiástico como control social, las funciones militares y civiles de los sacerdotes, las relaciones entre la iglesia y el estado, los no conformistas y la influencia moral del sacerdocio; terminando con vastas generalizaciones, siempre sobre el pasado y el futuro, del fenómeno eclesiástico y religioso. En seguida aborda las instituciones profesionales, estudiándolas primero en su aspecto general; después, los médicos y cirujanos, los danzantes y músicos; los oradores y poetas, actores y dramaturgos; los biógrafos, historiadores y hombres de letras; los sabios y filósofos; los jueces y abogados; los maestros; los arquitectos, escultores y pintores; concluyendo por trazar la evolución del fenómeno profesional. Por último, investiga las instituciones industriales, analizando la especialización de las funciones y la división del trabajo; la adquisición y producción; la distribución, el intercambio, la interdependencia y la integración; la regulación del trabajo, sea paterna, patriarcal, comunal ó corporativa; la esclavatura y servidumbre, el trabajo y el contrato libres; el trabajo libre organizado, el capital organizado; el *trades unionism;* la cooperación, el socialismo; terminando con predecir la orientación futura del fenómeno industrial...

Tal es el esqueleto de su obra monumental, que tampoco podría equitativamente juzgarse así, sin tener en cuenta el material inmenso amasado para su confección, y del cual llegó Spencer á dirigir la públicación de 8 vols. habiendo quedado inconclusa esa obra sin rival. La *Descriptive Sociology*, en efecto, es la colección de cuadros, descriptivos y anotados, de todo lo que puede saberse sobre los ingleses (t. I), las antiguas razas americanas (t. II), las razas inferiores, negritos y polinésicos (t. III), las razas africanas (t. IV), las razas asiàticas (t. V), las razas americanas (t. VI), los hebreos y

fenicios (t. VII), los franceses (t. VIII). La muerte le impidió seguir completando esa serie, cada uno de cuyos vols. representa un trabajo ciclópeo practicado por sus colaboradores, que han tratado de exprimir la quintaesencia del saber humano sobre los tópicos investigados y dentro del plan metodológico del filósofo. Este les trazó un cuadro para todos igual; por estricto orden cronológico, debían sintetizar los fenómenos sociales con arreglo á esta pauta: lo operativo, lo regulativo; la faz civil, en su aspecto doméstico y público; aquél, tanto en lo marital como en lo filial, éste, tanto en lo legislativo como en lo general y local; la faz militar; la faz eclesiástica, la faz prosesional; las mutilaciones, ritos funerarios, reglas de relaciones sociales, hábitos y costumbres; mandatarios; el fenómeno estético y moral, ideas religiosas y supersticiones, saber, lengua; el fenómeno económico, distribución, intercambio, producción; artes, cultivos, construcciones, habitaciones, alimentación, vestidos, utensilios, armas, productos estéticos, adornos, etc, los acontecimientos históricos. Se ve, pues, que esos eran los matetariales que le permitieron extraer las inducciones que presenta y explica en los vols. de su sociología; siendo tanto más necesario examinar aquéllos cuando que más de una vez, sea debido al punto de mira del autor—que puede diferir del lector estudioso—sea á prejuicios de otra suerte explicables, no siempre las inducciones spencerianas aparecen inequívocamente justificadas por aquellos datos: así, en su estupendo estudio del culto ancestral, que se lee con una avidez que aumenta en cada página, no puede decirse que los datos de su *Descriptive Sociology* den esa explicación exclusiva de haber sido el temor de los muertos la única raíz de las reglas religiosas, desde que resulta balanceado, por lo menos, con el temor de las ánimas ó malos espíritus, y este factor nada tiene que ver con el otro, sin descuidar tampoco el de la adoración y divinización de los vivos, que resulta también un factor sociológico de importancia no secundaria contrapuesto, por lo menos, al del temor de los muertos.

Y esa observación—hecha al pasar—tiene trascendencia, porque indica que se debe estar en guardia respecto de las inducciones y de las conclusiones sociológicas de Spencer. Su procedimiento fué admirable y digna del mayor elogio la conciencia de su ejecución, pero sus inducciones á veces no son tales, ni siquiera deducciones, sino más bien presunciones asentadas sobre ejemplos ilustrativos: procedimiento que seduce á primera vista, pero que resulta más artificio literario que indagación cientifica ó meditación filosófica,

facilitando la tendeneia del examen superficial de los hechos y del saber á medias, lo que conduce á una miscelánea.

Esta es, en puridad de verdad, la impresión final de la obra sociológica spenceriana. Es una vasta colección de materiales, pero, por vasta que sea, no es ni podrá ser completa: requiere múltiples otras colecciones análogas en proporciones más y más minuciosas, para poder llegar á las generalizaciones que Spencer formula como principios. La base de éstos, pues, no es una inducción científica, porque tenían que ser deficientes é incompletos los elementos de observación acumulados, de modo que cuando más son generalizaciones, más ó menos prematuras, que llevan en sí—precisamente en razón de tal carácter—el germen de una vida precaria: habiendo sido ya contradichas ó modificadas en muy gran parte, por manera que no pueden aceptarse sino con una cautela máxima. Los libros de sociología de Spencer contienen, es verdad, numerosísimos detalles, clasificados y analizados: pero no puede decirse—en presencia de la obra terminada—que tal montaña de datos sea un cuerpo científico, sino que es más bien un poderoso estímulo para practicar, con más escrupuloso método, quizá, la investigación del fenómeno social tras fenómenos sociales, hasta agotar sucesivamente el estudio de cada uno, y siempre evitando las generalizaciones prematuras, aun después de reunir con nuestros medios de informacion todavía deficientes—lo que, por otra parte, tampoco ha hecho sociólogo alguno—la masa más considerable y más bien organizada de observaciones metódicas. El mismo Spencer tuvo la conciencia del valor pasajero de su obra sociológica: «ó la generalización del conjunto nunca debe intentarse — dice en el prefacio del t. II—ó, si se intenta, debe sólo tomar del tiempo de quien á ello se atreva estrictamente lo necesario para dominar las verdades cardinales que presenta: por mi parte, creyendo que la generalización total es de suprema importancia, me he atrevido á estudiar los fenómenos sociológicos en esa forma, utilizando los materiales reunidos durante 14 años, y añadiendo todos los que otros han podido acumular... si las generalizaciones sociológicas deben pasar del estado de opiniones al de verdades establecidas, sólo podrá lograrse ello por la extensa reunión de observaciones: verdaderamente, los fenómenos sociales más que otros, á causa de su complejidad, solo pueden comprenderse por la comparación de muchos ejemplos para distinguir las relaciones fundamentales de las superficiales». Luego, entonces, á medida que se completen los vacíos de la colección spen-

ceriana, tendrán que modificarse sus conclusiones: y, á medida también que la crítica histórica depure el valor relativo de las fuentes— libros de viaje, relaciones, etc—de donde fueron extractados los datos coleccionados, se modificarán éstos, descartando no pocos, alterando otros, y llevando á las veces á resultados casi opuestos á los que se presentan en los cuadros descriptivos de los colaboradores de Spencer. En una palabra: la base de observación de la sociología spenceriana, en vez de ser de granito, resulta serlo de arcilla...

Los puntos cardinales—para usar la terminología recordada—de la sociología spenceriana pueden resumirse brevemente. En cuanto al objetivo de la sociología, si bien cabe razonablemente discutir cuestiones referentes al núcleo de las diversas ciencias sociales, no sucede lo mismo respecto de la periferia de las mismas; sobre esto da Spencer una variedad curiosa de definiciones: el sociólogo,—afirma,—debe concentrar el vasto y heterogéneo agregado de los fenómenos relativos á la vida asociada del hombre; debe tener en cuenta la acción combinada en sus rasgos físicos, emocionales é intelectuales; debe estudiar los procesos y productos que la acción coordinada implica, y rastrear, con precisión científica, la estructura, crecimiento y función de esas agencias. Por lo que toca á la metodología sociológica, despliega en cada página la combinación de la inducción y deducción, pero produce la impresión de que, habiéndose formado una convicción, sacada del estudio á vuelo de pájaro del conjunto, se esfuerza constantemente por justificarla con todos los datos y todos los razonamientos que aquellos metodos puedan ofrecerle: así, aparece induciendo cada principio y confirmándolo por la deducción, para desplegar—con brillantez mareadora—todas las artes de la dialéctica en los respectivos capítulos finales de cada sección, en los cuales traza esas sugerentes generalizaciones sobre el pasado y futuro de cada fenómeno social. En lo que al uso de las analogías se refiere, la verdad es que, sea con el nombre de analogías ó el de paralelismos, sostiene que son de evidencia desde que se reconoce que cada organismo es una sociedad, si bien cuida repetir que tales analogías son simplemente al andamiaje para construir el edificio sociológico. Respecto de la doctrina del progreso, tan capital en sociología, parte de la teoría de la evolución de lo homogéneo á lo heterogéneo, completándola con la difusión de la fuerza y convirtiendo al progreso en una necesidad humana, de modo que no depende de la voluntad del hombre y lo mejor que éste puede practicar es el *laissez faire*; los factores del progreso, originales y derivados, son ex-

trínsecos é íntrinsecos, incluyendo los primeros al clima, suelo, flora y fauna, mientras que los segundos son los físicos, emocionales é intelectuales; siendo el rasgo fundamental del progreso que es tanto menor la resistencia humana á verificarlo cuando mayor es su habilidad para dominar á la naturaleza. Con relación á las leyes generales sociológicas, Spencer se muestra discretísimo y, en vez de formularlas por canastadas, casi se concreta á su ley universal del progreso, con su característica de ser una necesidad benefactora, lo cual implica que no sólo las clases separadas de fenómenos sociales tienen sus reglas específicas sino que todos los fenómenos, en todos los diferentes dominios de los conocimientos humanos, obedecen á la misma ley. Por último, en lo que á la división sociológica en estática y dinámica se refiere, aparte de la escasa importancia real de una discusión de forma, el hecho de considerar al progreso como una necesidad benefactora implica basar la dinámica social en la ley de evolución, mientras que la estática viene á ser la descripción de la sociedad en equilibrio estable. Pero—y esto debe hacerse especialmente resaltar—las deficiencias y las debilidades de su obra sociológica no pueden atribuirse á la ley general de evolución, sino á su imperfecta ó incompleta aplicación á los fenómenos sociales, porque, malgrado sus razonamientos psicológicos, es visible que pospone frecuentemente el factor psíquico en la evolución social y aplica muy frecuentemente la ley biológica como si el organismo social fuera el de un animal inferior, en cuyo desarrollo no interviene para nada el elemento psíquico: á esto, sin duda, se deben las conclusiones desalentadoras para las civilización actual, respecto de la orientación de sus problemas de gobierno y sociales, en los cuales Spencer todo desaprueba y desenvuelve una serie de teorías que desconsuelan por lo estrechas y lo poco sensatas: «tan difícil es—para usar sus propias expresiones, en la última edición de *Social Statics*—á un hombre emanciparse de los lazos invisibles que la costumbre y la educación tejen en derredor de su inteligencia: pertinazmente adhiere á los principios más erróneos y se torna feroz en su oposición á los que son razonables, obedeciendo al dictado de sus simpatías y antipatías».

Esta persistencia del prejuicio de la mentalidad de su raza y de su época, es lo que explica todas las peculiaridades de la obra sociológica spenceriana. Recordad cuanto sobre ese particular os expuse en conferencias anteriores y cómo el sentimiento individualista es el *alma mater* del desenvolvimiento intelectual y social anglo-sajón: de ahí que Spencer,

imbuído en ese radicalismo liberal—que arranca desde los históricos *nivellers* de la época cromwelliana—no ponga en duda la existencia de los derechos naturales y de las libertades innatas; y que, admitiendo que la sociedad sea un organismo, no llegue á las conclusiones de Hobbes sobre el predominio del estado sobre el ciudadano, sino que, conciliando ese concepto con su individualismo, sostenga que así como la evolución se manifiesta de dos maneras que se completan: la diferenciación de las funciones y órganos correspondientes, y su integración, así el estado se encamina á la disminución progresiva de la autoridad y al acrecentamiento de la iniciativa del individuo, no conservando aquél más que el poder mínimo indispensable para tutelar el uso de estas iniciativas. Basta enunciar esta conclusión para comprender su paralogismo: porque la historia—y lo confirma la sola contemplación de lo que en nuestra época pasa—demuestra precisamente lo contrario: ni en las épocas más remotas se ha reducido el estado á esas funciones de agente de policía, pues las mismas leyes de Hammurabi—de que os hablé en una de las primeras conferencias—muestran que, en aquellos remotos tiempos contemporáneos de Abraham, ya el estado intervenía para regularizar los fenómenos económicos y sociales, como ahora mismo, en las naciones más civilizadas, lo efectúa con la legislación sobre el trabajo: luego, pues, los datos que la historia nos presenta contradicen la tesis spenceriana, y permiten sospechar que fué expuesta al sólo efecto de justificar su individualismo impenitente. El mismo Spencer, con alguna amargura, dice al respecto—en su *Man v. the State*—«¿debo acaso esperar que esta doctrina encuentre aceptación general? Tal lo desearía, pero desgraciadamente son muchas las razones que me obligan á concluir que sólo aquí ó acullá algún ciudadano aislado pueda modificar su credo político». Pero él, sin inmutarse por ello, siguió combatiendo la doctrina de la omnipotencia del estado, la del utilitarismo del mayor número, y todas cuantas en lo mínimo coartaran su individualismo: para él, la felicidad consistió siempre en el pleno goce de nuestras facultades. Es posible que tal doctrina—expuesta por él, por vez primera, á raíz de la revolución de febrero y de todos los sacudimientos revolucionarios europeos de 1848—fuera influenciada, además, por el espectáculo de su época al publicarse su *Social Statics*;—pero más de medio siglo después, al imprimir sus *Facts and Coments*, sostiene con el mismo ardor, sin la menor concesión, aquella mismísima doctrina. Y es curioso que, á pesar de sus conclusiones antisocialistas, no sean pocos los escritores mar-

xistas que se sirven de su argumentaciòn para llegar á solución radicalmente opuesta: «si admitimos—dice Spencer, en su *Social Statics*—que los hombres son egoístas, es evidente que abusarán del poder: eso explica todos los excesos cometidos, el acaparamiento de los bienes, la constitución de clases privilegiadas, y todos los males sociales existentes»; la conclusión anarquista es, entonces, clara: hay que destruir un orden social tan pernicioso, para substituirlo con otro más conforme á las necesidades humanas ó á los derechos naturales de los hombres... La misma exposición individualista que hace Spencer, en presencia de las invasiones del estado, justificaría la prédica anarquista más exaltada, desde que reconoce en el individuo el derecho á resistir aquellas intromisiones, puesto que «no le es permitido—dice—renunciar á la libertad que le corresponde»: reivindica, pues, para el individuo el derecho á la resistencia activa. Si Spencer combate al socialismo, es porque éste busca triunfar usando la omnipotencia del estado: y este último es, cabalmente, su bestia negra; para combatirlo, despliega una erudición extraordinaria, revisando todas las leyes que, desde los tiempos antiguos, han intervenido en la reglamentación del trabajo.

Es interesante establecer esta típica actitud de Spencer frente al socialismo: no sólo influyó en ella la manera práctica cómo los anglo-sajones encaran esas cuestiones y buscan solucionarlas con las *trades-unions*, sino que, en el fondo, plantea el problema en términos netos; la verdadera división social interna es de 2 grandes grupos: el que adopta la doctrina de la solidaridad y el que proclama la del individualismo; el primero de ellos tiene un criterio bifronte: el individual para el trabajo, en el sentido de que no merece salario sino quien lo gana, y el colectivo de compañerismo, según el cual el daño hecho á uno es hecho á todos, de donde viene el huelguismo; el segundo grupo, en cambio, tiene un solo criterio: el de la libertad, aplicable á todo contrato de trabajo, de negocios, de hacer lo que cada cual estime mejor, sosteniendo que el mayor bienestar social está en dar á cada individuo la mayor libertad para contribuir á él. El primer grupo no ha tenido nunca en Inglaterra sino un eco restringido, si bien en los demás países—sobre todo, en los latinos—ha encarnado la tendencia reivindicadora del cuarto estado; el segundo grupo ha sido siempre típicamente británico, no sólo en el terreno de la cuestión social, sino en los demás aspectos de la vida. Spencer, como fácilmente se colige, perteneció á este último grupo, y son sus

doctrinas las que explica, y es su solución—la libertad, ante todo y sobre todo—lo que siempre preconiza.

Se concibe fácilmente, pues, su profundo dolor cuando al aproximarse sus últimos días,—veía por doquier triunfante en el mundo civilizado la tendencia al socialismo de estado, que toda su vida había combatido: por lo demás, en su individualismo intransigente, Spencer compartía las doctrinas sociológicas de Mill, de Buckle y de Bagehot, divergiendo fundamentalmente de las de Comte; todo lo cual, por lo tanto, no quiere decir que no haya penetrado íntimamente en la esencia del problema socialista, si bien busca solucionarlo por otras vías, de acuerdo con su individualismo, pues, para él, la ley del progreso consistía en que cuanto mayor fuera la prosperidad material, el florecimiento industrial y la más amplia difusión de la riqueza, mayor era el progreso humano en lo intelectual, moral y social. Su tesis se condensa en que el progreso social hacia una mayor complejidad de organización—en la cual la necesidad del esfuerzo físico disminuya y se aumente el poder intelectual y la libertad personal, elevándose el carácter moral,—se caracteriza por el orden ascendiente de lo material á lo intelectual y á lo moral, siendo lo primero la base, lo segundo los medios, y lo tercero el resultado definitivo: la faz económica de la sociedad, por ende, tenía una importancia decisiva. En esto, pues, diverge igualmente de Comte, quien dió exclusiva importancia á su ley abstracta de los 3 estadios, sin valórar debidamente el aspecto económico.

Recorranse cuidadosamente los 3 gruesos vols de su sociología, y se verá que desarrolla en ellos la vida familiar, las costumbres y las formas de relación, las instituciones políticas y religiosas; por último, la economía política y la cuestión del trabajo: todo ello sin contar los capítulos preliminares, conteniendo consideraciones antropológicas y psicológicas sobre la naturaleza general de la vida social. Pues bien, en cada página se nota el doble aspecto de su sociología: el tipo social obligado y el tipo social voluntario; la organización para la guerra, con el despotismo, clases sociales antagónicas, esclavatura, formalismo, legislación draconiana, supersticiones, egoismo, moral de la enemistad; y la organización para la paz, con el libre convenio entre los hombres, la benevolencia de unos para otros, y, en una palabra, la contraparte de la otra organización.... Es decir, el criterio mecanicista con el organicista, explicándose quizás esta amalgama porque—en la exaltación del individuo—Spencer se revela inglés en todas sus partes é hijo genuino de su época: recordaréis cómo—en alguna conferencia anterior—os he descrito el estado especial de la mentalidad británica de entonces, con su economía política clásica, libre cambista, partidaria de la competencia libre y del individualismo sin cortapisas, creyendo que el ideal manchesteriano era la última palabra de la sabiduría y acostumbrada á aplicarlo á los demás países, sin percatarse de las diferencias de clima ni de costumbres: pues bien, tal se conservó Spencer hasta su muerte, y ese prejuicio británico—libre cambista, individualista y progresista—es el que palpita en todas las páginas de sus *Principles of Sociology*.... Sin duda, por alejado que estuviera de la vida pública, no pudo ocultársele la transformación que su patria y el mundo civilizado experimentaron durante su larga existencia: el fracaso visible del manchesterismo, la descalificación de la vieja y clásica economía política, la influencia, cada día mayor, del estado en la vida diaria, la tendencia evidente á la solución gubernamental del problema socialista, las guerras supervinientes y, en una palabra, todos los acontecimientos posteriores que han echado á rodar aquel criterio anticuado y que á gritos claman por otra explicación y otro criterio.

Si; Spencer tuvo la poca fortuna—para un filósofo de su fuste—de vivir demasiado: lo suficiente, por lo menos, para apercibirse de que la realidad y el adelanto de los conocimientos zapaban las bases del edificio que con tanto trabajo había logrado levantar. Y no vivió lo bastante para tomar en cuenta, en la nueva y corregida edición de su obra, tales hechos: apenas pudo rehacer sus *First Principles* y sus *Principles of Biology*, y por los cambios profundos en ellos introducidos, por las modificaciones fundamentales que realizó, se colige lo que habría sucedido si el tiempo le hubiera permitido revisar sus *Principles of Sociology*. El hecho, sin embargo, es que no le fué dado hacerlo, y que esa obra sociológica extraordinaria está herida de muerte, en sus doctrinas y en sus aplicaciones: ha quedado retardada, y es ya hoy—por triste que sea decirlo—casi un anacronismo científico y filosófico. Y hay en el reconociento de ese hecho una tristeza tanto más profunda, cuanto que el mismo Spencer lo presentía, y el tono de todas sus últimas producciones, desde sus cartas con motivo de las cuestiones del día—como aquella vigorosísima, condenando á los estadistas de su patria por la guerra contra los boers—hasta el último tomo de *Essays*, publicado en 1902, revelan una resignación infinita, el propio reconocimiento de que su obra ya no respondía á la época, la sensación indefinida de que su monumento había sido levantado sobre arena y que ésta se movía... Casi po-

dría decirse que sus últimas producciones demuestran que su resignación se convertía, á ojos vistas, en la desesperación: «aborrezco—dice en *Facts and Coments* (1902)—el concepto de progreso social cuyo objetivo se limita al aumento material de la multitud popular, al acaparamiento de la riqueza, á la extensión del comercio: ya no se busca sino la cantidad y no la calidad; la situación social actual, que alabamos como civilizada, parece acercarse más al pasado y se aleja decididamente del porvenir soñado, en cuanto implica mejora en vez de retroceso...; y se cree cubrirlo todo con la difusión de la instrucción, olvidando que no es la inteligencia la que basta fomentar, sino el sentimiento, que conduce á la moralidad: el poder intelectual se fortifica por la acción de la inteligencia, pero el poder moral sólo por la acción moral; por eso hay pueblos muy adelantados intelectualmente, que presentan una estagnación ó retroceso en lo moral, y esto no es el verdadero progreso, por más que constituya la característica de la época presente que, visiblemente, se rebarbariza...» Leed todo ese libro: pena hondísima produce: el filósofo ve derrumbarse su ideal sociológico y sólo le queda el recurso de lamentarse, cual moderno Jeremías... termina, con todo, revelándose el «filósofo caballero» de su época en este rasgo final: la exaltación del sentimiento religioso, de las formas del culto, y su inclinación respetuosa ante el «gran enigma» que la ciencia no puede aún solucionar: esta transforma el concepto religioso, pero no lo destruye. Y su filosofía final es igualmente agnóstica: «más allá del alcance de nuestra inteligencia —dice, al terminar su último libro: *Facts and Coments*—están los misterios de las cosas conocidas de nuestros sentidos; pero lo relativo al continente de esas cosas, al espacio, á esa matriz universal, está todavía más lejos: y si aquéllos pueden explicarse, para unos, por la creación, y para otros, por la evolución, los últimos no pueden, hasta ahora, ser explicados ni por una ni otra hipótesis, pues las propiedades del espacio son inherentes y eternas, escapando á creación ó evolución; de modo que, aun si algún día llegamos á penetrar el misterio de lo existente, no se alcanza todavía á concebir cómo pueda penetrarse el del espacio, cuyo solo concepto hace vacilar á la razón y retroceder á la imaginación, por la conciencia de que, sin origen ó causa, el espacio infinito ha existido siempre y siempre deberá existir...».

Estas fueron las últimas palabras de su obra de filósofo: y ellas enseñan que cualesquiera que pudieran ser sus desilusiones en el terreno sociológico, en el científico y filosófico en nada modifican su pensamiento, pues siempre se negó á

escudriñar lo que queda más alla de lo cognoscible y concretó su esfuerzo á unificar el conocimiento de éste, formulando la gran ley universal que explica todos los fenómenos existentes: la de la evolución, basada en la persistencia de la fuerza, que se mueve en la línea de la resistencia menor y en una dirección rítmica, produciendo la integración y la disolución, las que recíproca y sempiternamente se suceden una á la otra en la perpetua redistribución de la materia y del movimiento: concepción grandiosa, para siempre incorporada á la ciencia y por esta cada día más y más confirmada, malgrado lo discutible que puedan ser, ó sean, todas las demás leyes ó hipótesis. Y eso solo bastaría para la gloria de un filósofo...

Demos, pues, con ello por terminada esta faz del análisis, para dar fin en la próxima conferencia, con la forzada rapidez exigida por estas apreciaciones en escorzo, á la crítica de las doctrinas sociológicas de Spencer, crítica en apariencia larga, pero, en realidad, sintética.

VI.

Pocos casos más curiosos que el de Spencer ofrece la historia del pensamiento humano: hay en la vida y en la obra del filósofo inglés una sorprendente y admirable unidad.

Su doctrina y su sistema pueden inequívocamente rastrearse en la serie de sus obras. Su primer libro: *The proper sphere of government* (1842), demuestra ya que la hipótesis del desenvolvimiento evolutivo le sirve de explicación, considerando á las sociedades como organismos, y á los fenómenos sociales é individuales como sometidos á una sola ley. Su segundo libro: *Social Statics* (1850) ratifica esas ideas y las aplica á todas las manifestaciones sociales, sometiéndolas á la misma causalidad que todo fenómeno del mundo animado ó inanimado, según el aumento ó diminución de la estructura como consecuencia del aumento ó diminución de la función, de manera que prevalecían los organismos mejor adaptados á sus condiciones de existencia: el estado moral ideal consistía, pues, en armonizar la constitución á las condiciones, que implicaban una armónica cooperación social, influyendo la organización de la sociedad en los individuos y considerando á las agrupaciones humanas como organismos vivientes, que se perfeccionan partiendo de un tipo en el cual las partes semejantes tienen escasa dependencia recíproca, á otro en el que aquéllas partes tienen una mútua interdependencia. Sus monografías posteriores: *Development hypothesis* (1852) y *Theory of population* (1852) afirman más esa doctrina socio-

lógica, mostrando cómo la diminución de fertilidad acompaña el aumento del desarrollo, de manera que la fecundidad está en relación inversa con el adelanto intelectual. Su otra monografía: *Over legislation* (1853) sostiene que la organización é instituciones de la sociedad son productos de causas naturales, y que se desarrollan segun un orden normal, obedeciendo á leyes fijas. Y sus otras monografías: *Manners and Fashions* (1854) y *The universal postulate* (1853) dan á conocer la influencia de las doctrinas de v. Baer, según las cuales el desarrollo de cada organismo es un cambio evolutivo de lo homogéneo á lo heterogéneo, dando así nueva forma á sus anteriores afirmaciones de que, en los grados ascendentes de organización, se halla una disminución gradual de las partes semejantes y una multiplicación de las desemejantes; no habiendo al principio sino pocas funciones con muchos agentes similares para cada una, mientras que después son muchas las funciones y pocos los agentes: cuya progresiva subdivisión de funciones se observa en el desarrollo de las sociedades, pues las primitivas se componen casi de la repetición de un solo elemento, siendo así que las más perfeccionadas presentan una variada multiplicación de clases sociales diversas y de ocupaciones diferentes. Su tercer libro: *Principles of Psychology* (1855) aplica al estudio del desarrollo mental en el individuo la misma doctrina evolutiva ya ensayada en el análisis sociológico. Por último, hondas meditaciones sobre las consecuencias de la fórmula de v. Baer le llevaron al convencimiento de que era una ley aplicable al desenvolvimiento en todos los mundos, orgánico é inorgánico, individual ó social: la creciente heterogeneidad y la análoga integración é individualización de los fenómenos resultaban ser un rasgo universal del progreso, cuya idea generatriz se convertía así en la de una constante evolución, que venía á ser la explicación unificada de todo lo cognoscible. De ahí que trazara Spencer el programa de una obra que, metódicamente, fuera sometiendo todo lo cognoscible á un estudio detenido para demostrar cómo la evolución constituye la ley universal.

Ese primer programa, formulado en enero 6 de 1858, implicaba ya la confección de 10 vols.; madurado todavia durante 2 años de nuevas meditaciones, al fin fué lanzado al público, en marzo de 1860, en esta forma: *Primeros principios: Principios de biologia; id. de psicología; id. de sociología; id. de moralidad.* Y si bien, dada la íntima coherencia de las diferentes partes de la obra—cono miembros de un solo vasto organimo concebidas y ejecutadas—todas ellas interesan vivamente al sociólogo, sin embargo, la parte especialmente dedicada á nuestra ciencia demuestra que constituía el núcleo verdadero de la obra.

Detengámonos, pues, un instante en este singular programa. Veamos como concibió entonces Spencer la doctrina sociológica, á fin de examinar más tarde como la ejecutó y desarrolló.

Los *Principios de sociología*, en el plan de 1860, debían formar 3 vols. El *primero*, dividido en 3 secciones, debía estudiar: *a*) los fundamentos de la sociología, especificando las diferentes series de factores que concurren en los fenómenos sociales, las ideas y sentimientos humanos considerados en su orden necesario de evolución, las condiciones naturales del ambiente, y todas las otras condiciones, sempiternamente complicadas, á que da origen toda sociedad; *b*) las inducciones de la sociología: los hechos generales estructurales y funcionales, según se desprenden del examen de las sociedades y de sus cambios, es decir, las generalizaciones empíricas á que se arriba al comparar las diversas sociedades y las faces sucesivas de cada sociedad; *c*) la organización política, analizando la evolución de los gobiernos, generales y locales, según la determinan las causas naturales, los diversos tipos de aquéllos y sus metamorfosis, su complejidad y especialización en aumentar, la progresiva limitación de sus funciones. El *segundo* vol. de la obra, igualmente dividido en 3 secciones, debía ocuparse: *a*) de la organización eclesiástica, trazando la diferenciación del gobierno religioso y del secular, sus complicaciones sucesivas y la multiplicación de las sectas, el aumento y modificación continua de las ideas religiosas, causadas por el conocimiento progresivo y el carácter moral cambiante, y la reconciliación gradual de esas ideas con las verdades de la ciencia abstracta; *b*) de la organización ceremonial: investigando la historia natural de aquel tercer sistema de gobierno que, teniendo con los otros raíz común y lentamente separándose de ellos pero convirtiéndose en suplementario de los mismos, sirve para regular las acciones menudas de la vida; *c*) la organización industrial: analizando el desarrollo de los agentes productores y distribuidores, y comprendiendo no sólo la progresiva división del trabajo y la sucesiva complejidad de cada agente industrial, sino también las formas sucesivas del gobierno industrial, al pasar por fases análogas á las del gobierno político. *El tercer* vol., por último, debía abarcar 5 secciones: *a*) al progreso lengüístico, para mostrar la evolución de los idiomas, como un progreso psicológico determinado por las condiciones sociales; *b*)

el progreso intelectual, estudiado del mismo punto de vista, incluyendo el aumento de las clasificaciones, la solución de la ciencia al desprenderse de los conocimientos generales, el adelanto de la previsión cualitativa á la cuantitativa, de lo indefinido á lo definido, de lo concreto á lo abstacto; *c*) el progreso estético: examinando de la misma manera las bellas artes y trazando su diferenciación gradual desde las instituciones primitivas, y, de una á otra, las variedades en aumento de su desarrollo, y su adelanto en la realidad de la expresión y la superioridad del objetivo; *d*) el progreso moral: exhibiendo el génesis de las lentas modificaciones emocionales que experimenta la naturaleza humana, en sus adaptaciones al estado social; *e*) el concenso: tratando de la necesaria independencia de las estructuras y funciones, en cada tipo de sociedad y en las fases sucesivas del desarrollo social.

Tal programa era, pues, vastísimo. Al formularlo, Spencer solo tenía publicados algunos fragmentos correlativos: sus monografías: *The social organism* (apareció en la *Westminster review*), *Manners and Fashions*, *Genesis of science*, *Origin and function of music*, *Philosophy of style*, y su crítica de la obra de Bain: *Emotions and the will*. Era casi nada: todo quedaba por hacer. Y eso, que no podía lógicamente abordarse sino después de terminadas las partes anteriores, pues la sociología constituía la coronación de sus estudios filosóficos.

Porque — y esto es importante hacerlo notar, por constituir otra de las divergencias fundamentos con Comte — para Spencer existía una familia de ciencias que, cada una en su compartimento, se proponía darse cuenta de los objetos individualizados, es decir, no de objetos como trozos de piedra que son indefinidos, sino de aquellos que son definibles y que se presentan como individuos aislados ó como miembros individuales de una especie. Así, que se trate de nebulosas, estrellas, sol, planeta ó satélite, cada uno de los objetos de que la astronomía se ocupa es un individuo identificable; así es la tierra, de la que se ocupa la geología; así son las plantas y los animales, sujetos de la botánica y la zoología. Y así es el caso de la mente, porque, si bien no se trata de entidades visibles, resultan ser grupos coherentes y organizados de funciones exhibidas por ciertas unidades; y cada una de éstas puede individualizarse, como perteneciendo á una ú otra clase de seres, y, en menor grado, á uno ú otro ejemplar de éstos. Y no es otro el caso de las sociedades: cada una de ellas es un todo, más ó menos claramente incorporado, é individualizado por sus rasgos estructurales, como por su nombre y ubicación... Por último, cada ciencia de esa

clase es como las demás ciencias, en el sentido de que se propone dar una cuenta agotadora del objetos ú objeto que forman su tema de estudio: y esto no es todo, sinó que trata á la vez de dar cuenta de la manera como cada una de ellas se ha constituido como tal ciencia, es decir, trazar la historia de las transformaciones por las que ha pasado. De ahí, pues, que la astronomía, geología, biología, psicología y sociología, deban ser las diversas ciencias componentes, en ese orden, de la historia natural...

Spencer, al clasificar las ciencias, arriba así á resultados, en el fondo, muy diversos de los de Comte: su razonamiento es diferente, pero coincide con aquèl en considerar á la sociología como la más elevada de todas las ciencias. Y precisó su disentimiento á raíz del artículo de Laugel, en la *Revue des deux mondes* (nº. de febrero 15 de 1864) en el cual se le clasificaba como positivista y como comtista. Basta leer los opúsculos spencerianos *Classification of sciences* (1864) y su *Reasons for dissenting from the philosophy of M. Comte* (1864). Su diverso punto de vista queda inequívocamente establecido, y su sociología — en lo bueno y en lo malo — es completamente distinta de la comtiana.

Y ya que nuevamente tocamos este punto, conviene descartar la objección de que si bien Comte no lo influenció de modo directo, lo hizo de manera indirecta á través de Stuart Mill. Es otro error. Aparte de la recíproca admiración que se tenían — y á que alude Spencer en el t. II. de su *Psychology* — hay que observar que el escepticismo empírico del uno no condecía con el filosofismo del otro: aquel sostiene que la materia es solo una posibilidad permanente de sensación, y la inteligencia una análoga posibilidad de sentimiento, admitiendo el credo utilitario y absteniendose de intentar solucionar los problemas fundamentales de la psicología; mientras que este, tanto en psicología como en cosmología, transformó el viejo sistema experimental de Mill y puso término á la antigua disputa entre intuicionalistas y experimentalistas. En el dominio metodológico, sobre todo, tuvieron ambos una polémica famosa: Spencer atacó las opiniones de Mill en la *Westminster review* (1853), contestando este en la siguiente edición de su *Logic*, á lo que aquel replicó en la *Fortnightly review*, siguiendo una dúplica del otro en la nueva edición de su libro, lo que motivó una última insistencia de Spencer en su *Psychology* (cap. VII). Mill era un pensador más lógico que Spencer, usando los términos con mayor propiedad; aquél, en metafísica, llega hasta el análisis más extremo, este, no menos preciso, afirma que las relaciones de coexistencia,

se enuncian y diferencian, no pueden lograrse más allá de lo consciente; ambos coinciden, en general, en lo objetivo, es decir, en la investigación de los fenómenos exteriores, entre los cuales entran en primera línea los sociales. Esto es lo que nos interesa, del punto de vista sociológico.

En una palabra: la sociología, para Spencer, resultaba ser—comparada á las historias parciales de cada sociedad—como un enorme edificio relativamente á las piedras ó materiales que lo componen. Al lanzar su programa de 1860, la mentalidad inglesa era rehacia al concepto de ciencia social: la misma posibilidad de la sociología no era siquiera concebida por los historiadores, y, cuando se argumentaba con la obra comtiana, se la negaba rotundamente, porque, ocupados en narrar los acontecimientos en la existencia de las sociedades, no habían jamás prestado atención á la evolución de sus organizaciones. Y, sin embargo, si un biógrafo, al ver que los incidentes de la vida de su héroe no son pasibles de previsión científica, dijera en consecuencia que no existe ciencia alguna del hombre, se parecería entónces al historiador corriente que, no preocupándose sinó de los hechos de reyes, intrigas palaciegas, camorras internacionales, victorias y derrotas, respecto de todo lo cual no cabe una previsión fàcil, sostuviera por ello que no existe ciencia social, siendo así que no habría parado mientes en las estructuras mutamente dependientes, que se habían lentamente desenvuelto mientras tenían lugar los sucesos que absorbieron su atención...El solo hecho de que durante tantas centaurias, el historiador—junto con sus lectores—resulte inconsciente respecto de la progresiva división del trabajo, que caracteriza por doquier la evolución social, demuestra palmariamente cuanta necesidad había de explicar el objeto y naturaleza de la ciencia social, habituando á la mente á contemplar las formas sociales que fueron, ó son, con una ecuanimidad filosófica, como objeto de estudio y de meditación, y como exponentes de lo mejor en cada época y lugar, constituyendo etapas sucesivas en la marcha ascendente del progreso.

Spencer, pues, se dió cuenta de que era menester librar una batalla previa para despejar el campo, y que, antes de entrar á realizar su programa en la parte sociológica, era indispensable determinar claramente los límites de la nueva ciencia. Tal se propuso realizar con el vol. de su *Study of Sociology* (1873), publicado en forma de monografías sucesivas en diversas revistas, y, como libro, en la serie de la *Biblioteca científica internacional*, cuya alma era su amigo y admirador el prof. americano Joumans. Y bien: el éxito justificó el razonamiento de Spencer, demostrando cuan necesario había sido publicar libro semejante. En primer lugar, su venta asumió proporciones tales que Spencer lo declara el mejor de sus libros ...en ese sentido. En segundo lugar, puso á la orden del día la cuestión de la sociología.

Mientras tanto, se iban acumulando los materiales necesarios para elaborar su grande obra sociológica. Spencer ha referido, con una sencillez singular, cuan encariñado lo tenía tal trabajo: durante más de 25 años había tomado sucesivamente apunte de todo hecho de naturaleza sociológica que su lectura ó su esperiencia le daba á conocer, lo había anotado, y tal apunte lo arrojaba en una cajón especial de su escritorio; de tiempo en tiempo revisaba esas pilas manuscritas y las clasificaba *grosso modo* en grande divisiones: ideas primitivas, supersticiones, conocimientos, etc. Continuaba siempre arrojando más y más material á ese depósito y revisándolo de cuando en cuando, para organizarlo convenientemente: toda observación de carácter sociológico, en el acto, era redatada y arrojada al monton famoso. Cuando su salud precaria le obligó á dictar y á economizar sus lecturas y sus apuntes, se servía de su escribiente para que le anotara cuanto le indicaba; pronto tuvo necesidad de colaboradores especiales y tomó primero al prof. Duncan, después al prof. Scheppig, trazándoles el programa de una investigación colosal respecto de los fenómenos sociales. Los años pasaban, el trabajo adelantaba y la compilación asumía proporciones estupendas. Abrumado por aquel enorme material, capaz de anonadar á cualquiera, Spencer resuelve despejar el camino dirijiendo primero la publicación de la que llamó *Descriptive Sociology*, bajo cuyo título general incluyó toda la compilación que se prácticaba bajo sus órdenes. Daba así á conocer al público los materiales en los cuales apoyaba sus conclusiones, pero estas los conservaba aún inéditas, sin redactar la obra misma, sinó que seguía acumulando sus notas y apuntes... Su conciencia era tal que cualquier duda le ponía nervioso y hacía que fuera controlada, y que se le buscaran ejemplos y casos que sirvieran para comprobar ó desechar su observaciones, objeto de sus continuadas meditaciones. Y era tal su meticulosidad al respecto, que hasta hizo construir una mesa de forma especial para colocar ordenadamente la serie de carpetas y montones de sus distintas divisiones y subdivisiones, à fin de tener á la mano hasta el último detalle, así que sus meditaciones le sugerían tal ó cual punto interroganl te. Sus colaboradores se doblegaban ante el peso de tatrabajo: los reemplazaba, pero él parecía dotado de una ener-

gía insuperable, porque siempre exigía más y más, jamás satisfecho, siempre dudando, constantemente requiriendo nuevas comprobaciones, investigaciones complementarias, detalles subsidiarios. La salud precaria parecía á veces aplastarlo: reaccionaba y, con vigor nuevo, de nuevo volvía á la tarea. Tenía que ausentarse con frecuencia à la campaña ó á Escocia ó á otros puntos, para que su salud se restableciera, sobretodo para poder conciliar el sueño, porque sus terribles insomios concluían por exacerbar sus meditaciones y por convertirlas en febricientes. No pensaba sino en su sociología: caminando, conversando, comiendo, durmiendo, sólo rumiaba su sociología. Era tal su preocupación, que llevaba casi siempre consigo á su secretario, y en el paseo ó en cualquier otra circunstancia, interrumpía su conversación ó meditación, para dictarle tal ó cual apunte ú observación.

Imaginaos aquel hombre, cuya figura era ya popular, caminando por las calles de Londres, tan atestadas de gentes y de vehículos, como si se encontrara solitario en un desierto, siempre sumido en sus meditaciones, que le impedían reconocer á sus amigos más conocidos al pasar á su lado; represéntaos al mismo hombre, trasladándose á la región poetica de los lagos escoceses, en busca de descanso, y paseando por colinas y carreteras con la misma indiferencia de un sonámbulo, siempre embebido en su meditación, interumpiendo su marcha para dictar, de pasada, á su acompañante tal ó cual resultado de sus ideas... Más todavía: en su club de Londres, en casa de sus amigos fuera de Londres, Spencer estaba siempre presente de cuerpo pero ido de espíritu, ahondando siempre el análisis de sus meditaciones sociológicas. Era, por ejemplo, un viejo conocido de los paseantes de los *Kensington gardens* de la gran metrópoli inglesa: se le veía allí, alquilando dos sillas, sentarse junto con su secretario, quien tenía recado de escribir y empleaba el sistema estenográfico para causar menos molestias al filósofo: á la sombra de los árboles dictaba Spencer, á veces hasta media hora; se levantaban ambos, entonces, y paseaban un rato; volvían á sentarse y tornaba aquel á dictar; á las veces pasaban al lago, tomaban un bote y remaban un rato, suspendiendo el remo para dar lugar al dictado... La redacción salía casi perfecta, en el sentido de que ese borrador era enviado á la imprenta, con las correcciones ó supresiones del autor: la estenografía le servía para ello admirablemente, pues su pensamiento no tenía que someterse á la lentitud de un amanuense ordinario. Pero todo ello demuestra que aquel hombre no vivía sinó para su obra, y que no tenía otra ocu-

pación ni preocupación fuera de la misma: de ahí resultaba una tremenda concentración de todas sus facultades en una sola dirección, esfuerzo capaz por sí solo de trastornar la mente más sólida, pero que á él sirvió para ahondar hasta lo increible el análisis de cada problema estudiado.

Por supuesto, el programa de 1860 le resultó estrecho. Por de pronto, en el había presentado á la sociología en su aspecto público ó político: esto primero, y lo eclesiástico, industrial, etc., después, abarcando todos los fenómenos sociales que resultan de la cooperación de los individuos ciudadanos. Nada había dicho de las instituciones domésticas y de la serie de fenómenos sociales de carácter privado: precisamente la publicación de la ruidosa obra de Maine—á que antes se aludió y de la que, en oportunidad, habremos de ocuparnos—lo llevó á preocuparse del fenómeno familial, que influencia de modo tan sensible el tipo social de las diversas organizaciones: era, pues, menester estudiar los diversos aspectos de aquel fenómeno, que constituían un grupo tan importante como el del fenómeno social.

Por fin, en 1877 aparece el t. I de sus *Principles of Sociology*, y en el cual despliega una erudición portentosa: 2500 citas relativas á 455 obras diversas, lo cual solo se explica por las referencias bibliográficas de la *Descriptive Sociology*.

Resuelve entonces abordar el t. II. y se ve otra vez forzado á variar su programa primitivo. Porque este señalaba este órden: lo político, primero; lo eclesiástico, despues, lo ceremonial, al último. Mientras tanto, resultaba que el gobierno político no era ni el más general ni el más primitivo, sino que, en el órden de la evolución, le precede siempre el gobierno ceremonial. Hay, es cierto, reducidos grupos sociales libres de todo control gubernativo, pero ninguno es concebible sin el control ejercido por determinados modos de comportación de hombre á hombre: aun entre los salvajes más rudos se observan ciertas reglas de relación, más imperativas quizá que las existentes entre gentes civilizadas. De modo, pues, que las instituciones ceremoniales venían á ser previas á las políticas y eclesiásticas.... Spencer no vaciló: modificó sencillamente la ejecución de su programa.

Y es interesante observarlo, porque rara vez se ha trazado un programa filosófico con mayor madurez y más larga incubación. A pesar de ello, al irlo á ejecutar, desde el comienzo aquel sociólogo se ve forzado á modificarlo, completándolo, como en lo relativo á las instituciones dómesticas, ó alterando su órden lógico, como en lo que toca á las instituciones ceremoniales. Su absoluta sinceridad intelectual

está en ello de manifiesto, pues sólo buscaba investigar la verdad y día á día tenía que abordar faces nuevas de su examen, de modo que repudiaba el prematuro *ne varietur.* Más todavía: deseoso de poder aquilatar sus propias meditaciones con las opiniones de la crítica, resolvió, variando el sistema hasta entonces adoptado, de publicar su *Shynthetic Philosophy* por subscripción, dar á las revistas los diversos capítulos relativos á las instituciones ceremoniales, Pero pronto se convenció de que tal publicación fragmentoria era más bien contraproducente, por la necesaria correlación entre todos sus partes, lo ya publicado y lo todavía inédito, de modo que optó por publicar de nuevo por tomos, así que los terminara.

De nuevo la tarea hercúlea lo postra. Tiene que interrumpirla y emprender (1880) una larga excursión á Egipto. Publicado ya el tomo de las *Ceremonial institutions,* á su vuelta aborda el de las *Political institutions,* ensayando otra vez el sistema de la publicación fragmentaria en las revistas, tan usual en los países de Europa, donde los autores buscan así llenar dos propósitos: dar mayor circulación á sus ideas, despertando el interés del público; provocar las manifestaciones de la crítica, para tomarlas en cuenta al revisar los artículos para salir en forma de libro. En el caso de Spencer el resultado fué envolverlo en algunas polémicas, tanto más picantes cuanto que aquel era un político doctrinario pero no práctico.

Es singular esta contradición entre la teoría y la práctica, que observamos ya en el caso de Comte y que presenta Spencer igualmente de bulto. Consideraba que bastaba con reformar las instituciones políticas, estableciendo una organización de gobierno más equitativa, para que los males sociales quedaran remediados........Comte— y es curioso hacer resaltar esta coincidencia—también creía que la panacea estribaba en cambiar el gobierno, si bien sostenía que debía tomar las riendas un dictador «para el bien»; Spencer, en su radicalismo juvenil algo ingénuo, también fiaba todo á la reacción de arriba, si bien no admitía el famoso dictador; ambos resultan conservadores, con la diferencia de que el segundo vá hasta el nihilismo administrativo, que le reprochara Huxley, pero para él la reforma debe ser el resultado de una lenta evolución en las ideas; mientras que, para el primero, era necesario buscarla en algun Napoleón de nuevo cuño. Comte quiere la reforma brusca napoleónica; Spencer, la lentísima de la evolución en las ideas y sentimientos, pues consideraba á la vida de las sociedades como un crecimiento natural espontáneo, de manera que no son los grandes hombres ni los políticos de primera fila las palancas del progre-

so, sino el movimiento involuntario de los espíritus, del cual aquellos no son sino exponentes, también involuntarios. Por eso lo dejaban frio los movimientos políticos de su época, en cuanto los consideraba expresión de los intereses de castas, pues la misma extensión del sufragio se le antojaba una manifestación de las tendencias de determinadas clases sociales, de modo que la legislación resultante era siempre unilateral y tendente á satisfacer los prejuicios ó los intereses de tales clases: por otra parte, los políticos y su obra eran, para él, siempre transitorios, pues se proponían la solución de dificultades del momento y no de problemas remotos, como son los sociológicos. Lo capital, pues, estribaba en cambiar el carácter de una agrupación social: de ahí que la tendencia socialista no respondiera á su ideal, porque solo busca reformas legislativas momentáneas, que traen aparejado el peligro de un régimen paternal de gobierno y de una intromisión administrativa cada vez más intensa, que tiene que coartar el libre movimiento de los ciudadanos y rebajar su carácter, haciéndolos depender siempre de la tutela superior burocrática, que hacía así pagar demasiado caro ciertos beneficios relativos en la mejora de habitaciones, horas de trabajo, etc. El movimiento político social de su país y de su tiempo lo consideraba una regresión, que alejaba el ideal de su vida.

Muy pocos participaban de ese criterio, que iba en contra de la corriente universal. Pero Spencer se enardeció en presencia de la contradicción y cometió el fundamental error de creerse llamado á hacer práctico su ideal: formó, y fué el alma, de la *Anti agression league,* que se proponía defender al individuo de la excesiva intromisión gubernamental, buscando realizar una civilización superior con la cesación del militarismo, y el desenvolvimiento del industrialismo. En esa vana tentativa lo acompañaron hombres eminentes: Morley, Fremantle, Levi y otros; pero el resultado, para Spencer, fué agravar sus dolencias nerviosas y disminuir su potencia productora........

El remedio lo buscó (1882) en un viaje á los Estados Unidos; pero le resulto contraproducente, pues, solicitado de todas partes, por doquier—á pesar de sus precauciones—tuvo que producirse, lo que aumentó su nerviosidad exacerbada. A la vuelta publicó el tomo de los *Ecclesiastical institutions,* que también lo envolvió en polémicas ruidosas.

Y puede decirse que desde entonces, y malgrado todas sus precauciones—como aquella de taparse con algodón los oídos en público, para evitar lo excitación que le producía la

conversación ó el oir á otros hablar—no logró ya recuperar su vigor intelectual de otra época, de modo que se concretó á trabajos más fáciles, como tenía que ser para él la redacción de su autobiografía, y á revisar nuevas ediciones de sus libros; pero no le fué dado practicar nuevas indagaciones ni ocuparse de temas nuevos. De ahí que su grande obra haya quedado inconclusa; logró tan solo terminar dos partes más de su sociología: las relativas á las instituciones profesionales é industriales.

Su amor intenso por la construcción sistemática le hizo sentir hondamente el dejar sin terminar el vasto edificio sociológico, con tanto amor empezado; su sensación era como la del arquitecto que contempla una ala interrumpida de su edificio, deseando á todo trance terminarla. También deseó Spencer concluir su grande obra, pero, sintiéndose inferior á sí mismo, se sometió á lo inevitable: todavía á los 73 años exclamaba «no me deja descanso el deseo de terminar las partes que faltan!». Pero no en vano se trabaja con el cerebro durante 40 años en la forma que hemos visto, y en las sigulares condiciones de salud precaria, que precisamente un exceso imprudente de trabajo intelectual le acarreó desde un principio. El sentimiento de su impotencia lo martirizaba: su inteligencia, lúcida hasta el último instante, le mostraba con claridad lo que aun faltaba por hacer; su voluntad, todavía enérgica, lo espoloneaba á realizarlo: pero su físico se negaba, su cerebro no podía más, y caía vencido, apenas intentaba acometer de nuevo la tarea. Y, á pesar de todo, al terminar su vida no se muestra amargado: «tengo—dice—todas las razones de este mundo para declararme satisfecho con lo que el destino me ha otorgado.» Sus últimas palabras han sido, pues, el testimonio de un ecuánime.

El ocaso de su vida, con todo, le trajo muchas desilusiones. En sus últimas ediciones no oculta los cambios de opinión, que el transcurso de la existencia le ha producido en asuntos políticos, religiosos y sociales: pero, «se preguntaba ansioso: ¿serán estas nuevas opiniones más verdaderas ó aceptadas, que las anteriores?». Duda punzante, que solucionaba con tolerancia y ecuanimidad, considerando que la edad avanzada trae siempre un conservatismo explicable, sea porque disminuye la energía física y, por lo tanto, la fuerza que impele á la acción y al cambio, que es lo que caracteriza á la juventud; sea porque el hábito inveterado resiste toda modificación y hace difícil romper con las costumbres adoptadas: por otra parte, en la edad temprana todo aparece sencillo y fácil de solucionar, pero, á medida que adelanta la vida, se apercibe uno de lo complejo

y hondamente arraigado que resulta lo más elemental; de ahí que, lo que de jovenes se juzga como bueno ó malo en absoluto, resulte después contener mucho de lo otro y ser muy relativo. Lo que si persistió en Spencer fué la aversión de su edad florida para los tipos antiguos de organización social: la autocracia siempre le pareció detestable y aun la forma monárquica nunca le fué muy simpática, ridiculizando el régimen aristocrático y el servilismo de las masas: pero, sí, se tornó más tolerante respecto de la monarquía, porque reconoció que se adaptaba á la modalidad de tiempo y raza, desde que las instituciones, de cualquier género que sean, deben ser consideradas como relativas al carácter de los ciudadanos y á las condiciones de existencia de éstos, de manera que el sentimiento por tales instituciones no debe juzgarse con criterio absoluto sino relativo. Llegó también al convencimiento de que hay una conexión necesaria entre las naturalezas de la vida social y la del agregado social. Comte pretendía que éste—su Humanidad—plasmaba al otro, de modo que el individuo es simple producto de la masa social; pero no es menos cierto—dice Spencer—que la sociedad ha sido creada por sus unidades y que la naturaleza de su organización estaba determinada por la de sus unidades ó individuos, accionando y reaccionando ambos, pero siendo el factor original el carácter de los individuos, y el factor derivado, el de la sociedad. En su opinión última, pues, el concepto del organismo social necesariamente implicaba ese predominio del factor individual. Las unidades de que se compone un organismo individual no pueden construir un organismo de otro género, y la estructura de un animal es una resultante de aquella combinación y es inherente á la misma: así sucede en las sociedades, sólo que en un animal las unidades y el organismo vienen combinándose y actuando durante millones de años, siendo así que en las sociedades sólo ha tenido eso lugar en algunos miles de años, y, en las de tipo superior, en algunos centenares; lo que explica por qué, en el organimo social, es más visible la influencia de la unidad individual.

Resumiendo conviene, por último, precisar que el defecto fundamental de la sociología de Spencer es el mismo de su psicología; así como ésta sostiene que la conciencia consiste en un agregado de estados psíquicos, asi aquélla se basa en el concepto de ser la sociedad una agregación de individuos. De ahí dos polos sociológicos y el antagonismo entre individuo y sociedad, de manera que aquél cifra el progreso en reducir á ésta á su mínima expresión. Ese es—debe repetirse una y más veces—un prejuicio anglo-sajón y, por aña-

didura, apriorístico, porque la historia y la experiencia enseñan que el hombre no ha existido, ni existe, fuera de la sociedad, de manera que el estado social influye en su desenvolvimiento, que no puede verificarse—ni física, ni intelectual, ni moralmente—prescindiendo del ambiente social en que vive: luego, no hay antagonismo entre sociedad é individuo sino íntima compenetración, y éste último no es sino un producto de aquélla, no pudiendo tener otras ideas y sentimientos diferentes de los que floten, más ó menos definidamente, en el ambiente social. Más todavia: cuanto más se retroceda en el examen histórico, más predominante se presenta la personalidad social y menos la individual. Es, pues, el desarrollo de la civilización — la evolución sociológica — lo que va dando paulatino relieve, y aumentando poco á poco, á la importancia de la personalidad individual, en relación á su evolución psicológica, afinándose sus facultades, gracias al ambiente social cada día más perfeccionado. Este aspecto psicológico del problema se echa de menos en la sociología spenceriana, sin duda porque el prejuicio individual era, á los ojos de Spencer, una de esas «verdades cardinales» que, axiomáticas por su esencia, no pueden someterse á tela de juicio: no es la sociedad, por lo tanto, una simple agregación de individuos, sino un fenómeno absolutamente distinto, como la conciencia no es la simple adición de diversos estados psíquicos: á medida que la civilización avanza, los factores físicos influyen menos y menos en el desenvolvimiento social humano, y son cada vez mas predominantes los factores psíquicos, que la sociedad determina á diario con mayor fuerza. Y, sin embargo, el lógico desarrollo de la teoría de la evolución spenceriana lleva de la mano á esa conclusión, porque el fenómeno social se desenvuelve en la historia como un organismo complejo, formado de relaciones que siguen un desenvolvimiento progresivo, diferenciando é integrándose regularmente. Toda la sociología spenceriana presenta aquel vacío, como si solamente hubiera tenido en vista á los pueblos salvajes y no á los civilizados: la idea colectiva, que es la médula de la civilización, parece no tener cabida en aquella obra, y estudia las instituciones religiosas ó políticas como si no se tratara sino de la reunión ó división de organizaciones comunales externas; y, sin embargo, cuanto más coinciden los intereses bien entendidos de cada uno con los de la comunidad, tanto más honda es la vida social en el todo y en las partes, estrechándose más y más el vínculo de los fenómenos sociales, los cuales, al fortificarse, transmiten ese aumento de energía á los individuos, de modo que el progreso social es comunal é individual, á la vez, desde que un concepto resulta inseparable del otro. Spencer no podía concebir tal resultado, porque su doctrina naturalista estaba contrabalanceada por su tendencia económico-política, y el individualismo de esta primaba sobre los principios biológicos y psíco-físicos ó psicológicos, que formulaba: su sociedad ideal estaba reñida con la realidad, y gobernada por su teoría de la libertad igual y de la beneficencia positiva y negativa; ideal que concebía y desarrollaba como un teorema matemático, y que le servía de piedra de toque para apreciar el progreso ó regresión reales, según se acercara ó alejara de aquél.

Por eso hay manifiesta contradicción entre la doctrina evolutiva y el concepto orgánico de sociedad, que sostiene Spencer, conciliando los extremos inconciliables antes indicados, y sus conclusiones individualistas sobre la autonomía y libertad del hombre y sus «derechos naturales é innatos». Por eso hay evidente incongruencia en apelar á la inducción y basarla en profusión de datos históricos, y desconocer que éstos demuestran que, á medida que la civilización avanza, la sociedad aumenta sus funciones tutelares, no las de simple solidaridad mecánica—como las de policía interior y exterior—sino las de verdadera solidaridad orgánica, que se revela en la íntima y creciente vinculación del ambiente social con la idiosincrasia individual, en la diferenciación psicológica y en la división del trabajo social: el derecho familial, el contractual, todo lo que primitivamente era privado se torna ahora social; la misma libertad individual se modifica y circunscribe, con ventaja social é individual, como p. e. en las reglamentaciones higiénicas. Pero si Spencer hubiese lógicamente desenvuelto la aplicación de su doctrina evolutiva, sin prejuicio alguno, quizá no le habría sido tan fácil coronar su edificio filosófico con la techumbre de su moral, que se desprende, gallarda y armada de todas armas, del concepto individualista, al cual saca siempre triunfante en su sociología; por eso, su conclusión sociológica se armoniza con su moral: el ideal está en el máximum de libertad individual, controlado por la propia conciencia, y en el mínimum de gobierno, en una civilización industrial y pacífica, en que no existan más preocupaciones que las de trabajar y enriquecerse, sin otro cuidado: en una palabra, el ideal británico del *laissez faire*, expresado por un filósofo caballero, altivo en sus ideas y lleno de sentimientos profundos é intensos. El ideal spenceriano en psicología, como en sociología y en ética, estriba en el adaptamiento á las condiciones exteriores del

ambiente, que viene á ser el término extremo de la humana actividad: el individuo consciente es, para él, un agregado de estados psíquicos, unidos entre sí por las leyes empíricas y tradicionales de la asociación de las ideas, y que trata de adaptarse al ambiente externo; la sociedad es, asimismo, un agregado de individuos que aspiran, por medio de un progresivo adaptamiento, á explicarse y satisfacer plenamente sus propias necesidades; la moralidad, en consecuencia, depende de un adaptamiento completo é ideal de las condiciones internas á las externas: esta serie de adaptamientos debe realizarse, no por la fuerza de la actividad interna, sino por la metódica presión del ambiente externo, de modo que se llegue paulatinamente al equilibrio de tendencias y de hechos. Tal sistema filosófico es, pues, intelectualista, y si bien tiene una marcada característica externa y científica, por estar basado en la evolución lenta de la especie, casi podría encontrársele singular parecido con los sistemas metafísicos de ciertos filósofos especulativos; así, la ética se torna en un cálculo de la razón, convertido en habitud orgánica...

Pero dejemos esas disquisiciones para la cátedra de filosofía. Bástenos establecer este hecho sugerente: la biología darwinista, pasando por Spencer, adquiere involuntariamente un paulatino tinte idealista, y sirve de base á la novísima interpretación de la doctrina de la evolución, atribuyendo en las variaciones de las especies una parte, importante é imprevista, á la eficacia decisiva de la conciencia y de la voluntad de los seres, con lo que se reconoce que marchan de consuno la herencia física con la psíquica y la social. Era necesaria y conveniente esta reacción contra el exclusivismo intolerante de los darwinistas de la primera hora, ó de los que creen sentar plaza de «científicos» no con trabajos de tales, sino con la afectación de un desdén singular respecto de todo lo que no puede experimentarse en un laboratorio: cabalmente, los elementos psíquicos y sociales escapan á las retortas de los gabinetes, y todo aquel que pretenda buscar la explicación de los fenómenos de esa naturaleza exclusivamente dentro del dominio de las ciencias biológicas, dará simple prueba de la poquedad de su espíritu ó de lo unilateral de su criterio; por lo demás, los verdaderos sabios ya hoy sonríen ante los excesos de celo de los que creen que, para ser considerados científicos, es menester desmayarse de horror ante la sola mención de la palabra filosofía, por no decir nada del vocablo «metafísica».... Tales exclusivismos estrechos van pasando por el empíreo del saber como las nubes que se alejan en el cielo, empujadas suave

pero resueltamente hasta perderse en el horizonte. Spencer, conocedor profundo de las ciencias y malgrado sus prejuicios británicos contra la metafísica, era profundamente tolerante y repugnaba á todo lo que—en ciencias, como en política—no fuera amplio y sin exclusiones de bandería ó de secta: á la par del factor biológico, en su psicología dió la necesaria cabida al factor psíquico, no creyendo que podría jamás circunscribirse la ciencia psicológica á la fisiología ó al experimento de una serie de fenómenos que, en el mejor de los casos, alcanzarían á explicar sólo una parte de la psiquis pero jamás su conjunto; de modo que su fe en la psicología fisiológica,—la cual como fugaz pero deslumbrante bólido, pareció querer iluminar todos los misterios del *yo*, durante un instante—es muy relativa, y admite tan solo que puede servir, como elemento coadyuvante, para estudiar experimentalmente lo qne se liga con los sentidos; menos, pues, pudo restringir la investigación sociológica al simple factor de la biología, prescindiendo de los elementos psíquicos y sociales. Desgraciadamente, su espíritu filosófico estaba sometido á dos órdenes de prejuicios: el metafísico—por más que el vocablo no le fuera sinpático—en cuanto abusaba de fórmulas generales, directivas; y el empírico, proveniente de su índole subjetiva y del ambiente histórico y étnico de su país: su individualismo, que se codea involuntariamente con el insostenible contrato social de Rousseau, todo lo invalida, hasta el punto de que su despliegue formidable de datos sociológicos se presta á interpretaciones diversas de las por él adoptadas...

Por eso su sociología presentó amplios flancos á la crítica, que ha demolido sin piedad la mayor parte de sus doctrinas, dejando en pie alguna que otra fórmula: y, sin menoscabo, de la admiración de discípulos y críticos ante aquella genial tentativa sintética y ante esa vasta obra, que cada vez se confunde más y más con las brumas de lo que fué...

ERNESTO QUESADA.

Académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; Académico, Consejero y Profesor de sociología en la de Filosofía y Letras; profesor de Economía Política en la Universidad de La Plata.

LIBRERÍA DE J. MENÉNDEZ

825 - CALLE CUYO - 825

BUENOS AIRES

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO)

OBRAS

DE

ERNESTO QUESADA

JUEZ DE LO CIVIL;

Catedrático de economía política en la Universidad de La Plata;
C. de la academia española; id. de la academia de la historia (Madrid); del instituto histórico e geographico do Brazil; del instituto dos advogados brazileiros (Río de Janeiro); de la Internationale Vereinigung fur vergleichende Rechtswissenschaft und Volkswirthschaftslehre (Berlín)

EN COLABORACIÓN

10 CON NICOLÁS MASA

Memoria de la Biblioteca Pública, correspondiente á 1876. B. A., 1878. vol. de 222 pág.
Memoria, etc., correspondiente al año 1877. B. A., 1 vol. de 309 pág.
Informe sobre las colecciones de obras argentinas que se envian á la exposición universal. de Paris, 1878. B. A., 1878. 1 vol. de XIX-78 pág.

20 CON ADOLFO MITRE

Derecho internacional privado. B, A., 1881-1885. 13 vol. 111 pág. próx. c/u.

30 CON VICENTE G. QUESADA

Nueva Revista de Buenos Aires. 1881-1885, 13 vol. de 520 ág. próx. c/u.

DEL AUTOR

La sociedad moderna en el primer siglo de nuestra era. Estudio crítico sobre Persio y Juvenal. B. A., 1878. 1 vol. de XII-280 pág.
L'imprimerie et les livres dans l'Amérique espagnole. Discours prononcé au congrès international des américanistes. Bruxelles, 1879, 1 vol.
La recepción de Henri Martin en la academia francesa. B. A., 1880. 1 vol.
Goethe; sus amores. De la influencia de la mujer en sus obras literarias B. A., 1881.
Disraeli: su última novela. De la influencia de la política en sus obras literarias. B. A., 1881. 1 vol.
La quiebra de las sociedades anónimas en el derecho argentino y extranjero. B. A., 1881.
La abogacía en la república. Discurso en la colación de grados. B. A., 1882.
Contribución al estudio del libro IV del código de comercio. B. A., 1882.
Estudios sobre quiebras. B. A., 1882. 1 vol. de XXXII-374 pág.
Las reformas del código civil. B. A., 1883, 1 vol.
Discurso en la asociación de hombres de letras del Brazil. Río de Janeiro, 1883.

DEL AUTOR

La politica americana y las tendencias yankees. B. A., 1887, 1 vol.
Un invierno en Rusia. B. A., 1888, 2 vol. de 300 pág. c/u.
Las finanzas municipales. B. A., 1889, 1 vol. de 350 pág.
Dos novelas sociológicas. B. A., 1892, 1 vol. de 283 pág.
La municipalidad de General Sarmiento y el F C. al Pacífico. San Miguel, 1893.
Reseñas y críticas. B. A., 1893, 1 vol. de 528 pág.
La decapitación de Acha. B. A., 1893, 1 vol.
La batalla de Ituzaingó. Estudio histórico. B. A., 1894, 1 vol. de 121. pág.
Reorganización del sistema rentístico federal. El impuesto sobre la renta. B. A., 1894, 1 vl.
Alocución patriótica pronunciada en el Ateneo, el 25 de mayo. B. A., 1895.
La deuda argentina: su unificación. B. A. 1895, 1 vol. de 145 pág.
La politica chilena en el Plata. B. A., 1895 1 vol. de 382 pág. con 6 mapas.
La iglesia católica y la cuestión social. B. A., 1896, 1 vol. de 105 pág.
Los privilegios parlamentarios y la libertad de la prensa. B. A., 1896, 1 vol. de 105 pág.
El museo histórico nacional y su importancia patriótica. B. A., 1897, 1 vol.
Quiebra de sociedades anónimas: responsabilidad de los directores. B. A., 1897, 1 vol.
La época de Rozas: su verdadero carácter histórico. B. A., 1898, 1 vol. de 392 pág.
La politica argentina respecto de Chile, B. A., 1898, 1 vol. de 240 pág.
Bismark y su época. Conferencia leída en el Ateneo el 18 de agosto. B. A. 1898.
La cuestión femenina. Discurso en la exposición femenina. B. A., 1898. 1 vol.
El derecho de gracia, Necesidad de reformar la justicia criminal y correccional. B. A. 1899.
La reforma judicial. Deficiencia del procedimiento é independencia del ministerio fiscal. B. A., 1899, 1 vol.
Las reliquias de San Martín. Estudio de las colecciones del museo histórico nacional B. A., 1900, 1 vol.
La palabra «valija». Informe presentado al Ateneo. B. A., 1900, 1 vol.
Las reliquias de San Martín. Segunda edición con *la iconografía y la poesía sanmartinianas.* B. A., 1. de 178 pág,
La reincidencia y el servicio antropométrico. B. A., 1 vol.
El problema del idioma nacional. ¿Debe propenderse en Hispano América á conservar la unidad de la lengua castellana, ó es acaso preferible favorecer la formación de dialectos ó idiomas nacionales en cada república? B. A., 1900, 1 vol. de 157 pág.
Discurso en el banquete dado á los periodistas brasileños. B. A., 1900 1 vol·
Nuestra raza. Discurso en el teatro Odeón el 12 de octubre. B. A., 1900.
Las reliquios de San Martín. 3a edición corregida, B. A., 1901, 1 vol.
Comprobación de la reincidencia. B. A., 1901, 1 vol. de 690 pág. con láminas.
Historia diplomática nacional. La politica argentino-paraguaya. B. A., 1902, 1 vol. de XXI-302 pág.
El criollismo en la literatura argentina. B. A., 1902, 1 vol. de 131 pág.
Las reliquias de San Martín. 4a edición, sin notas. B. A., 1902, 1 vol.
Tristezas y esperanzas. B. A., 1903, 1 vol. de 100 pág.
Las reliquias de San Martín. 5a edición, sin notas. B. A., 1903 1 vol. de 81 pág.
La propiedad intelectual en el derecho argentino. B. A., 1904, 1 vol. de 496 pág.
Un escritor guatemalteco: Antonio Batres Jáuregui. B. A., 1904, 1 vol. de 48 pág.
La sociología. Carácter científico de su enseñanza. B. A., 1905, 1 vol. de 43 pág.
Las doctrinas presociológicas. B. A,, 1905, 1 vol. de 89 pág.
La propiedad raiz en el derecho argentino. Reforma de su regimen jurídico. B. A., 1906. 1 vol.
La crisis universitaria. Discurso en la colación de grados. B. A., 1906. 1 vol.
La facultad de derecho de Paris: estado actual de su enseñanza. B. A., 1906 1 vol. de 358 pág.
La cuestión obrera argentina y la ciencia económica. La Plata. 1907. 1 vol. de 22 pág.
Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas. B. A., 1907.. 1 vol. de 87 pág.

NOTA.—Las publicaciones anteriores están de venta en las principales librerías de Buenos Aires. Algunas se encuentran agotadas. Para los pedidos: *Libreria de J Menéndez.* Buenos Aires, Cuyo, no 825.
